jazmín

los más bellos romances del mundo

Había conocido los sufrimientos de su madre por culpa del amor y jamás permitiría que a ella le sucediera lo mismo...

El amor nunca muere

Charlotte Lamb

Novelas con corazón

110 ptas.

Bianca

BARBARA CARTLAND

El amor nunca muere
Charlotte Lamb

El amor nunca muere (1982)
Título Original: The silken trap (1980)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 128
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Nick Waring y Claire Thorpe

Argumento:

Claire no deseaba de ninguna manera volver a encontrarse con Nick Waring; los recuerdos de su pasada relación todavía le hacían daño. Sin embargo, había regresado el preciso momento en que Claire iniciaba una satisfactoria relación con Andrew Knight, su jefe. Cuando vio a Nick de nuevo, se dio cuenta de que la seguía atrayendo como antes. Pero, ¿podría resistirse? Y si no fuera así, ¿habría cambiado él? El motivo que los había separado existía aún. ¿No sería mejor olvidar a Nick para siempre y dejar que se reuniera con Felipa Grey?

Capítulo 1

Bajo las alas del avión se deslizaba el mar azul y casi tocaban los blancos techos de los rascacielos. De pronto el aparato empezó a virar y a perder altura, para aterrizar en el pequeño aeropuerto. Claire apoyó la cabeza sobre la ventanilla y miró a Andrew, quien sonrió.

—Un buen descenso —dijo divertido.

—Lo siento, ¿se notaba tanto que estaba alarmada?

—Ya deberías estar acostumbrada a volar —comentó él—, lo haces bastante a menudo.

—Es cierto —asintió ella, los ojos verdes vueltos hacia otro lado. Sabía que no merecía la pena discutir. Cada vez que volaba sentía el mismo terror, el dolor en el estómago desde el momento en que subía las escalerillas y la agonía de la espera del instante de despegar. Un día ocurriría algo. Se estrellarían; estaba convencida de ello.

Andrew la miraba fijamente. Ya hacía un año que era su empleada y se conocían muy bien, pero existía una enorme brecha entre lo que sabía acerca de ella y lo que realmente conocía. Pensaba que era seria, eficiente y encantadora…

—Ya estoy bien —dijo volviéndose para mirarle.

—Eres muy valiente.

—¡No lo soy! —exclamó ella y el color le subió a las mejillas.

—Mucho —repitió él—. Sólo alguien con gran valor puede enfrentarse una y otra vez a volar sintiendo lo que tú.

Ella se sorprendió ya que no veía que Andrew fuera consciente del miedo que le daba volar. Avergonzada, se soltó el cinturón de seguridad y se puso de pie, para recoger sus cosas mientras los demás pasajeros empezaban a desfilar a su lado.

Al entrar en la sala de espera del aeropuerto, Claire vio a un joven con vestido al modo árabe, tumbado a todo lo largo, sobre un montón de sacos de arena, y una ametralladora en las manos. Asustada miró a Andrew quien se encogió de hombros y le explicó:

—Son antiterroristas —murmuró con los labios apretados.

El edificio de cristal relucía bajo el sol mientras lo recorrían, rodeados por el personal del aeropuerto, y les miraban los pasaportes durante un lapso que pareció interminable.

Por fin pudieron coger un taxi y se dirigieron al hotel, envueltos

en un calor agobiante.

—Ha cambiado bastante desde la última vez que estuve —dijo Andrew, mirando los edificios que pasaban—. Han construido varios hoteles nuevos. Keravi parece crecer como un hongo.

Los brillantes palacios de cristal, construidos para atraer a los turistas, destacaban entre las pequeñas casuchas bajas, de techos planos.

Una gran zona del pequeño puerto permanecía igual, las estrechas callejuelas serpenteaban por las laderas de la montaña hacia el mar, las mujeres árabes escondidas tras sus vestimentas oscuras, los minaretes lanzados hacia el cielo.

Andrew era uno de los directores de una agencia de viajes que poseía varias acciones de un nuevo hotel en Keravi. Tenían la esperanza de popularizar ese pequeño reino árabe y, atraer a los turistas ingleses. El actual gobernador veía con beneplácito a Gran Bretaña y estaba ansioso de darles la bienvenida a los turistas británicos. El país era minúsculo, compuesto en su mayoría por desierto, pero tenía una pequeña franja de costa de playas vírgenes y aguas increíblemente azules.

Ésta era la primera visita que hacía Andrew desde que se empezó a construir el hotel. Durante su ausencia, y gracias a los nuevos métodos de construcción, habían logrado terminarlo. Claire se asomó por la ventanilla y observó las paredes blancas y los enormes cristales que refulgían bajo los rayos del sol. Lo habían inaugurado al principio de la temporada, hacía un mes, pero sólo estaba medio lleno. Andrew quería asegurarse de que hubieran hecho las cosas como se había acordado, ya que parte de su trabajo consistía en comprobar que cada uno de los hoteles que construían cumpliera las normas establecidas.

Se detuvieron frente a la entrada principal. Los maceteros de flores estaban bien arreglados, el colorido vibrante bajo la luz del sol. Mientras Andrew hablaba con el taxista, Claire se dirigió al amplio vestíbulo.

Parecía que el aire acondicionado funcionaba bien… se sintió agradecida al sentir el frescor tras el calor pasado. El recepcionista le sonrió con cortesía, haciendo una pequeña reverencia. Unos cuantos huéspedes la observaron, las largas piernas y el esbelto cuerpo moviéndose con gracia. Llevaba un traje clásico de color verde y la blusa plisada se agitaba al andar. Llevaba el pelo, de un negro azabache, recogido en un moño que dejaba al descubierto los salientes pómulos y el pálido cutis. Claire era alta y muy delgada. De pequeña pensó en hacerse modelo. Aprendió a caminar como si

se deslizara y ahora era parte de su naturaleza, pero no llegó a tener la ardiente ambición y la tenacidad necesaria para esa clase de vida, de modo que se conformó con la carrera de secretaria.

Andrew llegó a su lado, el taxista tras él con el equipaje, y unos momentos después estaban en el ascensor camino de sus habitaciones. Les asignaron cuartos en diferentes pisos. Andrew tenía una enorme *suite* en el piso superior, con una terraza a un lado. A Claire le dieron una habitación atractiva en un piso inferior al de él. Tenía también un estrecho balcón con un pequeño toldo y una jardinera llena de flores.

Se desvistió con lentitud y se dio una larga ducha para liberarse de la agotadora tensión del vuelo. Después se puso una bata de toalla y erró descalza por el piso de mármol, colgando vestidos en el armario y guardando sus cosas.

Se puso un vestido blanco. Se cepilló la larga cabellera y se la recogió en lo alto de la cabeza. Se miró pensativa en el espejo, luego se puso un poco de sombra en los ojos y brillo en los labios.

Cuando estuvo lista, se dio la vuelta con lentitud frente al espejo satisfecha de su apariencia. Sabía muy bien que su físico le había ayudado a conseguir el puesto de secretaria particular de Andrew. Le gustaba trabajar con él y le admiraba, pero sabía que era bastante desalmado con sus empleados. Esperaba el mejor servicio… incluyéndola a ella. Si alguna vez llegaba a caer por debajo de lo que él esperaba, la despediría sin titubear.

Un momento después, Andrew llamó a su puerta.

—Parece que te has refrescado.

—El aire acondicionado funciona a la perfección —comentó ella al oír sus palabras.

—Me di cuenta —dijo él con una sonrisa. Era un hombre de anchos hombros, ojos marrones y pelo del mismo color. Andrew pasaba horas enteras jugando al bádminton para mantenerse en forma.

Tres días a la semana, cuando estaba en Londres, dejaba de comer y pasaba esa hora en un gimnasio cercano, jugando al squash, nadando y haciendo ejercicio. Era un hombre atractivo a su manera, una cabeza más alto que ella. Todavía estaba soltero, aunque había muchas mujeres que le iban a ver a la oficina de cuando en cuando y que la miraban a ella en forma sospechosa, obviamente celosas de la intimidad de su relación con Andrew. A veces tenía ganas de decirles que no tenían que preocuparse por ella… la relación de ellos era estrictamente profesional. Ella por su parte, no tenía deseos de alterar los términos, y Andrew nunca

mostró tener ningún otro interés en ella. Le llevaba diez años, ella tenía veintitrés y él treinta y tres.

Él la siguió con la mirada mientras se dirigían al ascensor.

—Eres una chica sorprendente, Claire —exclamó de repente—. Cada vez que te veo me pareces un poco más guapa.

—Gracias —aceptó sin énfasis. Siempre que Andrew aventuraba un comentario personal, ella se mostraba cautelosa.

—Es raro que sepa tan poco acerca de ti, a pesar que te conozco desde hace más de un año —observó al apretar el botón del ascensor.

—No hay mucho que saber contestó con calma.

—Ni siquiera sé si tienes novio —insistió él.

En ese momento llegó el ascensor y ella entró sin responder. Los ojos de él observaron los graciosos movimientos con placer y le dedicó una sonrisa amable y contenta.

—Dime si me estoy metiendo en terreno prohibido —dijo en un tono poco inquisitivo—. No puedo creer que una muchacha con tu físico no tenga novio.

—¿Va a pasar la tarde revisando el hotel? —preguntó para cambiar de conversación.

—Siento como si me hubieras cerrado la puerta en la cara —comentó divertido—. Sí, Claire, eso voy a hacer toda la tarde. Y quiero que estés a mi lado tomando notas. Sin embargo, antes vamos a comer. Se supone que la comida es de tipo europeo con un leve toque árabe para los huéspedes a los que les gusta probar cosas diferentes. El chef es francés y creo que bastante bueno.

Pidieron diferentes platos para probar lo más posible de lo que ofrecían en el menú, y descubrieron que el chef tenía bien merecida su fama. Después de la comida, el gerente les acompañó a visitar el hotel, un árabe de rostro inteligente y ojos oscuros y tristes. El inglés que hablaba era torpe, pero comprensible.

—Necesita usted unas cuantas clases de inglés —notó Andrew—. Trataré de arreglar eso.

El comentario dicho a la ligera, era muy típico de Andrew. La mano de hierro bajo el guante de terciopelo, pensó Claire. Sin embargo, él parecía satisfecho con lo que vio. La decoración y el mobiliario estaban muy bien y la construcción del edificio parecía cumplir con las normas. Andrew revisó el sistema sanitario, las instalaciones eléctricas, la cocina. Habló con el personal inspeccionó la ropa blanca, miró las alacenas y los baños, evaluando todo con la mirada y registrando los resultados en su mente.

Cuando Claire estuvo de nuevo en su cuarto para cambiarse para

la cena, estaba de nuevo cansada y acalorada, y tenía el libro de notas lleno de comentarios de Andrew. El menor desperfecto debía atenderse de inmediato… así hacía él las cosas. Era un perfeccionista, y le hacía la vida difícil a los que le rodeaban.

Le alcanzó en el fresco comedor de piso de mosaico. Se había puesto un vestido de gasa estampado que flotaba con ligereza. Un breve bolero de la misma tela cubría sus hombros. Miró alrededor de la habitación buscando a Andrew, y le vio hablando con un pequeño grupo de personas. Se dio la vuelta y la llamó, con una sonrisa en la cara.

—Claire, hay un grupo de la televisión en el hotel —le explicó —. Están grabando un programa acerca de Keravi… tendremos que verlo cuando volvamos a Inglaterra.

—Qué interesante —comentó ella, dedicándole una sonrisa a las personas allí reunidas. Había cinco hombres y una mujer, que llevaba unos vaqueros y una camisa blanca, y el pelo rubio cortado como el de un muchacho. Claire les sonrió y todos le devolvieron el saludo.

—No tiene aspecto de secretaria —dijo la mujer con voz profunda y penetrante.

—Tiene la apariencia que yo deseo de mi secretaria —explicó Andrew divertido.

Los hombres se rieron, y miraron a Claire con un interés al que ya estaba acostumbrada. Andrew se los presentó, empezando con el delgado camarógrafo árabe.

Besó la mano de Claire, gesto que provocó un murmullo burlón en los demás. Andrew le presentó a la mujer la última, lo que le sorprendió ya que conocía su habitual cortesía.

—Ésta es Felipa Grey —dijo—. ¿Cuál es su ocupación dentro del grupo, señorita Grey?

Los ojos leoninos lo estudiaron.

—Investigación —replicó con su voz ronca—. La mayor parte de este trabajo se hace en Inglaterra, pero uno de nosotros viaja siempre con el equipo en caso de que sea necesario desenterrar más detalles.

—Y Felipa habla siete idiomas —interrumpió el mecanógrafo con admiración.

—¿Siete idiomas? —exclamó Claire abriendo mucho los enormes ojos verdes—. Debe usted ser muy inteligente.

—Sólo tengo habilidad para los idiomas —murmuró Felipa, con la mirada fija en la cara de Andrew.

Claire notó que había hostilidad entre ellos y no se sorprendió.

Las ideas rígidas de Andrew acerca de las mujeres se sentirían sacudidas ante una mujer que se vestía y hablaba con una sencillez masculina.

Para prevenir cualquier problema entre ellos, preguntó con rapidez:

—¿Quién de ustedes es el que narra el programa?

—Yo —dijo una voz tras ella.

Se dio la vuelta y observó al hombre.

Era alto y delgado, de pelo oscuro que empezaba a clarear en las sienes. Los ojos azules brillantes la evaluaron. Ella tuvo que admitir que muy pocas mujeres serían capaces de pasar por alto ese físico impresionante. Había sensualidad y potencia en las líneas de la boca dura, fuerza cincelada en los salientes pómulos y en la mandíbula.

Llevaba una camisa de color azul marino, que revelaba el principio de un torso cubierto de vello oscuro. Los pantalones de corte informal y elegante eran un poco más claros, de un azul que casi hacía juego con el tono de los ojos helados.

Felipa pasó una mano por el brazo del recién llegado.

—Éste es Nick Waring —dijo.

—Mucho gusto —dijo Andrew, extendiendo la mano.

Los ojos azules y vividos dejaron de contemplar a Claire y lo enfocaron a él.

—Hola —balbuceó y le estrechó la mano—. ¿Están en el hotel? —volvió a mirar a Claire—. ¿O no debo hacer ese tipo de preguntas?

La deliberada implicación hizo que el color subiera a sus mejillas. Andrew se acercó a su lado.

—Pertenezco a la dirección de la compañía propietaria de este hotel —explicó— y ésta es mi secretaria —su tono fue helado y denotaba que se había dado cuenta de la insinuación del comentario.

—¿Ah, sí? —comentó alzando las cejas— ¿y quién es usted?

—Andrew Knight —dijo sin interés— y Claire Thorpe es mi secretaria.

—Estoy segura de que debe haber visto a Nick en la televisión —interrumpió Felipa, tratando de apaciguar la conversación, con una mirada sorprendida. Estuvo en los informativos durante unos cuantos años y ahora está en actualidades.

—Me resulta conocida su cara —dijo Andrew serio.

—Allí está nuestro camarero —dijo Claire con nerviosismo—, creo que debemos entrar a cenar.

Andrew asintió y le lanzó una mirada global al grupo.

—Encantado de conocerles —dijo y con deliberación ignoró a Nick Waring—. Espero que estén a gusto en el hotel.

Luego cogió a Claire del brazo y la condujo hacia la mesa que tenían reservada. Ella se concentró en el menú, esperando que Andrew no hiciera comentarios sobre lo ocurrido.

Pero no ocurrió así. Andrew dirigió una mirada molesta y comentó:

—¡Qué insolente!

—Creo que pediré de primero melón —dijo ella con los ojos fijos en el menú—. Con este calor, apetece.

—¿Le has visto alguna vez en la televisión? —preguntó él.

—Sí asintió ella. Me parece que el pollo con pimientos debe estar también bueno.

—Con razón el mundo tiene tan mala opinión de la mujer inglesa, mira a esa rubia recorriendo el mundo vestida con unos vaqueros y una camisa vieja —murmuró Andrew con desprecio—, es tan femenina como las cámaras que usan.

—Pero lista —le recordó Claire.

—Debe ser muy eficiente, sin duda —admitió él con renuencia— en lo que a su trabajo se refiere. ¿A qué hombre puede gustarle una mujer que actúa y habla como un hombre?

Sin poder evitarlo, los ojos de Claire se posaron en la larga mesa ocupada por el equipo de televisión.

—Pues parece que Nick Waring simpatiza bastante con ella —replicó con frialdad—. Me imagino que un hombre que anda recorriendo el mundo todo el tiempo sabe apreciar el cerebro de esa chica. Creo que se necesita bastante valor para andar con un equipo de televisión por todos los puntos conflictivos de la tierra.

—Aquí no hay ningún conflicto —la cortó Andrew— es un oasis pacífico del Medio Oriente. Al menos eso espero, hemos invertido bastante dinero aquí.

Claire miró el plato que tenía delante. Si Nick Waring estaba allí, no tardaría en haber problemas, pensó con ironía, pero no lo dijo porque Andrew podía pedirle que le explicara por qué pensaba eso y no tenía ganas de hacerlo.

Comieron en silencio, ya que ninguno de los dos parecía tener mucho que decir. Después del café se dirigieron al vestíbulo y se quedaron oyendo el cadencioso ritmo de la orquesta que tocaba en el salón rectangular. El piso de mosaico era ahora una pista de baile y unas cuantas parejas se deslizaban al son de la música. El hotel sólo estaba lleno a medias y por lo tanto, el personal estaba muy

dispuesto a agradar; los camareros vestidos con chaquetas blancas y bandas rojas a la cintura, circulaban por doquier entre las pequeñas mesas, dispuestos a atender a la menor orden a los huéspedes.

—No es mala la orquesta —le comentó a Andrew—. Tiene cierto deje árabe lo que tocan, y seguro que eso le gusta a la mayoría de los huéspedes.

Él asintió, pensativo, y después de una pausa dijo:

—Vamos a bailar.

Sorprendida, ella titubeó, y él se quedó mirándola con ojos inquisitivos.

—¿Estás demasiado cansada para bailar? —preguntó con irritación.

Ella sonrió resignada, y pensó que lo consideraría como una señal de fracaso si admitía estar agotada. Entraron en la habitación y un camarero les condujo de inmediato a una mesa. Andrew pidió dos bebidas, y luego la llevó hacia la pista. Bailaba con ligereza y la conducía con facilidad entre sus brazos potentes.

Volvieron a la mesa justo cuando el grupo de la televisión entró. No iban todos. El camarógrafo árabe la miró, y se acercó a ellos. Después de un momento, Felipa y Nick Waring se sentaron también, cuando Andrew les invitó a tomar una copa.

—¿Cenaron bien? —le preguntó Claire al camarógrafo.

—Muy bien —asintió y luego mirando hacia la orquesta, comentó—: No lo hacen mal.

—Ya lo comentamos nosotros —le sonrió ella.

—¿Le gustaría bailar?

—Con mucho gusto —rió ella y se levantó para ir a la pista.

—¿Qué le parece mi forma occidental de bailar? —preguntó con curiosidad.

—Igual que en la orquesta, me parece que hay un ligero vestigio de origen extranjero.

—Gracias. Me llamo Wazi, Claire.

Pronunció el nombre con un ligero acento muy agradable al oído.

—¿Lleva mucho tiempo en Inglaterra?

—Desde que nací —contestó con tono burlón.

—Me disculpo por preguntarlo.

—Nací en Southwark. Mi padre era sastre y hacía uniformes para el ejército británico. Más tarde se fue a Londres.

—¿Cómo fue que se dedicó a la fotografía?

—Hice varios cursos. Estudié en un gran centro de Londres. Trabajé mucho con cámaras y cuando me gradué, obtuve trabajo en

la televisión. Hace once años que estoy en esto.

—La cámara es el ojo de la verdad y las mentiras.

Luego sobrevino un silencio peculiar. Claire alzó la vista, y los ojos negros de él la miraron con curiosidad.

—Qué raro… esas son las palabras exactas de Nick. Supongo que debe haberle oído decirlas en la televisión.

—Sí —aceptó ella, recordando la ocasión—, en un reportaje sobre Beirut.

—Yo fui también —comentó Wazi— era un infierno, créame.

—¿Tuvo miedo? —le preguntó con ojos azorados—. Daba la impresión de que ustedes estaban metidos en medio de todo el follón.

—No lo tuve entonces —explicó él encogiéndose de hombros—. Pero después sí. Mi esposa fue la que más sufrió. Estaba embarazada y todas las noches las pasaba en vela temiendo lo que iba a escuchar a la mañana siguiente. Pedí el traslado a información local. Mi matrimonio estaba a punto de fracasar por la tensión.

—¿Le molestó el cambio? —asintió Claire.

—Es un poco como cuando uno deja de beber —hizo una mueca —. Los colores se apaciguan y el mundo aparenta ser más pequeño y grisáceo, pero mi familia era lo primero.

—¿Cuántos hijos tiene?

—Dos —respondió—. Un niño y una niña. Supongo que nadie del grupo se creería que estamos hablando de mi familia… imagínese, un hombre bailando con una belleza despampanante como usted y hablando de eso.

—Su familia es lo más importante —observó ella con una sonrisa.

—Para cualquier hombre que valga algo —se encogió de hombros—. Entre nosotros no lo discutimos mucho. Creo que Nick, como es soltero, considera esos temas tabú. Él y Pippa establecieron las reglas y todos nosotros las seguimos.

—Ella parece muy lista —comentó Claire—. Yo no tengo facilidad para los idiomas.

—Yo tuve suerte —volvió a encogerse de hombros—. Crecí hablando inglés, árabe y el francés que me enseñaron en la escuela. El francés mejoró con la práctica cuando empecé a viajar, pero nunca aprendí ningún idioma más. En la mayoría de los países se las arregla uno bastante bien con sólo el inglés.

—Especialmente si sabe uno algo de francés también —rió ella —. En los países árabes se estudia francés y no inglés, según tengo entendido.

Él asintió. La música se detuvo y volvieron a la mesa. Andrew estaba enfrascado en una acalorada discusión con Felipa. Claire se sentó y cogió la copa, mirando a ambos. Wazi se sentó y también cogió su copa. La miró divertido y ella le sonrió.

Nick la miró fijamente. Ella no lo vio, pero sintió perfectamente la mirada.

Bajó las pestañas y se sintió irritada al saber que él estaba por completo consciente de lo que hacía.

Andrew se inclinaba en la silla, la cara tensa y retadora. La calma de Felipa parecía enfurecerle. Discutían de política internacional y los puntos de vista de ambos eran diametralmente opuestos. Andrew no estaba acostumbrado a que las mujeres le contradijeran, y su mirada era de profundo disgusto.

La música empezó a sonar de nuevo. Concentrada aún en la bebida, Claire dio un respingo cuando Nick se puso de pie y le quitó el vaso sin pronunciar una palabra.

Los verdes ojos volaron hacia él, luego sintió que una mano descendía sobre su muñeca, obligándole a levantarse. No se atrevió a protestar después de haber bailado con Wazi, de modo que se dirigió a la pista sin decir nada.

El brazo de él rodeó su cintura y ella no pudo evitar que le escapara un suspiro, que fue muy bien entendido por él.

Las mejillas de Claire empezaron a arder bajo la candente mirada masculina. Tuvo que dejar que los largos dedos se entrelazaran en su mano, temblando bajo el impacto de la calidez del cuerpo de Nick.

Se deslizaron en silencio. Los cuerpos se movían como si estuvieran acostumbrados uno al otro, los pasos al unísono. Claire observó la camisa azul sin atreverse a alzar la vista. Él la estrechó con más fuerza y ella no pudo evitar ponerse rígida al sentir el contacto.

—Tranquilízate —murmuró al oído—. ¿Qué puedo hacerte aquí a la vista de todos?

Torturarme, pensó ella enervada, lo sabes muy bien. Pero no dijo nada. Era como si él agotara toda su fuerza de voluntad. Tenía que concentrarse en el baile para obligarse a olvidar con quién lo hacía, y los nervios empezaban a afectar sus movimientos.

—De modo que ése es Andrew Knight —susurró—. El genio hotelero. ¿Es tu amante?

Ella siguió mirando la camisa azul, absorbiendo la potencia del delgado pero musculoso torso deseando que la música terminara y pudiera volver a la tranquilidad de su asiento.

—¿Te comió el gato la lengua? —preguntó burlón, y la separó un poco para poder verla.

Ella parpadeó con renuencia bajo la brillante mirada azul.

—No tenemos nada que decirnos —jadeó.

La expresión de él perdió el destello divertido y una mueca dura y fría la reemplazó. Los ojos azules se clavaron en la faz ovalada, y se detuvieron sobre la curva suave de los labios sonrosados.

—Yo tengo miles de cosas que decirte —masculló— y esta vez tendrás que oírme.

—No tengo intención de escuchar ni una sola palabra —aseguró ofuscada.

—Pues me oirás, aunque tenga que amarrarte a una silla —insistió él con voz enojada.

—¡Qué civilizado! —replicó ella con dulzura—. Justo lo que esperaría de ti. Nadie puede opinar de forma diferente a la tuya ¿no es eso, Nick?

—No puedes llamar opinión a una serie de emociones confusas —replicó con voz desagradable.

—No pienso discutir contigo —dijo tratando de controlarse.

—Eso es… te escondes apenas piensas que puedes perder la batalla. Eres una cobarde, Claire.

—Así es —dijo con los ojos fijos en él—. Al fin lo has comprendido.

Hubo un largo silencio, Nick respiró hondo y sus brazos la apretaron, como si la retara a tratar de evitarlo.

—Pero todavía eres mi esposa —aseveró con una sonrisa amarga— aunque hagas todo lo posible para olvidarlo.

Capítulo 2

Al no responder ella, él pareció irritado y apretó los labios. Ella sintió el peso de la mirada sobre su perfil, y notó la tensión de él. El problema era, pensó con tristeza, que lo conocía demasiado bien. En realidad no necesitaba palabras, esos torpes instrumentos que los seres humanos usan para comunicarse cuando fallan los otros canales. Tenía un entendimiento casi telepático, él siempre había adivinado todo lo que le pasaba por la mente. Después de un rato él dijo con brevedad:

—Vamos a tener que discutir esto tarde o temprano, Claire. Ya no somos niños. Por amor de Dios ¿por qué no podemos hablar las cosas como adultos?

—No hay nada que discutir —dijo, agradecida por el momentáneo cese de la música. Dio unos pasos atrás y él tuvo que soltarla.

La cogió del brazo para guiarla a la mesa, haciendo más lento el escape. Inclinó la oscura cabeza y le dijo al oído:

—No pienso soportar esto, Claire. Quiero verte a solas. No trates de evitarlo, si lo haces le diré la verdad a tu jefe. Se nota que él no sabe que eres casada, así que supongo que le causará bastante sorpresa enterarse de repente, ¿no es así?

—Eso suena a chantaje —dijo ella furiosa.

—Uso las armas que tengo a mano —dijo él con expresión tensa y malhumorada—. No veo por qué no ha de enterarse que no eres libre. Puedes negarme a mí, pero no puedes negar que estamos casados. Es un hecho legal y no puedes meterlo a un armario y archivarlo.

—Ojala pudiera hacerlo —dijo con los ojos brillantes.

—No te permitiré que lo olvides nunca —replicó él.

—Y sin embargo, tú también actúas como si fueras libre —señaló ella con acidez—. Todos tus colegas desconocen que estamos casados, lo cual significa que creen que eres soltero —y se comporta como si lo fuera, pensó furiosa. Nick siempre tenía un efecto devastador entre las mujeres, pudo verlo en innumerables fiestas, conquistar chica tras chica hasta que casi caían de bruces a sus pies.

—Tú sabes bien por qué —señaló él—. ¿Querías que anunciara nuestro matrimonio después de que me dejaste plantado? Me hubieran considerado un verdadero idiota.

Ella no dijo nada y caminó con la cabeza erguida hacia la mesa. Él la siguió sin dejar de observarla.

—Mi cuarto es el número 28 —dijo en tono suave—. Deshazte de tu jefe y vete a verme dentro de media hora.

Ella no dijo nada, y esbozó una sonrisa cortés como respuesta a las miradas curiosas del grupo. Se sentó y cogió su copa consciente de la penetrante mirada de Andrew.

—¿Quieres bailar, Pippa? —murmuró Nick.

—Debes estar desesperado —rió la joven, los ojos leoninos divertidos—. ¡Sabes que tengo la gracia de un elefante para bailar!

—Anda, sé valiente —dijo él con tolerancia.

—¿Por qué no? Vamos.

Claire apartó los ojos del vaso al verlos alejarse. La amistosa intimidad entre ellos no parecía nada más, pero ella estaba celosa, tal vez sólo por saber que Felipa compartía con Nick muchas cosas que ella nunca podría entender… ellos trabajaban juntos todos los días en un mundo que para ella era totalmente extraño.

—Estoy cansada —dijo dejando la copa sobre la mesa—. Creo que me iré a acostar.

—Es temprano todavía ¿no te parece? —preguntó Andrew con una mirada extrañada.

—Me agotó el vuelo —replicó con calma, sin importarle si a él le parecía su debilidad algo irritante.

Pero él parecía más preocupado que molesto, y la miró con expresión seria.

—Creo que te hice trabajar demasiado con este endemoniado calor —murmuró Andrew y frunció el ceño—. Lo siento, Claire.

—Me sentiré mejor después de dormir —replicó ella—. Buenas noches, Andrew.

Durante un momento ella pensó que él se subiría también, pero titubeó, luego sonrió y dijo con sencillez:

—Buenas noches.

Cuando llegó a su habitación, entró y se quedó un rato junto a la ventana, contenta de tener una oportunidad para pensar. El ver a Nick la había confundido. La presencia de Andrew la obligó a pretender una normalidad que no sentía, ahogando recuerdos, emociones, temores que la sola aparición de Nick descubrieron en su interior. Ahora estaba a solas y libre para enfrentarse a la confusión de sus propios sentimientos.

¡Qué irónico golpe del destino, encontrarle allí! Ahora que empezaba a creer que le estaba olvidando. Hacía un año que no se veían. Al principio, le costó mucho trabajo aceptar que no volvería

a verle. Luchó contra esas emociones día tras día y poco a poco sintió que la presión de la necesidad aflojaba.

Lo que había sucedido antes, no podía permitir que volviera a ocurrir. Había cortado los lazos que la ataban a Nick anteriormente… pero no sabía si tenía fuerzas para volverlo a hacer.

¿Debía ir a su habitación? No sabía si podría soportarlo. Si iba, él la trataría de convencer, le haría miles de preguntas hasta volverla loca. Las técnicas interrogativas de Nick las aprendió en una escuela muy ruda. Estaba acostumbrado a oponentes mucho más duros que ella, y tenía miedo de que la venciera a pesar de la oposición que presentara.

Pero si no se presentaba, él sin duda llevaría a cabo la amenaza de contarle todo a Andrew, y aunque realmente no había motivo para que no supiera que estaba casada, sabía que no sería conveniente que lo supiera ahora.

Todo era demasiado complicado, demasiado doloroso, y deseó con desesperación que estuviera enterrado el pasado para siempre. Pero ahora tenía que enfrentarse al hecho de que durante el año que había transcurrido sólo había colocado una delgada tela sobre la amarga y atormentada herida que le infringió su boda con Nick; y ahora ese velo había caído dejando la herida al descubierto.

Miró el reloj y se asustó al comprobar que había pasado mucho tiempo. Llevaba casi una hora en su cuarto. Seguro que Nick la esperó todo ese tiempo, y sin duda debía estar de un humor terrible. No era el tipo de hombre que le gustaba que le hicieran esperar. Siempre quería salirse con la suya y casi siempre lo lograba.

La primera vez que le vio, él estaba malhumorado porque alguien trató de contrariarlo… sin éxito, desde luego, Nick sabía cómo evitar esas cosas. Estaba muy furioso cuando Claire, que salía apresurada de una tienda, chocó con él, dejando caer un cartón de huevos y salpicando el elegante traje beige de él. Ella le miró consternada y balbuceó una disculpa, pero sintió un estremecimiento al encontrarse con los ojos azules llenos de violencia y la voz helada que preguntaba a gritos:

—¿Por qué no se fija por donde camina? ¡Mire qué porquería! ¡Es usted tonta!

—Fue un accidente —rezongó ella—. Lo siento mucho, pero usted se me echó encima.

Él parecía tan enojado que sintió que el corazón dejaba de latirle. Los ojos azules la evaluaron y le gritó:

—Fue usted —respondió con un tono un poco diferente. Y

espero que lo corrija de alguna forma. No crea que voy a permitir que me arruine mi traje nuevo.

Miró el traje todo manchado y se sintió incómoda. Sacó un pañuelo y empezó a tratar de limpiar las manchas más grandes, mientras él la observaba en silencio. Ella llevaba unos vaqueros viejos y desteñidos, y una camiseta que había encogido con las sucesivas lavadas y se pegaba a su cuerpo, dejando al descubierto una delgada franja de carne entre los pantalones y la blusa.

—Ya está un poco mejor —murmuró furiosa al terminar de limpiar el traje, pero sintiendo al mismo tiempo su increíble sensualidad.

Sin decir nada, él recogió algunos de los paquetes que estaban en el suelo. Claire recogió los demás, y luego dijo con timidez:

—Desde luego, yo pagaré la tintorería.

—No se escapará —replicó él con frialdad—. Puede empezar por comer conmigo.

Ella se sonrojó bajo la sonrisa que apareció en los ojos azules y luego trató de protestar, pero Nick insistió de tal forma que ella no pudo negarse. En ese momento debió sentir alarma, pero la atraía demasiado para poder pensar con claridad.

Durante esa primera comida hablaron de muchas cosas, pero por algún motivo Nick no hizo alusión alguna a su trabajo, contestándole simplemente cuando ella le preguntó a qué se dedicaba:

—Soy periodista —luego cambió de conversación y le preguntó en qué trabajaba ella.

Muy pronto descubrieron una pasión mutua por el cine y pasaron una hora discutiendo acaloradamente acerca de películas antiguas. Cuando terminaron de comer, él la llevó a pasear por el campo.

Claire se encontraba en un estado de felicidad eufórica para entonces, intoxicada por el tiempo que llevaba con él, ya enamorada por completo, aunque aún no lo admitiera. Habló con avidez acerca de su padre y su hermano Toby, que era ingeniero. Le hizo una descripción detallada de su casa de Suffolk, un chalet de piedra gris rodeado de rosas y de manzanos y de su excitable pekinés, que constantemente perseguía al cartero.

—Veo que adoras tu casa comentó Nick, observándola. ¿Por qué la dejaste para venir a Londres?

—Hay muy poco trabajo en esa parte de Suffolk suspiró ella pero me las arreglo para ir a casa a menudo —la casa y el mar grisáceo en el fondo eran lo más importante para ella, pero no se lo dijo en

ese momento, ya que no lo conocía lo suficiente para permitir que se enterara de tantas cosas acerca de ella. La paz del pequeño villorrio la atraía y algún día tenía la esperanza de volver para quedarse. Londres estaba bien y le gustaba vivir allí, pero no se sentía del todo satisfecha.

—¿Está casado tu hermano? —preguntó Nick.

—¿Toby? No. Trabaja en un proyecto enorme en África, pero volverá dentro de unos meses. Lo hecho mucho de menos —Toby era una de las personas más importantes de su vida hasta ese momento. De niña siempre lo seguía a todos lados. Era su amo, su verdugo, su protector y siempre permitió que ella fuera como su sombra. La paciencia y amabilidad que le demostraba, se la devolvió ella con una lealtad sin límites.

—¿Y tu madre? —preguntó Nick en voz baja.

—Murió cuando yo tenía catorce años —replicó con tristeza y luego le preguntó a él—: ¿Y tu familia?

—No tengo —se encogió de hombros—. Crecí en un orfanato. Mi madre me abandonó en un portal cuando tenía dos semanas de edad.

—¡Qué terrible! —exclamó ella y le miró con simpatía. Con razón tenía ese dinamismo y ese empuje; seguro que le hizo falta desde que era un chiquillo. Empujado en medio de un mundo hostil, aislado para tener que forjar su propio camino, había moldeado su destino en medio de un fuego amargo.

Nick la miró con curiosidad.

—Uno aprende a vivir muy pronto en ese ambiente —le explicó con sequedad—. Creo que yo nací peleando. Pasé una gran parte de mi niñez haciendo eso. Eso lo endurece mucho a uno.

Luego la cogió de la mano y volvieron al coche. Ella se encontraba tan envuelta en la sensación maravillosa que le ocasionaron esos dedos largos y poderosos, que se olvidó de todo lo que no era él.

Cuando la invitó a cenar con él, ni siquiera protestó por esa inesperada invasión de su vida. Volvió a su apartamento, se cambió y volvió a encontrarse con él con la misma avidez y excitación. Cenaron en un lugar tranquilo, y siguieron hablando como si ambos sintieran la misma imperiosa necesidad de conocer lo más posible uno del otro. Claire quería saber todo acerca de él; lo que le gustaba comer, leer, hacer, sus colores favoritos, los libros, la música. Nada que le dijera acerca de sí mismo dejaría de fascinarla e intrigarla. Le sorprendía y le encantaba que Nick pareciera sentirse igual. Dejaron desbordar todos sus pensamientos y sus vidas uno hacia el otro,

aunque Claire era consciente de que había un lado de su vida que no quería discutir con él, un hecho significativo que se guardaba con recelo. Varias veces estuvo tentada de decírselo, pero cada vez perdía el valor, era como una agonía secreta que no podía soportar recordar.

Para entonces Nick le había dicho ya que trabajaba en los informativos de la televisión. Ella se quedó sorprendida y llena de admiración.

—Debe ser muy emocionante trabajar en la televisión —comentó, y él se encogió de hombros.

—Estoy acostumbrado —replicó él.

—¿Pero te gusta ser periodista, no?

—Siempre he sido un tipo curioso —admitió—. Me gusta indagar los hechos, además de tener un gran interés en los motivos de la gente. Una vez que es uno periodista, nunca puede dejar de serlo. No importa cuan aburrido me encuentre, siempre siento la misma excitación cuando surge alguna noticia importante.

—¿Has pensado escribir un libro? —preguntó ella.

—Todos los reporteros que conozco piensan en ello —sonrió él— pero muy pocos lo logran.

—¿Y tú no lo has hecho?

—Una vez, después de sufrir un accidente que me retuvo en cama durante semanas —confesó Nick—. Escribí el primer capítulo que estuvo fantástico, luego murió mi ambición y con ella se acabaron mis sueños literarios.

Después la llevó a casa y se quedó sentado en el coche, con el brazo sobre el respaldo del asiento, mirándola con intensidad, como si tratara de memorizar sus facciones. Ella no se movió, contenta de sentir su mirada hasta que él bajó la cabeza y le besó por primera vez. La primera vez, se dijo a sí misma, y supo desde ese momento que no sería la última. Durante unos segundos el beso fue suave luego Nick la abrazó y ella respondió sin titubeos, en el primer intercambio de pasión profunda que había experimentado en su vida.

No había señales de timidez o de recato en ella. Ninguno de los jóvenes con los que había salido con anterioridad la reconocerían en ese momento. Siempre estuvo renuente a dejarse llevar por caricias al azar. Muchos la llamaron mojigata, hasta llegaron a murmurar que era fría, o más bien frígida, por rechazar todo contacto con ellos.

Y cosa extraña, Nick parecía saber todo eso, aunque ella no se lo había dicho. Más adelante él le dijo con ironía:

—Era obvio, querida mía. Eras una novata, pero aprendiste con mucha facilidad.

Claire se había reído al oír eso. Era cierto. Aprendía con gran rapidez y no tenía ninguna importancia su falta de experiencia bajo el ardiente deseo que crecía más y más en su interior. Sabía que aún esa primera noche no se hubiera defendido si él le hubiera pedido una entrega total. Era el primer encuentro que tenía con el amor y ya estaba a punto de ahogarse en él.

No quería separarse de él, pero al fin se dieron las buenas noches, y ella se dejó caer en la cama en medio de un sueño nebuloso. Al día siguiente esperó que él la llamara, pero el teléfono no sonó. Pasaron cuatro días antes de que lo hiciera, y para entonces ya se había desesperado una y mil veces. Al oír su voz se sintió desfallecer. Él habló con rapidez y le explicó que tuvo que irse urgentemente a Roma y no pudo llamarla antes de irse. Ahora estaba en el aeropuerto y quería verla lo más pronto posible. Sintió que volvía a vivir y susurró emocionada:

—Iré de inmediato.

Durante una semana le vio todas las noches. Fueron a visitar al padre de ella, quien simpatizó con Nick enseguida. Nick le preguntó muchas cosas sobre el jardín y su padre le respondió con alegría.

—Me cae bien —le dijo a Claire cuando estuvieron un momento a solas, y luego le sonrió con cariño—. Creo que no hace falta preguntarte si te gusta a ti.

Nick tuvo mucho trabajo después y ella no le vio hasta el fin de semana siguiente.

Descubrió que a él no le gustaba hablar acerca de su trabajo, y nunca le presentó a ninguno de sus amigos o colegas. Para entonces ya lo conocía lo suficiente para darse cuenta de que era sumamente independiente. «A mí no me gusta compartir nada» había aseverado una vez. Los años pasados en el orfanato le enseñaron a guardar lo que le pertenecía, y eso, también se aplicaba en relación a ella.

Claire lo entendía, aunque no le gustaba, y al principio estaba demasiado enamorada para importarle nada. Si él le hubiera dicho en aquel entonces que era un atracador de bancos, lo más probable era que no le hubiera importado. Le hubiera perdonado cualquier cosa.

Durante las semanas que siguieron se vieron a intervalos irregulares. Cuando Nick estaba en Londres, pasaba todo el tiempo que tenía libre con ella, paseaban, iban al teatro, cenaban en los mejores restaurantes y escuchaban música en el piso de él. Era un sitio ordenado, austero y ella pensó que parecía más un sitio al que

iba de visita, que su casa. Nunca sospechó cuanta razón tenía.

Una noche se sintió consciente de una pasión entre los dos que no podía contenerse. Se besaban de forma desesperada y él le preguntó:

—¿No querrás una boda grande, verdad Claire? Quiero casarme contigo y hacerlo pronto.

En ese momento no le hubiera importado casarse sin ceremonia alguna. Le deseaba con la misma violencia que él a ella. Se lo dijo y se entregó a sus brazos.

—¿No podríais esperar hasta que vuelva Toby? —les preguntó su padre quejumbroso, pero sabiendo que no había mucha esperanza.

Nick la miró con la mandíbula tensa y ella le dirigió una sonrisa que hizo que su padre lanzara un suspiro.

Sin ningún bombo, todo terminó dos días después. Pasaron la luna de miel en la casita de Suffolk, a insistencia de su padre, y él se fue a casa de la tía Joanna para dejarles solos.

Claire cerró los ojos y respiró hondo. Y vaya si fueron idílicos esos pocos días antes de que la verdad acabara con ellos.

Luego llegó la llamada telefónica, y la voz cortada e impaciente de Nick al explicarle que tenía que dejarla de inmediato. Había habido un terremoto en Bolivia y le ordenaron tomar el primer vuelo disponible.

En ese momento empezó a comprender el tipo de vida que podía esperar, en ese momento supo por qué el apartamento de Londres parecía deshabitado. Durante una gran parte del año, él no estaba en Londres, sino por remotos lugares.

—Soy una especie de mediador —explicó—. Voy a donde me mandan en el momento oportuno, y generalmente se trata de algún lugar que tiene algún problema. Terremotos, choques, revoluciones… son mi ocupación habitual. Siempre tengo una maleta hecha.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó con voz muy baja, mirando las manos que tenía cruzadas en el regazo.

—Sabes muy bien por qué —dijo con franqueza—. Te hubiera preocupado y tal vez nos habríamos separado.

—Te casaste conmigo antes de que pudiera enterarme.

—No quería perderte —le aseguró y ella se estremeció—. Sabía desde el primer día que mi trabajo podría ahuyentarte. No eres el tipo de mujer a la que le guste ese tipo de vida.

—¿No consideras eso un engaño, Nick? —le preguntó con claridad.

Él murmuró algo e irritado replicó:

—No tengo tiempo de discutir si hice bien o no en este instante, Claire. Piénsalo mientras estoy fuera.

Luego salió y ella se quedó anonadada. Era, y ahora lo veía muy bien, algo así como un ultimátum. Tenía que aceptarlo como era… o dejarlo. No se molestó en explicar, en pedir una disculpa o tratar de hacerla comprender. Decidió ocultarle la verdad porque sabía desde el principio que ella se sentía alarmada por el tipo de ocupación que tenía. Algunas veces, durante el corto noviazgo, fueron a fiestas y notó el efecto que ejercía sobre las demás mujeres, las miradas interesadas que le lanzaban. Seguro que muchas de ellas encontraban ese trabajo peligroso, excitante y atractivo. Él se había dado cuenta que ella no era de esa clase.

Desde el primer día ella le expuso con franqueza la clase de carácter que tenía… le dejó ver cuánto apreciaba la permanencia, la estabilidad, la tranquilidad. Nick no podía ofrecerle nada de eso y no lo supo hasta ese día. Pensó erróneamente que el matrimonio sería un deleite interminable. Casada con Nick, tuvo que reconocer, tendría que aceptar constantes despedidas. Nunca estaría con ella, constantemente estaría volando hacia lugares peligrosos y ella se quedaría atrás esperando.

No durmió casi nada durante esa primera noche. Dos días después, al poner las noticias, le vio retransmitiendo desde la zona del seísmo. Al verle, se echó a llorar, y al darse cuenta que estaba ileso, se echó a llorar de nuevo. Ya empezaba a temer que fueran a decirle que el avión se estrelló o que había cogido alguna enfermedad espantosa. Dos días más tarde otra ola de temblores sacudió la zona afectada y ella no tuvo modo de saber si Nick estaba en la parte peligrosa en ese momento; y ni siquiera se le ocurrió llamar a informarse. Se quedó sentada como hipnotizada esperando oír lo peor. Cuando lo volvió a ver en la pantalla, no sintió alivio sino ira, una ira amarga y profunda. Él la había engañado para que se casara con él. Si él no hubiera sospechado el efecto que eso tendría sobre ella, no le culparía, pero sí lo sabía, y con toda deliberación se lo ocultó lo más posible para que no pudiera arrepentirse.

Estuvo fuera durante dos semanas y cuando llegó a casa, Claire era una sombra de lo que fue. Las noches en vela habían dejado ojeras bajo sus ojos y arrugas alrededor de la boca. Estaba tensa, irritable, ensimismada. Nick la miró y los ojos de ambos se unieron en medio de un conocimiento táctico.

Esa noche, al fin le confesó lo que hasta ese momento no quiso

decirle, la historia oculta de su infancia.

—Mi padre era Jimmy Brett —dijo con las manos sobre los ojos —. El que te presenté no es mi verdadero padre. Mamá se casó con él cuando yo tenía doce años, después de que mi padre muriera en esa última carrera…

—Jimmy Brett… —conocía el nombre, claro. ¿Quién no lo había oído? Era un corredor de coches brillante y osado que ganaba carrera tras carrera a la edad de veinte años. Y era tan conocido, que todavía algunas veces su nombre aparecía en los diarios cuando comparaban a los corredores modernos con él sin encontrar ninguno que le superara.

—Mamá se casó con él a los dieciocho años. Entonces no era conocido. Con el correr del tiempo, ella sentía más y más miedo de su profesión. Tuvo varios accidentes serios, como tú sabes. Varias veces mamá estuvo segura que se iba a matar frente a sus ojos. Tenían constantes disgustos. Yo recuerdo haberlos oído y sentirme aterrada. Mamá lloraba sin cesar hasta caer dormida. Le rogó que dejara de correr, pero él se negó. Ella adelgazó muchísimo y para cuando él se mató, no era más que un manojo de nervios. Casi creo que fue un alivio para ella cuando al fin sucedió lo que temía tanto… la espera fue peor que el hecho mismo. Luego se casó con papá, el que te presenté. Lo conocía desde antes de casarse con mí padre y él la quería desde entonces. Mamá dijo que él estaba seguro de que las cosas acabarían así. Es un hombre muy paciente. No fue él el que decidió que yo tomara su nombre, sino mi madre. Quiso borrar a papá de nuestras vidas y siempre le culpó de todos sus sufrimientos.

—¿Por qué no me contaste esto antes? —preguntó Nick.

—Es demasiado doloroso hablar acerca de ello —explotó—. Mi madre vivió en medio de un infierno mientras él vivía y arruinó también mi infancia. No se puede ver a los padres de uno luchar a todas horas y quedar indemne ante ello.

—¿Por qué me lo dices ahora? —preguntó aunque sabía de antemano la respuesta.

—No puedo soportarlo, Nick —pronunció con lentitud—. Vi cómo sufría mi madre durante mucho tiempo, y no quiero que a mí me pase lo mismo.

—Si me estás pidiendo que deje mi trabajo… —empezó él y ella suspiró.

—No me atrevería. Te conozco demasiado bien.

Nick lanzó una maldición.

—Mira, no soy un tipo estúpido. Mi vida tiene gran valor para

mí y no la pondría en peligro.

—Lo haces cada vez que vas a esos lugares —aseveró ella. Para eso le pagaban… para ir a los sitios donde la vida no tenía valor alguno y para arriesgarse a ser asesinado por conseguir una buena noticia.

—Lo he hecho durante muchos años, y no he tenido ningún rasguño.

No era verdad. Él le había hablado de «accidentes», minimizándolos, y suprimiendo las causas. Ahora sabía que se había roto varias veces las piernas, que recibió una herida de bala, que estuvo a punto de ser aplastado en Bolivia cuando un edificio se desplomó sobre su coche.

Lo peor de la situación era que los dos estaban tranquilos. No perdieron los estribos ni gritaron. Sus voces eran bajas y tranquilas, las caras serias.

—Pude irme mientras estabas fuera —dijo ella— pero quise verte antes.

—No te lo permitiré.

—¿Cuántos días al año estarías aquí, Nick? —le preguntó—. Estarías casi siempre de viaje.

Él la alzó de la silla y la besó. Los labios de ella respondieron. No hizo esfuerzo alguno por resistirse, y él la miró con una expresión de triunfo, pero desapareció al observar la seriedad de los ojos de ella.

—No podría aguantarlo, Nick —dijo en tono casi suplicante. Hubo un amargo silencio entre ellos. Luego le dijo lo que faltaba, que era terriblemente doloroso y haría la separación inevitable—. Después de volver a casarse, mi madre trató con todas sus fuerzas de ser feliz, pero las cicatrices eran demasiado profundas. Cuando yo tenía catorce años, ella se suicidó.

—Me parece una reacción muy estúpida —murmuró él—. Debe haber sido horroroso para ti y para todos los demás… creo que es una actitud cobarde y egoísta.

—Los años que pasó con mi padre acabaron con su salud mental.

—Y a ti… a ti te hicieron mucho bien —murmuró otra vez con desprecio—. Eres una cobarde, Claire.

—Así es —asintió ella—. Siento horror de tener miedo día y noche como ella… hay que tener una personalidad muy fuerte para aguantar esa clase de vida, y yo no la poseo. Tú sabías eso, Nick, por eso me ocultaste esto antes de casarnos.

Pudieron haber seguido discutiendo durante horas pero él recibió otra de sus llamadas. Esta vez lo mandaban al Ulster, y

mientras estaba fuera, ella lo abandonó. Nick fue a ver a su padre al regresar, pero él se negó a darle la dirección o a intervenir de ninguna forma. Más adelante, su padre le contó la visita de Nick.

—Ya eres mayor, Claire, y no tengo intenciones de tratar de decirte lo que debes hacer, pero en mi opinión, no le diste a Nick una oportunidad justa. Tú le amabas, te casaste con él. ¿Te parece correcto dejarle plantado apenas surge un problema? ¿No podrías discutir las cosas con él y tratar de arreglarlas, querida?

—Me niego a vivir con un temor constante —le dijo con franqueza—, sin saber si volveré a verlo o no. Mis nervios no lo soportarían y prefiero apartarle de mi vida de una vez. Al menos así no estaré pegada al teléfono y esperando que llegue un telegrama en cualquier momento.

Él se quedó callado. Recordaba al igual que ella lo que sufrió su madre y no tenía una respuesta fácil para darle.

Claire volvió a usar su nombre de soltera y empezó a trabajar con Andrew. Nick no hizo más intentos para encontrarla. Eso en realidad le sorprendió mucho; hasta se sintió dolorida, pero se forzó a no pensar en ello. De vez en cuando lo veía en la televisión, transmitiendo las noticias de los lugares con conflictos en todo el mundo. Pero cuando él aparecía, ella apagaba el aparato con rapidez tratando de pretender que no existía. Gradualmente se forjó una nueva vida, pero dentro de una concha, como un ermitaño, y trató de anestesiar sus emociones.

Volvió a mirar el reloj y pensó que ya era demasiado tarde; Nick ya no la estaría esperando. Con lentitud, se desvistió y se dio una ducha, luego se metió en la cama, sintiendo como si hubiera hecho un gran esfuerzo físico. Conocía muy bien a Nick. La obligaría a enfrentarse a él en algún momento, pero necesitaba acumular suficiente energía para hacerlo. Él debía haber aceptado la separación, o hubiera tratado de verla mucho tiempo antes. El encuentro de ese día fue fortuito y él tendría que aceptar ese hecho. Nada entre ellos había cambiado.

Cerró los ojos e intentó dormir, pero estaba demasiado nerviosa y cansada para lograrlo.

En ese momento oyó que llamaban a la puerta, y se sentó en la cama, temblando.

—Abre la puerta —era la voz de Nick—. Si no lo haces, haré tanto escándalo que despertaré a todo el hotel.

—¡Vete, Nick! Estoy demasiado cansada para discutir contigo.

—Abre la puerta y déjame entrar —exigió él.

—¡Por favor, Nick!

—¿Quieres que la tire a patadas?

Parecía hablar en serio, su tono era muy furioso. Claire podía sentirlo a través de la puerta cerrada.

Tensa como la cuerda de un violín, se deslizó fuera de la cama y se dirigió a abrir la puerta. Él se introdujo en la habitación sin esperar que la abriera por completo, y la cerró de un portazo. Ella dio un paso atrás, sintiendo que el corazón se le subía a la boca. Parecía aún más alto de lo que recordaba y su expresión estaba llena de ira. Los ojos la recorrieron y ella hizo un movimiento para tomar su bata, ya que con esa sola mirada tenía el poder de hacer que el cuerpo se le derritiera y sólo llevaba un delgado camisón.

—Ahora, quieras o no, vamos a hablar, Claire.

Capítulo 3

De espaldas a él, se puso la bata y respondió con frialdad:

—No hay nada de qué hablar.

—Está bien —dijo con burla— no hablaremos entonces.

Ella se volvió al darse cuenta de la entonación, pero estaba justo tras ella y antes de que pudiera impedírselo, se encontró entre sus brazos. Sintió pánico y le empujó con violencia. Nick la sujetó de los hombros con fuerza, sacudiéndola.

—Trata de luchar, Claire, y te lastimaré. Te lo prometo.

Tenía que decir algo para detener lo inevitable. Su mente trabajaba con rapidez, sin calcular los resultados con suficiente cuidado, y dijo lo primero que se le ocurrió para detenerle.

—Andrew te matará.

Él la apretó con tanta fuerza que dejó escapar un grito de dolor.

—Continúa —exclamó con voz ronca— supongo que tienes algo que confesarme. Lo sospeché desde el momento que os vi juntos.

—Déjame, me estás lastimando.

Él la empujó, y metió las manos dentro de los bolsillos de la bata. Claire caminó hacia la ventana, buscando las palabras adecuadas. No se atrevía a decir nada, él podía hablar con Andrew y eso sería desastroso. Sin duda perdería el trabajo, y Nick se enteraría que mintió.

—No hay nada que confesar —dijo al fin—. Él no sabe que estoy casada y piensa… —dejó la frase sin acabar.

—¿Es tu amante? —ya le había hecho esa pregunta antes, y ella no respondió nada. Ahora lo preguntaba con seriedad y su tono era helado.

—Todavía no —balbuceó, dejando que él le diera el sentido que quisiera a esas palabras.

—¿A qué estás esperando? ¿A que sea su cumpleaños? —preguntó en tono mordaz.

—Quiero estar segura —aseveró, y le miró fijamente.

—¿Segura de que le amas? —inquirió de una manera desagradable—. ¿Cuánto tiempo hace falta? Nosotros lo supimos el primer día, ¿no fue así, Claire?

Ella parpadeó sin querer.

—¿Qué es lo que buscas? ¿Dinero, seguridad, un marido fiel?

—Eso es asunto mío —alegó ella.

—¿Y si me rehusó a darte el divorcio?

—Lo conseguiré —le aseguró. Sabía que tenía que hacerlo algún día, pero nunca tuvo el valor para empezar los procedimientos.

—¿Cuál será el motivo? —preguntó él con curiosidad—. ¿Tienes esperanza de probar que te soy infiel?

—Incompatibilidad de caracteres. Colapso de la vida matrimonial.

—Somos muy compatibles, Claire —rió él—. ¿Me permites probártelo? Dame cinco minutos y te haré admitirlo.

—Eres un hombre muy atractivo —arguyó ella, tensa pero calmada— pero la atracción sexual es sólo una parte pequeña de cualquier relación.

—¿Quién te dijo eso, Claire? ¿Estás tratando de convencerte de algo?—volvió a reír.

—Estoy tratando de convencerte a ti —murmuró.

—Ven a la cama e intenta hacerlo ahí —la invitó.

—Hablas igual que Andrew —replicó con deliberación, y vio el destello airado en la mirada.

Fue un error y lo supo al ver que achicaba el espacio que había entre ellos y la tomaba en sus brazos. No había escapatoria posible, era demasiado poderoso. Volvió la cabeza a un lado, y luchó con todas sus fuerzas. Nick la sostuvo, sin dejar de mirarla. Sintió esos ojos como un hierro candente y el calor que emanaba corrió por la faz desviada, por el cuello, los hombros. Siguió un profundo silencio y pudo oír el corazón de Nick latiendo con fuerza. Noche tras noche pensó que el suyo dejaría de latir para siempre.

—Esto es lo que estás pidiendo —balbuceó él—. Ni siquiera tengo que besarte ya que los dos nos sentimos igual. Si nos hubiéramos separado durante diez años, nada cambiaría.

—Eso no cambia las cosas —insistió ella, temblando como una hoja.

—Mentirosa —le dijo con desprecio—. No me trates de engañar, Claire. Yo lo sé muy bien —le besó el cuello y ella sintió que se quemaba.

Dejó escapar un leve gemido ahogado. No había olvidado el placer de esas caricias, pero no recordaba la fuerza que evocaban, o tal vez el año de separación había intensificado el efecto que tenía sobre ella. Estaba pendiendo de un hilo para perder el control y eso que apenas la había tocado.

—Pensé que querías hablar —gimió con desesperación y echó la cabeza atrás para evitar que la besara.

Él dejó escapar un ruido extraño, mitad risa, mitad irritación.

—Cualquier cosa con tal de evitar que te toque, ¿verdad, Claire?

—Sí —asintió ella.

—Lo que yo quiero de ti, no tiene nada que ver con hablar y lo sabes muy bien. —la empujó hacia la cama y ella tembló.

—No te preocupes —murmuró—. No tengo intenciones de tomar por fuerza lo que pareces tan renuente a darme. Vamos a hablar, siéntate —exclamó y casi la tiró sobre la cama, acercando una silla para sentarse, las manos sobre las rodillas y la mirada fija.

—Cambié de trabajo —dijo con brusquedad.

—Todavía sigues corriendo adonde hay peligro —alegó ella. Ella sabía que había dejado de hacer lo que más le gustaba, y en el fondo sospechaba que lo hizo por ella. Le dolía saberlo, y le miró con tristeza—. Si mañana estallara una revolución en algún lado, correrías a buscar las noticias.

—Ya no estoy en eso —insistió él—. Ahora me mandan cuando la pelea ya casi terminó.

—¿Es eso verdad, Nick?

—Hay un riesgo mínimo, pero es casi igual al que sufre uno cuando cruza la calle Oxford a la hora de mayor tráfico.

Ella entrelazó los dedos, y lo miró.

—Tienes que aceptar los hechos, Nick. Yo no soy la clase de esposa que necesitas. Tendría pesadillas todas las noches mientras tú estuvieras fuera y a la hora de volver me encontrarías en un estado de nervios tan terrible, que estaríamos peleando todo el tiempo. Ya lo he vivido y me niego a volver a pasar lo mismo.

—Yo no puedo aceptar que sean así las cosas. Estás teorizando antes de experimentar. El hecho que tus padres tuvieron un mal matrimonio no significa que nosotros vayamos a fracasar.

—Ya tuve una muestra de ello durante nuestra luna de miel —alegó ella—. Viví en un infierno al pensar que podías haber muerto durante ese segundo terremoto.

—No debes dejar que tu imaginación te domine —se impacientó él.

—De eso se trata —replicó ella agotada—. Sé muy bien lo que me pasaría y no creo tener fuerzas para aguantarlo.

—Por Dios —explotó él— ¿por qué diablos tuve que enamorarme de una tonta cobarde como tú? Eres insensible, Claire, además de neurótica… me dijiste que yo te engañé antes de casarnos. Tal vez sea cierto, pero la que me mintió fuiste tú. Ni siquiera hiciste mención de todo esto antes de aceptarme.

—Nunca pensé que sería necesario —observó con desgana.

—Es lo más importante de tu vida y me lo ocultaste —comentó

molesto—. Yo como un ciego, pensé que sabía todo acerca de ti. Desde un principio pareciste abrirte por completo a mí… pero suprimiste la página vital, ¿verdad? No trates de decirme que no lo hiciste con deliberación.

—Los dos ocultamos cosas —aceptó.

—Así es. Yo mentí para no dejarte escapar y sería capaz de hacer eso y más. Haría cualquier cosa por conseguirte, Claire. Te advierto que si crees que me di por vencido, estás equivocada. Mi carácter no me lo permite. Siempre logro lo que quiero aunque signifique tener que matar a alguien en el camino.

—Suena muy dramático, Nick —dijo ella con sequedad—. Después de un año sin dar señales de vida discúlpame si no estoy impresionada.

—¿Te dolió eso? —sonrió con ironía.

—No —afirmó ella—, me sentía aliviada.

—No te creo —replicó.

—Ahora entiendo. Lo hiciste adrede —mencionó ella. No se le había ocurrido antes y se sintió enojada al ver la burla de su mirada —. ¿Cuánto tiempo más ibas a dejarme con la duda? —le preguntó con frialdad.

—Hasta la Navidad —se encogió de hombros.

—¿Navidad? —inquirió con asombro.

—La época de buena voluntad —comentó en tono burlón—. ¿Recuerdas? Tu padre me invitó a pasar las fiestas en Suffolk.

—¿De veras? —se puso furiosa—. No lo creo.

—Pregúntale.

—¿Has hablado con él? —su padre nunca lo mencionó y se sintió molesta al pensar que conspiraba con Nick a sus espaldas. Ella confiaba en su lealtad.

—Lo visito de cuando en cuando —le informó Nick—, después de todo, es mi suegro, y es él el que me da noticias tuyas. Leí tus cartas el otro día.

—¡Él no tenía derecho a enseñártelas!

—¿Por qué no? —preguntó—. Jamás me mencionas a mí, ni una sola palabra, ni un indicio de mi existencia. Hablabas mucho acerca de Andrew Knight, sin embargo.

Claire no recordaba haber mencionado a Andrew y se sintió incómoda. No tenía motivo para hacerlo, ya que él nunca mostró ningún interés en ella, ni ella sentía nada por él.

—Yo sé leer entre líneas —comentó Nick— y era obvio que Knight te veía con buenos ojos. Lo mencionaste demasiadas veces en las cartas.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó furiosa al ver que la empujaba sobre la almohada.

—¡Como si no lo supieras! —se burló él, pero había urgencia en los ojos azules.

Ella se movió bajo ese escrutinio y Nick dejó escapar una exclamación, luego agachó la cabeza y la besó con todo el vigor de una avidez frustrada.

Ella creía que estaba olvidándole y ahora sabía que no era cierto. Había tratado de excluir la imagen de Nick de su mente pero la perseguía mientras dormía. Ahora todo el peso de ese largo año separada de él le caía de un golpe, y se sacudió entre sus brazos, dejando de resistirse. Alzó los brazos como si tuvieran vida propia y empezó a acariciarle, a explorar ese torso musculoso, los fuertes hombros y a recorrer el cuello antes de meter los dedos entre la espesa cabellera.

Él liberó los labios de ella con renuencia, respirando con dificultad y le lanzó una mirada retadora.

—La vida es muy corta, Claire. ¿Qué otra cosa tiene tanta importancia, por qué has de enterrarte mientras aún eres joven? Hasta respirar tiene sus peligros hoy en día, con tanta contaminación y radiación que amenaza al llamado mundo civilizado. Cualquiera de los dos podría matarse en cualquier momento. El riesgo es parte de estar vivo.

Mientras hablaba, ella tuvo tiempo de volver a pensar, y él perdió el momento. Le miró y se imaginó que perdía la vida en uno de los viajes inesperados que tenía que hacer, mientras ella ni siquiera estaba consciente de lo que sucedía. Si tenía que perderlo, prefería dejarlo ella misma. Le dolería mucho menos a la larga.

—No, Nick —jadeó y sacudió la cabeza.

Los ojos de él se volvieron furiosos, pero ella ya se había soltado en un momento de descuido. Se apartó de la cama y se preparó para una prolongada lucha. Él se puso de pie lentamente y la miró tenso.

—Está bien, Claire —murmuró con voz fría— entonces nos divorciaremos. Te daré los motivos que necesitas. No será difícil encontrar alguien que esté dispuesto a ayudarme a proporcionártelos.

—No tengo la menor duda —replicó ella. Cerró las manos y dejó que las uñas se enterraran con fuerza en las palmas.

—Y si te aburres cuando estés casada con Knight, siempre estaré dispuesto a ser tu amante —comentó en tono mordaz—. Después de todo eres una chica muy atractiva. Según recuerdo, en la cama te olvidas de todas las inhibiciones que parecen molestarte fuera de

ella.

—Buenas noches, Nick —dijo ella y abrió la puerta.

Él salió con rapidez y ella la cerró con fuerza antes de echarse a llorar con amargura. Pasó largo rato sumida en el llanto, ahogando los sollozos en la almohada. Cuando al fin se durmió, estaba agotada.

Por la mañana sonó el despertador y saltó con el impacto. Lo apagó titubeante, con los ojos a medio abrir. Eran las ocho y media y la máquina automática de hacer té funcionó bien. Andrew la hizo instalar para los huéspedes británicos. Se sirvió una taza echándole leche en polvo con una mueca.

Una vez que lo tomó, entró al baño para darse una ducha antes de vestirse. Sólo trajo dos vestidos, ya que era un viaje corto. Al mirarse al espejo recordó que el vestido que había escogido era uno que Nick ya conocía y le gustaba mucho. La acariciaba con la mirada cada vez que se lo ponía. Las mangas eran plisadas y caían casi hasta los codos; el cuello formaba un profundo escote que revelaba el nacimiento del pecho.

Se mordió el labio y se encogió de hombros. Nick podía pensar lo que le diera la gana. No pensaba cambiarse.

Con todo cuidado se recogió el pelo en un moño, se pintó un poco y se perfumó.

Andrew ya casi había terminado de desayunar cuando se unió a él. Una rápida y furtiva mirada alrededor de la habitación demostró que no había señales de Nick y se sintió aliviada.

—Estás muy bien esta mañana —comentó—. ¿Cómo haces para aparecer fresca en este clima? Yo me siento como un trapo viejo.

Ella se sorprendió y le dedicó una sonrisa.

—¿Te acostaste tarde?

—Nos quedamos hasta que terminó la música —asintió—. Esa gente de la televisión tiene mucho aguante. Estaban terminando de desayunar cuando yo bajé y ya se han ido a filmar.

Se sintió más tranquila al saber que no vería a Nick por el momento, pero al mismo tiempo sintió una sensación extraña de desgana. Mordió un panecillo y escondió los ojos.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó.

—Divertirnos —respondió él con sencillez.

Ella no lo podía creer. Él no solía hacer otra cosa que trabajar.

—Simularemos ser simples turistas para saber cómo es el hotel desde el otro lado de la barda. ¿Trajiste traje de baño?

—Sí —dijo ella. Con la esperanza de encontrar algún momento para pasar en la piscina del hotel, lo había cogido.

—¿Te molesta la idea? —inquirió con sorpresa.

—¿De qué? —parpadeó ella.

—De pasar el tiempo conmigo aunque no estemos trabajando.

—¿Por qué había de molestarme? —dijo y se ruborizó. Desde que llegaron Andrew había hecho varios comentarios personales, y eso la trastornaba un poco. Quería que sólo la viese como su callada y eficiente secretaria. Ya tenía bastantes problemas para otro más.

—Tal vez mientras estemos aquí tenga la oportunidad de descubrir algo más acerca de ti —comentó con los ojos clavados en ella.

—No hay nada que descubrir —aseguró ella con rapidez.

—La superficie es encantadora —sonrió él— pero me preguntó qué es lo que esconde en el interior.

—No hay más que lo que se ve a simple vista —protestó ella.

—Y como dije, eso es encantador —murmuró.

Claire se puso tensa.

—Si vamos a nadar más vale que vaya a cambiarme.

—Va a ser un día largo y difícil —explicó él con una mueca. Casi le preguntó que quería decir, antes de darse cuenta. Andrew nunca demostró sentir interés por ella antes, y pensó que el actual estado de ánimo de él era en parte debido al calor y el ambiente festivo. Si ella lo desalentaba con firmeza, saldría de ello.

Se puso de pie y dijo:

—Iré a ponerme el traje de baño, entonces.

—Después de comer podríamos ir a dar una vuelta en coche por Keravi —invitó él.

—Va a hacer demasiado calor —le recordó—. Acuérdate que recomiendan echarse una siesta.

—¿Por qué no vamos a pasear ahora, entonces? Iremos a la piscina después de comer.

—Usted manda, señor —se burló.

—¿No podríamos olvidarnos, sólo por hoy, de la oficina? Si vamos a hacer de turistas más vale que lo hagamos bien.

—Tú eres el jefe —dijo con sequedad, marcando las palabras.

—Hoy no —insistió él—. Hoy sólo soy Andrew… y tú, Claire.

Claire hizo un gesto de disgusto. Lo último que deseaba en ese momento era tener a Andrew sobre la cabeza, exigiendo intimidad personal. Siempre mantuvo una distancia entre ellos, y eso era lo mejor. ¿Por qué de repente tenía que demostrar un interés más personal?

Por un momento se preguntó si no sería una reacción inconsciente a las vibraciones emocionales que agitó en ella Nick la

noche anterior.

Apretó los labios al seguirle fuera del hotel. Uno de los motivos por los cuales le gustaba tanto trabajar con Andrew, era la indiferencia total que tuvo hacia ella todo el año. Si las cosas empezaban a cambiar, tendría que renunciar a su puesto, y eso le daba mucha lástima.

Se alejaron bajo el ardiente sol por una estrecha callecita cuya superficie empedrada hacía resonar las llantas del coche alquilado, haciéndolos brincar sin cesar. Pasaron tiendas que vendían cestas, objetos de madera y bronce y los dulces regionales, empalagosos y pegajosos. Una muchedumbre de mujeres vestidas de negro y de hombres con *djellabahs* desfilaban ante ellos. Sin pensarlo, buscaba a Nick, quien debía estar filmando en algún lado de la ciudad. Apenas había pasado un día y ya añoraba verle. Si un tiempo tan corto en su compañía podía tener ese efecto en ella después de un año de separación, ¿qué esperanza tenía de hacerlo desaparecer de su vida?

Andrew serpenteó por entre la maraña de callejuelas y llegaron a una mezquita con sus minaretes apuntando hacia el cielo, bordeada por una alta pared. Unos cuantos muchachos con ropas arrugadas y manchadas estaban sentados en la sombra. Miraron el coche con ojos fascinados y los señalaron.

—¿Quieres que aparque aquí? ¿Podemos andar un poco? Allí se ve un mercado. ¿Ves los puestos?

—Claro —respondió Claire sin mucho interés, pensando todavía en Nick. Salió y esperó a que Andrew cerrara el coche, luego caminó a su lado.

—¿Hay alguien, Claire? —preguntó de repente.

Durante un largo rato ella le miró con fijeza, sorprendida por la pregunta, luego su expresión se congeló.

—Siempre dijiste que era un error mezclar los negocios con el placer, Andrew y yo estoy de acuerdo con eso.

—¿Quieres decir que no me meta en lo que no me importa? —dijo con cierta burla—. No tendría que ser humano si crees que es fácil pretender que eres sólo una extensión de la máquina de escribir. ¿Hay algún motivo por el cual no quieres hablar de tu vida privada conmigo?

—Sí —replicó ella con acidez—. No quiero hablar de ello.

—¿Pero tienes vida privada, no?

—¿No la tenemos todos?

—Sabes bien a lo que me refiero.

—No estoy muy segura.

—¿Hay algún hombre en tu vida, Claire?

—Sí —asintió ella—. Mi padre. No, hay dos, también tengo un hermano. Ya ves, después de todo he tenido que darte algo de información acerca de mi vida familiar.

—Muy chistoso —dijo sin diversión—. Eres demasiado atractiva para haber pasado el tiempo sin salir con ningún hombre. ¿Te lastimó alguien? ¿Es eso?

Durante un rato ella permaneció callada. Llegaron al mercado y se enfrascaron en el ruido de los gritos callejeros, las voces de las mujeres y las carcajadas de algunos turistas norteamericanos con sus consabidas cámaras.

Andrew se detuvo y la obligó a mirarle. Ella le miró con irritación.

—Claire, te haría bien compartir tus problemas.

—No hay nada que compartir.

—Correcto —insistió él— en ese caso… —se inclinó y le dio un beso en la boca. Había terminado antes de que ella tuviera tiempo de reaccionar, y no le quedó otra opción más que seguirlo, aunque las mejillas le ardían por la sorpresa.

Andrew se detuvo ante un puesto que vendía fruta, ignorándola, y se concentró en la compra de unas naranjas, hablando en francés para regatear con la misma determinación tenaz que usaba en todo lo que hacía. Cuando aceptó el precio, tenía un aura triunfal y el hombre le dirigió una leve sonrisa de aprobación al entregarle la fruta.

—¿Quieres una? —le ofreció a Claire.

—No, gracias —negó ella.

Recorrieron el mercado absorbiendo todo el ambiente. El calor aumentaba por segundos al acercarse el medio día. Andrew miró el reloj y dijo:

—Creo que es hora de volver al hotel.

Ella se resbaló al pisar una cáscara de naranja y él la sostuvo, poniendo la mano alrededor de la esbelta cintura. Ella se enderezó y trató de soltarse, pero él no la dejó.

—Si nos apresuramos, podemos tomar una copa antes de comer —dijo con calma.

—Puedo caminar sin ayuda, Andrew —comentó tratando de no ofenderlo.

—¿Me estás dando un cortés «no me toques», Claire?

Estaba a punto de responder cuando recordó que Nick tenía la idea de que existía algo entre ella y Andrew. Ese ligero titubeo hizo que los ojos de su jefe la miraran con curiosidad y observaran la

forma en que se mordió el labio con nerviosismo.

—No quiero que pienses que quiero aprovecharme de ti, Claire —murmuró—. Nunca pensé en probar suerte con mis secretarias, ¿pero hay algún motivo para no poder ser amigos?

—Ninguno en absoluto.

—Entonces trata de sonreír como si no me despreciaras, por favor.

—¿Es así como te sonrío? ¿Te he demostrado desprecio? Creo que estás equivocado.

—Esta mañana tengo la impresión de que estoy paseando con Lady Macbeth —asintió él—. Sólo esperaba que me clavaras la daga en la espalda.

—Me parece que exageras —rió ella.

—No mucho —hizo una mueca.

—Debe ser el calor —se encogió de hombros.

—¿Es todo? —comentó sin convicción, pero parecía estar listo para aceptar su palabra. Circularon por el laberinto de angostas callecitas, brincando sobre el empedrado, y llegaron al hotel justo en el momento en que una camioneta descargaba el equipo de la televisión.

Andrew aparcó el coche y Claire se bajó y lo esperó. De pronto escuchó la voz familiar. Le envió un estremecimiento y se sintió molesta, pero en ese momento Andrew la alcanzó y ella le dedicó una sonrisa brillante, lo cual le causó gran sorpresa a él.

—Cuando sonríes así, Claire, te pones preciosa —murmuró y agachó la cabeza como si fuera a besarla.

—¿Ah, sí? —preguntó con voz suave y la mirada transparente.

—Pero eres un enigma —comentó como si estuviera sorprendido por esos gestos alentadores—. Un enigma encantador —volvió a rodear su cintura. Ella se volvió para ver si Nick les miraba, pero no era necesario. Nick caminaba justo detrás de ellos y podía sentir la intensidad de la mirada que atravesaba su espalda.

Capítulo 4

Fueron un momento a sus habitaciones para lavarse y volvieron a encontrarse en el bar. Andrew ya estaba allí cuando entró Claire. Estaba sentado en una mesa junto con la mayor parte del grupo de la televisión y oyó que sobresalía su voz por encima de las demás, de modo que no se sorprendió al verle discutir de nuevo con Felipa. Había señas de ofuscación en el rostro agresivo de Andrew. Estaba tan ensimismado en lo que decía que ni siquiera notó cuando Claire se acercó. Nick la vio tan pronto como llegó… tenía los ojos fijos en la puerta, como si esperara verla aparecer. Ella inclinó la cabeza y mantuvo la vista fija en los demás, para que él no pensara que era consciente de la forma en que la observaba.

No se puso de pie cuando ella llegó a la mesa. Se detuvo junto a Andrew, y puso una mano sobre el hombro de él para que se diera cuenta de su presencia. No se detuvo en los comentarios que le dirigía a Felipa, pero medio volvió la cabeza con una ligera sonrisa, colocando la mano sobre la de ella.

Se había cambiado de ropa y llevaba una camisa clara con unos pantalones beige. La vestimenta le hacía parecer menos el magnate hotelero y más parte del grupo con el que hablaba. Felipa no dejaba de mirarlo.

—Eso está muy bien —alegó ella al hacer él una pausa al fin— pero lo que usted dice ignora por completo el elemento humano.

—No se puede decir que la creación de empleos en los países subdesarrollados haga eso —replicó él.

—¡Vamos! —saltó Felipa—. Ese tono de moralidad suena maravilloso, pero a ustedes no les interesa nada más que las ganancias.

—¡Muchas gracias! —exclamó después de una breve pausa y se volvió hacia Claire para preguntarle—: ¿Qué quieres tomar? ¿Lo de siempre?

Pareció como si tomaran copas juntos muy a menudo, cuando la verdad era que casi nunca lo hacían, pero ella le siguió la corriente.

—Sí, gracias.

—¿Tuvieron una buena mañana? —preguntó Claire en general, sin mirar a Nick.

—Fantástica —respondió Felipa con sequedad—. Dondequiera que fuimos nos topamos con una horrible pared de ladrillo. Nadie

nos dirigió la palabra. Filmamos algo y eso fue todo.

—Tal vez a ellos les encantan ustedes tanto como a mí —dijo Andrew.

Hubo un silencio incómodo. Nick le miró y le dijo con tranquilidad:

—¿Busca que le aplaste la cara?

Andrew no iba a aceptar eso de nadie y se volvió con una expresión que buscaba problemas. Claire puso la mano sobre el brazo de él y lo apretó. Él la miró con rapidez y ella le dirigió una mirada suplicante.

—Tal vez no sobornaron a las personas adecuadas, Felipa —rió ella con un tono de súplica.

Felipa estaba dispuesta a cooperar para restablecer la paz y se rió, negando con la cabeza.

—Tal vez fue eso —aseveró, simulando estar de acuerdo y luego miró el vestido que llevaba Claire—. Siempre está usted preciosa. ¿Cómo lo hace? Ese vestido tiene la firma de la calle Bond por todas partes.

—Pues es de la calle Oxford —negó ella con la cabeza—. Lo compré en una tienda pequeña y no es caro. Con mi sueldo no puedo pagar los precios de las boutiques de la calle Bond.

Andrew debía estar nervioso, ya que reaccionó de inmediato.

—Tu salario es bastante bueno para una secretaria —comentó con una mirada de reproche, como si ella lo hubiera acusado de tacañería.

Nick le daba vueltas al vaso que tenía en la mano y ella se atrevió a mirarle de reojo. Llevaba la camisa gris pálido abierta casi hasta la cintura. Parecía muy bronceado y la piel relucía con vitalidad. Mientras ella le miraba, él alzó la cabeza y sus ojos se encontraron. Claire sintió que las mejillas le ardían como si la hubieran pescado haciendo algo indebido.

El camarero distrajo su atención al colocar un vaso frente a ella, y le dio la oportunidad de tener algo en las manos para juguetear, luego lo alzó hasta los labios y bebió con lentitud el contenido.

Wazi hablaba acerca de lo que habían filmado esa mañana.

—Creo que quedará bien. Esas tomas del mercado me parecen que son buenas.

Felipa se inclinó para susurrarle algo a Nick, y él se acercó para oír mejor lo que le decía.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Andrew a Claire, colocando un brazo con informalidad sobre su hombro—. Ya es hora de comer.

Nick le lanzó una mirada y los ojos azules se posaron sobre el

brazo de Andrew con desprecio que luego se tornó en hostilidad.

Ella bajó las pestañas mientras terminaba la copa y dejó el vaso sobre la mesa.

—Estoy lista —le sonrió a Andrew.

—Hasta luego —se despidió del grupo—. Tenemos pensado ir a la piscina después de comer. Hace demasiado calor para pensar en otra cosa.

—Yo tengo pensado hacer lo que hacen los árabes inteligentes —añadió Wazi—. Dormir toda la tarde.

—¿Por qué no nos reunimos todos esta noche? —preguntó Andrew—. La casa invita.

—Me imagino que la cuenta de gastos de usted es más amplia que la nuestra —gruñó Wazi—. Nos gustaría mucho, ¿qué os parece? —preguntó mirando a los demás.

Todos miraron a Felipa, lo cual no era sorprendente, ya que cada vez que ella y Andrew tenían oportunidad de hablar acababan en una amarga discusión.

Andrew se ruborizó un poco, luego miró a Felipa con una expresión extraña, quien se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —dijo con despreocupación.

—Le advierto que lo menos que podemos esperar que nos sirva es champán —dijo el encargado de sonido.

—Champán será —sonrió Andrew—. Lo pediré antes para que esté a la temperatura adecuada. En realidad tenemos una buena cava. La acabamos de surtir hace poco.

—Me está dando sed —comentó Wazi sonriendo.

—Tú siempre estás sediento —se burló Felipa.

—Señora mía, tiene usted toda la razón —dijo y alzó la mano de ella hacia sus labios.

—¿Vienes? —preguntó Andrew y cogió la mano de Claire. Ella le miró sorprendida y asintió, siguiéndole hacia el comedor.

—Parece que todos se llevan muy bien —dijo ella al atravesar la puerta.

—Sólo Dios sabe por qué —comentó irritado él—. Esa mujer puede volver loca a cualquier persona. Apenas abre uno la boca ella empieza a atacar. ¡Nunca conocí una mujer que discuta con tanta vehemencia como ella!

—Podrías tratar de darle un poco la razón —sugirió ella.

—¿Por qué diablos había de hacerlo? Tengo derecho a mi propia opinión y a expresarla —alegó con beligerancia.

—Igual que ella —señaló Claire.

—¿Estás de acuerdo con ella? —preguntó ofendido ya que él

siempre quería tener la razón. Era un hombre que no toleraba la oposición y si era posible la ignoraba.

—No necesariamente estoy de acuerdo con ella, pero lucharía hasta la muerte por su derecho de tener una opinión propia y expresarla —contestó—. Haría lo mismo por ti en caso contrario.

—Me parece justo —replicó él, estudiando el menú—. ¿Por qué demonios tiene que ser tan dogmática acerca de todo?

Ella trató de ahogar la risa. Ese hombre no tenía sentido del humor cuando se trataba de sus puntos de vista.

—A lo mejor deberíais evitar discutir temas controvertidos —sugirió.

—¿Y qué pasaría? —le comentó con sarcasmo—. ¿Hablaríamos acerca del tiempo y el último juego de cricket?

—No veo por qué no, si con eso se logra la paz —agregó ella— a no ser que te divierta discutir con ella.

—¿Divertirme? —replicó como si le hubieran insultado—. ¿A qué hombre en sus cabales le gustaría eso? Después de hablar con ella cinco minutos, me siento como si hubiera luchado tres rounds con el campeón mundial de peso pesado.

El camarero apareció y le encargaron la comida al tiempo que observaban al grupo de la televisión que se iba del salón, llenando el ambiente con sus voces alegres. Felipa caminaba al lado de Nick, riendo. No miró en dirección a Claire ya que tenía toda su atención fija en Felipa.

—Mira cómo va vestida ahora —susurró Andrew—. Esos mugrientos vaqueros me parecen más raídos cada vez que los veo y la camisa parece ser que durmió con ella.

—Tal vez hace bien en vestir así —contestó Claire— ya que tiene que viajar entre tantos hombres.

—¿Crees que es una especie de camuflaje? —preguntó mientras observaba la cabeza rubia que se movía para sonreírle a Nick—. ¿Para qué tiene que molestarse? Creo que nadie la molestaría aunque anduviera todo el tiempo en bikini.

—A su modo a mí me parece bastante atractiva —dijo Claire y luego agregó—: Me cae bien.

Andrew le sonrió con una ternura inusitada.

—Tenía razón acerca de una sola cosa. Ese vestido que llevas es fantástico.

—Gracias. Todo cumplido es muy bienvenido.

—Me gustaría que pusieras eso por escrito —replicó—. En el pasado, cada vez que traté de decirte algo amable me echaste a un lado.

—Eso era cuando éramos secretaria y jefe —le recordó—. Pero hoy acordamos estar en vacaciones.

—¿Y qué es lo que es diferente?

Claire pensó que tal vez no era tan buena idea darle a Andrew la impresión de que no le molestaban sus atenciones. Él no era el tipo de hombre con el cual se podía jugar a la ligera. Siempre esperaba salirse con la suya, y aunque no tuviera intenciones serias, podría ser un acompañante ocasional agradable, y si por alguna razón decidía exigir algo más, sería un oponente difícil para rehusarse.

Ella titubeó. Se encogió de hombros, tratando de bromear con la respuesta:

—Que se aminora el peligro —comentó esperando que fuera chistoso.

—¿De qué? —inquirió él de inmediato.

—De mezclar el negocio con el placer —volvió a bromear ella.

—¿Quiere decir eso que una vez que volvamos a la normalidad, los cumplidos deberán cesar?

—Pues, así como están las cosas…

—¿Sí? —comentó, obligándola a continuar.

Claire se sintió aliviada cuando en ese momento llegó el camarero con el primer plato. Simuló estar absorta con la comida, mientras Andrew probaba el vino. Cuando se quedaron solos de nuevo, el tema estaba archivado, y pudo lanzarse a otra conversación más normal.

Cuando terminaron de comer subieron las escaleras, charlando con facilidad. Andrew parecía estar de mucho mejor humor y se rió de una anécdota que ella le contó acerca de su hermano Toby.

—¿De modo que es ingeniero? ¿Viaja mucho?

—Bastante desde que se licenció.

—¿Es mayor que tú?

—Dos años contestó ella.

—¿Os lleváis bien?

—Muy bien —asintió ella al pensar en Toby. Se acercaron más que nunca cuando murió su madre. El golpe fue aún peor para él que para Claire.

Él atravesaba una época difícil en aquel entonces, y tenía problemas para adaptarse a su padrastro después de la adoración sin límites que le prodigó a su padre. Era un adolescente y lo veía como un héroe.

—¿Está fuera del país ahora?

—No. Trabaja en Yorkshire. No le vi demasiado cuando estuve allí, sólo cuando en ocasiones pasaba algún fin de semana en casa.

—Tu casa está en Suffolk, ¿verdad?

Ella asintió.

—¿En el pueblo o en el campo? —preguntó como si de verdad le interesara.

—En el campo —le dijo— está cerca del mar.

—Es muy bonita esa zona —asintió él.

—Muy aislada —comentó ella con un tono que dejó entrever que lo consideraba una ventaja—. Es un lugar de lo más pacífico.

Llegaron al piso donde estaba la habitación de ella y salió del ascensor. Había acordado descansar una hora después de comer, en parte para hacer la digestión, y en parte para darse tiempo a si mismos. Quedaron en la piscina más tarde.

Claire se desplomó sobre la cama, con los ojos cerrados, tratando de ahuyentar la imagen de Nick que trataba de invadir su cerebro. Al cabo de un rato decidió darse una ducha. ¿No debía haber aprendido ya a defenderse? Se sentía vulnerable y aunque su mente insistía en enfrentarse al peligro que él representaba, se repitió que debía tratar de controlarse.

Se puso el bikini, pero luego se detuvo a pensar. ¿Estaría mal visto ponérselo allí? Sabía que en algunos países no era muy aceptado, pero Andrew no le dijo nada acerca de eso. Tomó la bata a juego y se la puso. Si Andrew opinaba que no era propio, podría quedarse con la bata puesta.

Cuando llegó al patio que rodeaba la piscina, se detuvo con brusquedad al toparse con Nick. Estaba solo, bebiendo un Martini bajo una sombrilla floreada, sentado en una silla de mimbre blanca.

—No te quedes ahí parada —ordenó—. Acércate.

Ella alzó la cabeza, tratando de mantener la compostura, y caminó hacia su marido, mientras él miraba las largas piernas que se acercaban.

—¿Por qué tan tapada? —preguntó desconcertado—. Hace demasiado calor para la bata.

—No estaba muy segura si debía ponerme el bikini aquí —le informó.

—Claro que sí —asintió—, mientras lo uses en la piscina del hotel y no bajes a la playa así… allí lo peor que te podría pasar es que antes de que la policía llegara a rescatarte, estarías luchando contra un ejército de árabes excitados.

—No me lo pondré en la playa —dijo y miró el agua para evitar el nerviosismo que le embargaba—. Se ve de lo más invitadora —se puso de pie y se quitó la bata dejándola sobre la silla. Nick dejó escapar un silbido y ella se ruborizó.

—Toma una copa antes —la invitó y llamó al camarero.

—Más tarde —dijo ella.

—Ahora —insistió él y le sujetó la muñeca. Ella titubeó sin saber si tratar de soltarse bajo la mirada inquisitiva del camarero. Por fin cedió y volvió a sentarse con enojo.

—Como quieras.

—Muy bien. Te queda bien el verde y me gustas mucho en bikini.

Ella lo ignoró, de modo que él acercó más la silla. La larga mano bronceada recorrió con cariño el muslo desnudo y ella se enderezó, justo en el momento en que el camarero llegaba con la bebida. Nick no retiró la mano. Los potentes dedos siguieron acariciando la suave piel y ella le miró, empujando la mano a un lado. El camarero esbozó una sonrisa, dejó el vaso sobre la mesa y se alejó sin dejar de observarlos.

—Hiciste eso con deliberación —le acusó.

—Sí —admitió él descaradamente—. Aquí saben muy bien cómo debe tratarse a las mujeres. Nada de esas tonterías de igualdad… la mujer es una propiedad, igual que los camellos o las cabras. A tu jefe le gustaría eso —se burló Nick—, me parece que él comparte ese punto de vista, ¿verdad? —la sonrisa desapareció de la mirada azul—. Creo que es hora de aclarar a quién le perteneces, Claire, y voy a asegurarme de que él se entere hoy mismo. No voy a quedarme sentado viendo cómo manosea a mi mujer delante de mis narices.

Ella se quedó aterrada. No quería que Andrew se enterara de su matrimonio. Le haría demasiadas preguntas y prefería evitarlas.

—No lo hagas, Nick —murmuró en tono de súplica.

—¿Qué me ofreces a cambio de mi silencio? —la estudió él sin expresión.

—¿Qué quieres decir? —exclamó.

—Como te expliqué, no pienso quedarme quieto viéndole ponerte las manos encima como lo hace. Si alguien va a tocarte, ése seré yo.

Ella lo miró y se estremeció.

—Eres una experta en ahuyentar a los hombres —agregó con frialdad—, así que empieza a aplicarle a Knight ese tratamiento de inmediato.

—Andrew se preguntaría qué demonios está pasando —dijo bajando los ojos.

—Mala suerte —saltó él—. Eso mismo me pregunto yo desde hace un año. Lo que yo he visto, ¿es lo máximo que ha logrado, sólo

rodearte con los brazos y quemarte con la mirada?

—¡No me quema con nada!

—Pues a mí me parece que sí.

—Nunca tuviste muy buena vista que digamos —le gritó ella.

—Yo no diría eso —aseguró él al recorrer con la vista su cuerpo.

Claire bebió con rapidez, sin quitar la vista del vaso, y trató de decidir cuál de sus problemas era el menor… dejar que Nick le dijera todo a Andrew o tener que mostrarse fría con Andrew después de haberle alentado todo el día y hacerle pensar que estaba interesada en él. Suspiró y decidió que no había alternativa. Decirle ahora la verdad a Andrew sería demasiado arriesgado. Estaba segura de que la despediría. Le había mentido durante todo un año, y desde que llegaron al hotel le ocultó que era la esposa de Nick. Andrew, sin duda, se pondría furioso.

—¿Ya te decidiste? —preguntó Nick.

—Sí —lanzó una mirada dura—. ¿Qué alternativa tengo?

—Ninguna —accedió con alegría, luego se puso de pie—. Vamos a nadar.

Claire se tiró de cabeza y empezó a nadar, pero de repente sintió que le tiraban de los tobillos y la hundían. Con una mano, Nick le quitó las peinetas del pelo y con la otra impedía que se escapase; luego, la rodeó con los brazos y la sostuvo muy cerca, buscando sus labios.

Claire estaba demasiado anonadada para poder resistir. La cálida presión de esa boca se acentuó al sentir que ella respondía automáticamente.

Todavía estaba entre sus brazos, cuando subieron a la superficie para tomar aire.

Al salir a la superficie escuchó aplausos divertidos y risas. Abrió los ojos deslumbrados por el sol y vio al grupo de la televisión alrededor de la piscina, sonriéndoles con alegre sorpresa. Andrew estaba también, tenso de ira.

Nick no hizo ningún intento de soltarla.

—Me alegra mucho que os haya gustado —dijo con ligereza—. Me encontré una sirena en la piscina, de modo que le di el beso de la vida.

—¿Por qué no me encuentro yo nada parecido? —gimió Wazi—. Lo único con lo que yo me he topado es con botellas de Coca Cola y bolsas de patatas fritas.

—No utilizas la técnica adecuada —alegó Nick.

—Ya veo que tú sí —comentó Felipa y Claire sintió alivio al ver que la otra chica parecía realmente divertida. Temía que Felipa

estuviera enamorada de Nick, pero no había vestigios de celos en los ojos leoninos.

Claire colocó las manos sobre los hombros mojados de Nick, y le empujó, pero él volvió la cabeza para sacudirse el pelo de los ojos y le sonrió.

—Eso sí que no, chiquilla mía —dijo en voz tan baja que nadie lo oyó—. Estás en mis brazos y ahí vas a quedarte hasta que tu jefe se dé perfecta cuenta de ello.

—Ya ha tenido bastante tiempo para notarlo —dijo con la misma suavidad, pero los ojos destilaban furia.

—Pienso dejar muy claro que no tiene la menor oportunidad —susurró Nick, apretándola aún más—. ¿Está en la competencia, Claire? —preguntó con cariño.

No tuvo tiempo de decir nada ya que todo el grupo se echó al agua en ese momento. Nick alzó la vista para mirar a Andrew que seguía en el borde, sin poder dejar de mirarles.

Los brillantes ojos azules refulgían como el agua bajo el sol. Nick volvió la cabeza y dijo con un tono imperativo y arrogante:

—¡Bésame!

—¡Nick! —le rogó con la mirada.

Él le clavó los ojos y recorrió la espalda con las largas manos. Ella se estremeció con repentina avidez y se inclinó para besarlo con ardor.

Nick gimió y la acercó aún más, devolviendo el beso con pasión. Claire se había negado la dulzura de rendirse ante él durante tanto tiempo que ahora estaba desesperada, tratando de aprovechar ese momento que tal vez no volviera a tener.

Cuando al fin la soltó, ella notó que se había olvidado por completo de Andrew. Él no dejaba de mirarla y sus facciones estaban tensas de pasión.

—Ven conmigo a mi cuarto —murmuró con dificultad.

—No, Nick —dijo y sintió que el último hilo de control estaba a punto de desaparecer, y supo que si la convencía ahora no podría resistirse, pero más tarde se arrepentiría.

—Maldita seas —dijo con amargura y la soltó, echándose a nadar con rapidez.

Andrew se inclinó en el borde de la piscina y le extendió una mano. Ella le observó, luego le dejó que la ayudara a salir del agua. Caminaron juntos hasta la mesa y se sentaron.

—¿Qué usó? ¿Un soplete? —inquirió Andrew con amargura.

—Es muy atractivo —dijo ella y bebió lo que quedaba en su vaso para tratar de recobrar la compostura.

—Así parece —comentó Andrew y llamó al camarero para que les trajera dos copas. Claire miró de reojo hacia la piscina y vio a Nick en el agua con Felipa. Se volvió a mirarla y el mensaje que había en sus ojos le llegó con claridad.

Dejó a Felipa y nadó hasta donde estaba ella.

—Ven conmigo, Claire.

Ella sintió que el color cubría sus mejillas al oír la insolente orden. Durante un segundo estuvo tentada de negarse, luego perdió el valor y se puso de pie. Andrew dejó escapar un sonido furioso, pero se acercó al borde y miró a Nick con rebeldía. Él alzó la mano y acarició la pantorrilla.

—Te quiero a mi lado —dijo en voz alta.

—Eres un desgraciado —susurró ella temblorosa.

Él se rió y la tiró al agua. Estaba de nuevo en sus brazos, y se reía a carcajadas.

—Eres una pequeña cobarde —murmuró, pero ahora el tono era divertido y ella se sintió derretir bajo los alegres ojos azules—. Ven a jugar —la invitó—. No has olvidado cómo se juega, ¿verdad, querida mía?

Alguien del grupo trajo una pelota y empezaron a tirársela entre todos, riendo y gritando. Formaron un círculo y Nick la empujó al centro. La bola voló por encima de la cabeza de Claire y Nick se rió de ella, luego Wazi la echó baja a propósito para que ella pudiera pescarla.

—Tal como lo sospeché —le amonestó Nick con una sonrisa—. Me parece que tienes debilidad por los ojos verdes.

—Es lo que los acompaña lo que me gusta —replicó él con malicia.

—Mala suerte —Nick se encogió de hombros—. Yo no comparto nada. Lo que es mío me pertenece sólo a mí.

Hubo un breve y extraño silencio después de ese comentario y Claire sintió que enrojecía de pies a cabeza bajo las miradas de todos fijas en ella. Nick quiso impresionarles; lo hizo con toda deliberación.

Felipa nadó hasta la orilla y saltó al exterior, uniéndose a Andrew. Claire la siguió con la vista, y se preguntó si después de todo estaría celosa. Pero de inmediato pensó, no me importa, es mío, y se sintió extrañamente contenta y alarmada a la vez, porque hacía tanto tiempo que no pensaba así.

Cuando abandonó a Nick, se enfrentó al hecho de que tenía que sacrificar todos los derechos que pudiera tener sobre él. Él quedó en libertad de hacer lo que le viniera en gana durante ese año. Claire

se preguntó si habría estado con otras mujeres. Sabía que antes de ella sí existieron; él fue franco. No le dio detalles o nombres, pero le dijo de forma cortante: «No soy partidario del celibato, Claire, nunca lo fui. Que yo sepa, nunca lastimé a nadie, todas mis relaciones han sido superficiales y por lo general, breves». En aquel entonces ella pensó que la brevedad era causada por el hecho de que no había encontrado el amor de su vida, pero ahora suponía que el trabajo al que se dedicaba terminó con muchos de esos romances, igual que lo hizo con el de ellos. A las demás tal vez no les importaba tanto como a ella, pero siempre estaba corriendo, dejándolas antes de que pudieran echar raíces.

El corazón le dio un vuelco. Desde el primer día ellos empezaron a echar raíces. Esos largos y serios intercambios de detalles acerca del carácter de uno y otro fue justamente eso. ¿Lo habría hecho Nick adrede? ¿O todas esas preguntas profundas venían del impulso urgente de conocerla lo más íntimamente posible?

Nick la miró con fijeza, como si quisiera saber lo que pensaba.

—¿Quieres otra copa? —le preguntó.

La sacó del agua y fueron hasta la mesa. Andrew estaba taciturno y Felipa lo miraba con seriedad. Claire se sentó junto a Nick y él pasó el brazo por el respaldo de la silla, inclinándose hacia ella con intimidad.

—Mañana estarás como un cangrejo —le informó—. Más vale que no te quedes bajo el sol mucho más…

—Tienes razón —asintió, y aprovechó la oportunidad para poder escapar—. Creo que me iré ahora.

Nick recogió la bata de playa y se la puso sobre los hombros.

—Vámonos, entonces —dijo y ella se estremeció. No se le ocurrió que fuera a acompañarle. Titubeó, pero él la cogió del brazo y se despidió de los demás quienes les dedicaron una sonrisa. El único que se quedó inmóvil fue Andrew.

Una vez que estuvieron solos en el ascensor, Claire se volvió furiosa.

—¡Espero que ya estés satisfecho!

—Todavía no —replicó con tono burlón.

—¡Estate quieto, Nick! —gritó sonrojada.

—Un año es demasiado tiempo, cariño.

Es verdad, pensó con repentina avidez. Ella tenía que estar loca para querer rechazarle cuando cada célula de su cuerpo clamaba por él. Se mordió el labio, clavó los ojos en el suelo y sintió que él la atravesaba con la mirada.

—No te estoy pidiendo nada que no quieras darme —dijo con

frialdad.

—No, por favor —murmuró.

—Está bien, entonces éste es el fin de nuestro matrimonio. Estoy de acuerdo con eso. ¿Pero tiene que ser el final de todo? Somos adultos y es perfectamente legal —el ascensor se detuvo en el piso de ella, y con lentitud se acercó a la puerta. Él se quedó quieto, sin dejar de mirarla.

Claire sintió como si tuviera los pies metidos en cemento fresco. Cada paso le pesaba. Tuvo que forzarse para poder moverse.

—Te deseo —dijo él de repente y ella jadeó y empezó a temblar.

Nick estuvo a su lado en un segundo. La empujó por el pasillo hacia la habitación y la luz del sol del atardecer los envolvió. Ella alzó los ojos deslumbrados y la oscura sombra de la mezquita se delineó contra el cielo azul. Nick le quitó la llave de la mano y abrió la puerta.

—Ahora —jadeó y la miró con ansiedad.

Capítulo 5

Sintió que se le cerraba la garganta, una sensación de terrible angustia. Le dio la espalda y se dirigió a la ventana, apretando con desesperación la persiana que esparcía una suave sombra en la habitación.

—No puedo —murmuró, deseando que hubiera alguna manera de detener el estremecimiento que se apoderó de todo su cuerpo.

Nick se rió, pero no dijo nada. Claire le oyó moverse y se puso rígida, esperando que se acercara a ella, pero él se dirigió a la cama y le vio echarse en ella.

Ella cerró la bata con fuerza alrededor de la cintura y le dijo:

—Todavía estás húmedo. Vas a mojar la cama.

—No importa —observó con indiferencia.

—¿No podríamos hablar? —preguntó con ansiedad—. No somos animales.

—Si me comporto como uno, es por culpa tuya —le gritó con descaro.

—¡Eso no es justo!

—¿Por qué no maduras? —exclamó él—. No actúas como una persona adulta. Cuando nos unimos en matrimonio me parece haber prometido algo… ¿no cumples nunca lo que prometes? Unas cuantas semanas después me abandonaste.

—¿No puedes tratar de comprenderme? Estoy aterrada, Nick. Tal vez tú estás acostumbrado a arriesgar tu vida día tras día, pero yo no tengo intenciones de quedarme sentada en casa esperando que me digan que estás muerto.

—Entonces en vez de arriesgarte a que te lastimen, prefieres no vivir en absoluto —comentó con desprecio—. ¡Muy loable! ¡Eres toda una heroína!

—Nunca pretendí serlo.

—No eres ni siquiera mujer —arguyó él.

Ella palideció y agachó la cabeza; los negros cabellos cayeron sobre las facciones ovaladas. Él la observó con los labios apretados.

—Por favor, vete.

—No tengo la más mínima intención de hacerlo.

—Prometiste darme el divorcio.

—Tal vez te lo dé —añadió con frialdad—, pero en este momento no es el divorcio lo que tengo en mente, y estoy bastante

seguro que tampoco es lo que tienes tú.

—Por favor, Nick así no. Hace parecer las cosas brutales.

—Tú lo has provocado —replicó con seriedad—. Cuando nos casamos te traté con toda la gentileza de la que soy capaz y tú me echaste todo a la cara. De ahora en adelante, nos trataremos en el nivel que pareces entender mejor, de modo que no te hagas la remilgada y acércate a mí.

—No —gritó ella y alzó la cara con un gesto de amargura.

—Si me obligas a ir por ti, te aseguro que te arrepentirás —le prometió.

—Si así va a ser, no pienso facilitarte las cosas. Tendrás que usar la fuerza y te puedo asegurar que no disfrutarás con ello.

Los ojos de él brillaron furiosos. Se levantó de la cama con la agilidad de un leopardo y estuvo a su lado antes de que pudiera respirar, y con violencia la alzó en el aire. Ella luchó con fría desesperación, odiándole con todas sus fuerzas. Recordó el breve tiempo que pasaron juntos, hasta que todo se disolvió en medio de la agonía y el miedo. En otra época, se lanzaban uno en brazos del otro con naturalidad, con avidez. Ahora sólo notaba la sombría presión del deseo de él sin ningún vestigio del antiguo amor. Nick la tiró sobre la cama y la sostuvo allí con su peso, enredando los dedos en la cabellera negra. Había desprecio en la mirada azul al recorrer la pálida faz.

—Ahora vamos a ver quién goza qué —murmuró.

Claire se retorció para evadir los labios que la buscaban, pero él la sujetó impidiéndoselo.

—No —susurró antes de que los labios de él la silenciaran. Trató con desesperación de controlarse, pero todo el deseo acumulado tanto tiempo surgió en su interior—. Nick —gimió y oyó el corazón que latía junto al suyo, sintió la piel cálida que se llenaba de vida bajo las caricias de sus dedos.

Se sintió revivir. Sólo tenía que tocarla, pensó con amargura, y todo lo demás perdía importancia. Tras los párpados cerrados, sintió que una radiación le quemaba la retina y la deslumbraba.

Estaba tan totalmente absorta que por un momento no oyó los fuertes golpes que se oyeron en la puerta. Luego salió del estupor y se dio cuenta que alguien la llamaba por su nombre, y Nick alzó la cabeza ceñudo.

—¿Quién demonios…? —gruñó.

—¡Claire! —era la voz de Andrew, y miró a Nick con la cara ardiente—. Hay algunas cosas que tenemos que atender —dijo Andrew y volvió a golpear la puerta—. Quiero que hagas varias

llamadas.

—¡Mándale al diablo! —susurró Nick.

—Tengo que abrir la puerta —dijo ella, nerviosa.

—¡Ignóralo!

—No puedo, es mi jefe —dijo y empujó el pesado cuerpo de Nick a un lado—. Por favor, Nick.

Él se echó a un lado, dejando escapar una maldición. Claire saltó fuera de la cama y lo vio dirigirse a la puerta y abrirla. Andrew le miró, los ojos semi cerrados y una expresión de enojo en el rostro. Nick le lanzó una mirada insolente como respuesta y se volvió a Claire con frialdad al decir:

—Nos vemos esta tarde, cariño.

Andrew le siguió con la mirada, luego se fijó en Claire, miró la cama desarreglada y luego a ella. Frunció el ceño con disgusto.

—Vístete —ordenó—. Te veré en mi habitación dentro de diez minutos… más vale que no tardes.

Cuando se fue, ella se cubrió la cara con las manos. Le llevó unos instantes controlar sus emociones y cuando por fin pudo moverse, se apresuró a cambiarse y ponerse el vestido blanco, se cepilló el pelo y se lo anudó en el consabido moño. Se maquilló con rapidez, y se estudió sin sonreír en el espejo antes de abandonar el cuarto.

Andrew le abrió la puerta con brusquedad, se apoyó en la ventana y la miró con fijeza.

—¿No merezco una explicación? ¿Debo suponer que te hizo perder la cabeza nuestro donjuán televisivo?

—Soy tu secretaria, Andrew, y nada más. Mi vida privada es asunto mío. Pensé que eso estaba bien claro —replicó con calma.

—No cuando te pones en ridículo delante de todo el mundo —rugió él—. ¡Permitiste que se burlara de mí en público!

—¿Se burló de ti? —abrió los ojos sorprendida.

—No te hagas la tonta —exclamó con amargura—. ¿Qué crees que pensaron todos cuando te dejaste arrastrar por él?

—¿Qué tiene eso que ver contigo? Eres mi jefe, no mi novio.

—¿Nunca se te ocurrió que ellos pensaban que existía algo entre nosotros? —preguntó tenso.

—Lo que piensen no cambian las cosas. Los dos sabemos que no hay absolutamente nada entre nosotros, y nunca lo ha habido.

—Sabes muy bien que desde que llegamos aquí has actuado como si lo hubiera —reclamó él sin dar lugar a una respuesta.

—Lamento mucho si te di una impresión equivocada —dijo y evitó su mirada.

—No te hagas la inocente —la recriminó él—. Les hiciste creer que eras algo más que mi secretaria, luego en público me descartaste en favor de Waring. Si tenías tanta necesidad de un hombre, haber lanzado señales un poco más fuertes.

—¡No me insultes! ¡No lanzaba señales de ninguna especie! —gritó ella furiosa.

—¡Cuéntaselo a otro! Yo pensé que al fin estaba logrando algo contigo esta mañana, y cuando llego a la piscina, te encuentro actuando como una…

—No lo digas —interrumpió airada—, no tienes derecho a decirme esas cosas.

—¿Y qué esperabas? Desde que viniste a trabajar conmigo has actuado como un bloque de hielo, pero Waring aparece en escena durante dos días y te echas a sus pies para rogarle. ¿Qué tiene ese bastardo de especial? Tiene a esa chica comiendo migajas de su mano, pero se deja arrastrar por ti abiertamente y ella ni siquiera parpadea.

—No existe nada entre Nick y Felipa —explotó ella con voz temblorosa.

—No seas estúpida. Son amantes y se nota a leguas.

—Si lo fueran, ¿crees que ella me hubiera dejado irme con él con tanta facilidad? —inquirió.

—En ese mundo son todos muy raros. Tal vez los dos se dedican a experimentar de cuando en cuando. ¿Qué importa? Si esa es la ciase de vida que a ella le gusta, es asunto suyo, pero no creo que sea el tipo de cosas que te atraen a ti, Claire, ¿o sí? No creo que ninguna chica decente lo soportara.

Se sentía cansada y deprimida.

—Me disculpo si te sentiste humillado por mi comportamiento de esta tarde, pero yo nunca te di motivos para suponer que tenías ningún derecho sobre mí.

—Me has decepcionado, Claire —exclamó con impaciencia—. Nunca pensé llegar a verte caer de bruces ante un tipo como él.

Ella estalló en carcajadas histéricas.

—¿Qué tiene de divertido? Es un cerdo insolente y tú permitiste que se saliera con la suya.

—No exactamente —comentó ella con ironía.

—Cuando estaba en tu habitación… —empezó Andrew.

—¡Por favor! Me parece que esta discusión es absurda. ¿No me dijiste que querías que hiciera unas llamadas?

—Eso fue una simple excusa y tú lo sabes —replico—. Quise detenerlo antes de que llegara demasiado lejos.

—¡No tenías derecho! —le gritó ella furiosa.

—Lo siento si te agüé la fiesta —dijo con voz tensa—. No te preocupes, estoy seguro que intentará repetirlo de nuevo esta noche —agregó con una sonrisa desagradable—, si es que no está demasiado ocupado con su amiguita rubia.

El tono mordaz de Andrew vibró en el aire unos segundos, pero de repente ella tuvo curiosidad. A pesar de que parecía enojado por la forma en que ella se comportó con Nick, tuvo la impresión de que estaba aún más molesto por lo que concernía a Felipa.

—Creo que andas tras ella —dijo súbitamente.

El rubor que cubrió la cara de él se transformó en ira.

—¿Crees que? Debes estar bromeando. Lo único que me dan ganas todo el tiempo es de darle una buena tunda.

—¿Y luego qué? —preguntó Claire con sequedad.

—Luego nada. No trates de adjudicarme a esa tipa, no me acercaría a ella por nada en el mundo. Toda ella me enfurece. No entiendo qué le ve Waring, pero no trates de convencerme que no es su amante, porque no podría creerte.

—Me pregunto qué tal será en la cama… —comentó bajando los ojos, pero observándole a través de los párpados.

—Me imagino —suspiró él con profundidad— que sería como irse a acostar con un gato montes.

—¿Has estado pensando en ello, Andrew? —le preguntó en voz baja.

—Si estás tratando de cambiar de tema, olvídalo —explotó él—. Acepto no tener derecho sobre tu vida privada, pero mientras estemos aquí, representamos a la compañía, y no permitiré que manches su nombre con escapaditas como la de hoy.

Claire se encontraba en una posición inaguantable. Si se rehusaba a concederle a Nick lo que quería, le informaría a Andrew de su matrimonio, y él le haría miles de preguntas airadas. Si continuaba viéndolo, sería Andrew el que se pondría furioso con ella. Tendría problemas de cualquier modo. Suspiró con fuerza y su expresión denotó la preocupación que la embargaba.

—¿Me oíste, Claire?

—Claro que te oí —respondió con voz cansada.

—Hablo muy en serio.

—Ya lo sé —replicó ella. Todo estaba muy claro. Tarde o temprano tendría que renunciar a su puesto. Hiciera lo que hiciera, a Andrew no le iba a parecer bien. El encuentro con Nick destruyó el santuario en que se había convertido el trabajo con Andrew durante ese año. En cierta forma, ése era el menor de los problemas

y Nick fue el que la obligó a convencerse de ello. Otras cosas tenían prioridad en ese momento y el empleo de repente fue lo menos importante de los asuntos a los que tenía que enfrentarse en ese momento.

Andrew dejó escapar un sonido extraño y ella le miró con los ojos muy abiertos.

—Ponme con Londres —dijo con frialdad.

En silencio, obedeció, y se quedó parada, escuchando mientras él hablaba con la empresa acerca de unas reservas equivocadas que le hicieron en Inglaterra.

Aunque parecía celoso de Nick, en cierta forma estaba convencida de que no sentía un interés real por ella. Había hecho unos cuantos movimientos en esa dirección desde que llegaron a Keravi, pero no le parecían demasiado serios, de modo que le sorprendía la forma en que actuaba en ese momento.

Colgó y la miró con una expresión fría.

—Más vale que recuerdes lo que te dije, Claire. Acuérdate que los invité a cenar con nosotros esta noche. No te acerques a Waring, ya que no estoy dispuesto a permitir que me consideren tonto dos veces en el mismo día. Esta noche eres mi pareja, seas mi secretaria o no.

—¿Debo ponerme elegante?

—Claro que sí. Quiero que estés como nunca. Al menos podrás demostrarle a esa nulidad rubia cómo debe arreglarse una mujer.

—¿Me llevas como trofeo o como protección, Andrew?

—¿Qué quieres decir? —preguntó con la cara enrojecida.

—¿Quieres que la ponga celosa o que la ahuyente? —preguntó con maldad.

—Ninguna de las dos cosas. Sólo quiero que aprenda cómo hay que hacer para obligar a un hombre a volverse a mirarle.

—Correcto —replicó con informalidad—. Dudo mucho que lo necesite. Tal vez no lleve trajes de París, pero es muy inteligente y atractiva.

—¡Qué va! —exclamó él y le dio la espalda.

Claire se fue a su habitación y tardó bastante en arreglarse. Ya había olvidado a Andrew. Se vistió para Nick, las manos temblorosas, y cuando estuvo lista, bajó con una sensación de insoportable impaciencia.

Andrew ya estaba en el bar con la mayor parte del grupo de la televisión. Todos volvieron la cabeza para mirarla. Wazi silbó y los ojos le brillaron. Andrew se puso de pie y los otros le imitaron, sonriendo con amabilidad. Ella les saludó y luego se sentó.

—Estás muy bien —aprobó Andrew y llamó al camarero para que le sirviera una copa.

—¿Por qué no son así nuestras secretarias? —preguntó Wazi.

Claire dio un sorbo a la bebida desalentada al no ver a Nick allí. Tampoco Felipa había llegado. Wazi habló de los cambios que surgirían a causa del progreso en Keravi.

—El choque cultural todavía no se ha producido —dijo—, cuando les llegue… siglos de costumbre caerán por la ventana y ni siquiera sabrán qué fue lo que lo produjo.

—El progreso cuesta caro —comentó Andrew de forma dogmática—. Necesita dinero para hospitales, escuelas, carreteras…

—Tal vez —aceptó Wazi—, pero todo les llega con demasiada rapidez y los va a ahogar. Recuerde, a Europa le llevó muchos años alcanzar el nivel de progreso que nosotros pretendemos conseguir en Keravi en unos años. Y la gente no está preparada… —se interrumpió y dejó escapar un silbido asombrado y divertido—. Mira, mira, mira —balbuceó.

Andrew volvió la cabeza y se quedó helado. Felipa acababa de entrar, con un vestido negro brillante y que se le ceñía seductoramente al cuerpo. Llevaba puesto un pesado collar de plata elaborado por artesanos árabes y estaba muy atractiva.

—Estás fantástica —comentó Claire con franqueza y le dedicó una sonrisa.

—La escena de la transformación —comentó Wazi, recorriéndola con sus ojos negros—. ¡Menos mal que no vas a trabajar así, no daríamos pie con bola!

Andrew se quedó sentado mirando el vaso que sostenía en la mano al tiempo que Felipa se sentaba justo frente a él. Parecía haberse quedado rígido y fue Wazi el que llamó al camarero.

—Va a ser una noche muy divertida —le murmuró Felipa a Claire con ojos brillantes—. Seis hombres para nosotras dos… o sea que nos tocan tres a cada una. ¿Quieres que lo echemos a suerte o cada quien elige los que le gusten?

—Vamos a dejarlo al azar mejor —sugirió Claire con una carcajada.

—Y no tardará en llegar —les aseguró Wazi con una mirada malévola—. Esta noche estáis las dos increíbles, creo que vamos a acabar peleándonos por vosotras antes de que llegue la hora del café.

—¿Ah, sí? —balbuceó Nick detrás de la silla de Claire.

—Hola, Nick —saludó Wazi—. Mira a nuestra Pippa. ¿No está fantástica?

—De maravilla —asintió Nick, y pasó las manos sobre los hombros de Claire que sintió que le quemaban la piel.

—Claire está conmigo —dijo Andrew en tono beligerante—, usted dedíquese a su amiga.

Hubo un silencio tenso y Nick esbozó una sonrisa forzada.

—Tenga mucho cuidado, amigo. Me he aguantado las ganas de darle un puñetazo desde el momento en que le vi. ¡Trate de provocarme y no podré controlarme!

—¡Haga el intento! —exclamó Andrew y empujó la silla hacia atrás al ponerse de pie.

—Encantado —replicó Nick, tenso como un resorte, pero Claire se levantó de un salto y lo agarró en el momento en que iba a pegar a Andrew.

—¡No, por favor!

—¡Calmaos! —gritó Felipa—. Recuerda dónde estás, por amor de Dios, Nick. ¡No querrás acabar encerrado en una cárcel árabe!

—Entonces dígale a su amiguito que deje en paz a mi secretaria —saltó Andrew, con los ojos echando chispas.

—Mire —dijo Nick con desplante—, haré lo que me venga en gana con mi esposa.

Andrew giró la cabeza con brusquedad. Se hizo un silencio tenso. Con lentitud, Andrew miró a Claire quien estaba pálida, con los ojos desorbitados.

—¿Qué está diciendo? —preguntó.

Ella se mordió el labio sin atreverse a contestar.

—Díselo, Claire —le ordenó Nick.

—Díselo tú. Tú empezaste esto… ahora termínalo.

Felipa no le quitaba los ojos de encima, la incredulidad pintada en la cara. El resto del grupo tenía los ojos fijos en los vasos, manteniendo la expresión en blanco.

Claire alzó su copa y bebió un poco, ignorándolos a todos, y trató de controlar el impulso de lanzarle todo el vaso a Nick a la cara.

—¿Bueno, Waring? —preguntó Andrew—. ¿Qué quiso decir con eso de su esposa? Claire no es casada.

—Eso es lo que usted cree —rezongó Nick furioso—. Llevamos más de un año casados.

—No le creo —dijo Andrew con rigidez—. ¿Por qué iba ella a ocultar eso? Cuando llegamos aquí y les conocimos a ustedes, tampoco me dijo una palabra. Siempre dieron la impresión de ser desconocidos.

—Algunos matrimonios funcionan así —comentó con cinismo—.

Los motivos que ella tenga para mantenerlo en secreto no son asunto suyo.

—Como su jefe, tengo derecho a saberlo —alegó Andrew.

—Pues acaba de renunciar —anunció Nick.

Claire sintió que estallaba de ira, pero no dijo nada. Sabía que tendría que dejar el trabajo desde esa tarde, pero estaba furiosa con Nick por decir eso. No tenía derecho a hablar por ella.

—No he oído que ella haya dicho nada —gritó Andrew.

—Pero ya me oyó a mí.

—Aunque de verdad fuera su marido, lo cual dudo, eso no le da derecho a tomar las decisiones de ella —comentó con voz ronca.

—Sé muy bien los derechos que tengo —aseveró Nick.

—¿Tú no tienes nada que decir, Claire? —dijo mirándola asombrado.

—Ya oyó lo que dijo —interrumpió Nick—. Ella me pidió que diera yo las explicaciones y eso es justo lo que estoy haciendo.

—Claire… —comenzó Andrew.

—Siéntense los dos —les gritó Felipa con voz helada—. Se están comportando como colegiales —miró la cara pálida de Claire—. ¿Eres londinense, Claire? —preguntó con un interés cortés.

—No, soy de Suffolk. ¿Y tú?

—Yo soy de Londres —informó Felipa—. ¿No les parece que debemos pedir otra copa? Creo que nos hace falta a todos —le hizo una señal al camarero, quien se acercó de inmediato con ojos que denotaban ardiente curiosidad—. Lo mismo para todos —le dijo Felipa con toda calma.

Una vez que se retiró, sonrió en dirección a Claire y continuó:

—¿Sigue viviendo tu familia en Suffolk? —Andrew se dejó caer en la silla y Nick fue a por una para sentarse él, que colocó con toda deliberación entre Claire y Andrew. Una vez que se acomodó, pasó el brazo por los hombros de ella. Claire lo ignoró, la barbilla levantada en un gesto retador. El camarero llegó con las bebidas y todos empezaron a beber en silencio.

Con tacto, Wazi comenzó a hablar acerca de sus hijos, y Felipa continuó con preguntas sin importancia. El resto del grupo se unió a la conversación, burlándose despiadadamente de Wazi cuando sacó unas fotografías del bolsillo. Las pasaron alrededor de la mesa, fotos de una mujer delgadita de cabello oscuro con dos bebés.

Nick se unió a la burla, y movió la cabeza al ver los retratos.

—Pobres niños, creo que se parecen a ti —le dijo a Wazi quien rió encantado.

—¿Vamos a cenar? —preguntó Andrew y dejó el vaso sobre la

mesa.

Todos le siguieron al comedor y se sentaron en la larga mesa en medio de un profundo silencio. Los camareros se presentaron con rapidez para tomar nota, y todos simularon gran interés al estudiar el menú. Claire se sentó a la derecha de Andrew y Nick a su lado. Él se inclinó un poco y le dijo al oído:

—Deja de comportarte como una niña.

—¡Eres un desgraciado! —balbuceó ella en voz baja.

—Estoy de acuerdo, pero soy tu marido. Eso no puedes negarlo.

—No por mucho tiempo.

—Todo el tiempo que yo quiera serlo —murmuró y ella sintió un escalofrío.

—¿Cuánto tiempo crees que será eso? —preguntó sin querer.

Él se rió y ella se calló, molesta consigo misma por haber hecho la pregunta. Bajo la protección del menú, Andrew no dejaba de mirarlos. Claire podía vislumbrar la furia de sus ojos y trató de concentrarse en lo que estaba escrito, pero las palabras se borraban ante su vista.

Miró al otro lado de la mesa y se topó con los ojos de Felipa. Sintió el rubor que cubrió sus mejillas y se volvió. Ella le aseguró a Andrew que no había nada entre Nick y Felipa, pero ¿cómo podía estar tan segura? Ella más que nadie sabía cuan irresistible podía ser él cuando quería, y los celos hicieron latir con fuerza su corazón.

Cuando todos pidieron, empezaron a hablar de cosas triviales. Andrew continuó callado, y su actitud no fue muy cordial. Felipa se apoyo en el respaldo de la silla, riendo con los comentarios de Wazi, y la servilleta se le cayó al suelo. Se agachó para recogerla al mismo tiempo que lo hacía Andrew y sus cabezas chocaron. Andrew lanzó una maldición y se enderezó. Felipa recogió la servilleta y volvió a sentarse, con un gesto burlón.

—Lo siento —le dijo.

—No tiene importancia —murmuró—. Ya estoy acostumbrado a recibir golpes en la cabeza cada vez que me topo con usted.

Claire sintió que Nick se ponía rígido y deslizó la mano sobre el muslo de él. Él la miró y le cubrió la mano con la suya, apretándola con fuerza. Ella se ruborizó y la retiró de inmediato.

Cenaron en medio de un ambiente pesado, pero poco a poco las botellas de champán derritieron el hielo, hasta el que rodeaba a Andrew. La tensión se alivió algo y la cara de él se ofuscó. Bebió mucho más de lo que acostumbraba y no quitó los ojos de encima de Felipa todo el tiempo.

Sin embargo, ninguno de ellos parecía dispuesto a quedarse largo rato tomando el café. Tan pronto como terminaron, la mayor parte del grupo dio educadas excusas y se retiró, dándole las gracias a Andrew con reserva. Nick y Claire quedaron solos con Felipa y Andrew y la atmósfera entre ellos cuatro se cargó aún más.

—Vamos a bailar —sugirió Nick y se puso de pie, tirando a Claire de la muñeca.

Ella se levantó con la cara tensa. Cuando salieron del comedor, se volvió furiosa hacia él.

—¡No debiste soltarle la noticia a Andrew de esa forma! Le arruinaste la velada a todo el mundo e hiciste una escena delante de todos los huéspedes.

—Te lo advertí —le dijo—. Nadie me va a ordenar que deje en paz a mi propia esposa.

—¿Y qué derecho tenías de decirle que renunciaba a mi trabajo? —gritó.

—Este —dijo y le dio un profundo beso antes de que ella pudiera reaccionar.

Ella trató de apartarse, respirando con dificultad. Se miraron en silencio.

—¿Podemos continuar ahora donde estábamos esta tarde?

—Vamos a bailar —le interrumpió.

Él la siguió malhumorado, las manos dentro de los bolsillos, los ojos clavados en la esbelta figura que caminaba frente a él.

La rodeó con sus brazos y bailaron con los cuerpos muy juntos, los movimientos armónicos. De repente Claire se sintió agotada, y apoyó la frente en el hombro de él, quien la acercó aún más, recorriéndole la espalda con la mano.

La música cesó y se dirigieron a la mesa donde estaban sentados Andrew y Felipa. Tenían sendas bebidas enfrente, pero no hablaban.

—Gracias por pedirnos algo de beber —Nick sonrió a Felipa con sarcasmo.

—No creí que quisierais compañía —replicó ella y miró a Claire —. Parecían estar en otro mundo.

—Así es —rió Nick.

Claire se ruborizó, pero sus ojos brillaron. Nick encargó las bebidas, pero antes que llegaran, la música empezó a sonar de nuevo. Miró a Andrew que jugueteaba con el vaso y se dirigió a Felipa.

—¿Te gustaría bailar, Pippa?

—Ahora quiere quedarse con las dos —saltó Andrew con amargura—. Ella tendrá que conformarse con bailar conmigo —se

puso de pie y cogió a Felipa para dirigirse a la pista.

Nick les siguió con la vista y luego miró a Claire con fijeza.

—Parece que le dolió mucho —dijo con voz dura—. ¿Hasta dónde había llegado, Claire? ¿Qué derechos creía tener sobre ti?

—Ninguno —se defendió ella con firmeza—. Hasta el día que llegamos aquí no era más que mi jefe.

—¿Y desde que llegasteis?

Ella sabía que haría esa pregunta. Le había dado la impresión de que había algo entre ella y Andrew, y ahora tendría que explicarle las cosas. ¿Podría convencerle de la verdad?

—Yo quería que tú pensaras que había algo entre nosotros admitió.

—Y para eso tuviste que hacérselo creer también a él —replicó Nick con frialdad.

—Nunca me ha besado —protestó ella.

—¿Pero ha querido hacerlo? —preguntó con una mirada de desprecio. Había flirteado un poco con Andrew para ahuyentar a Nick y ahora eso rebotaba sobre su cabeza.

Cogió el vaso y dio un sorbo, mientras él la observaba con las cejas arqueadas.

—Refugiándote en la bebida, ¿eh? —dijo con sarcasmo.

—Si te vas a poner difícil, sí —dijo con los ojos aún más brillantes, la cara más ofuscada.

—Sería imposible —le prometió con voz amenazadora.

—Generalmente lo eres.

—¿Quieres seguir bailando, o estás lista para ir a la cama?

—Vamos a bailar —dijo y sintió que la cabeza le daba vueltas.

—Es más seguro, ¿verdad, Claire?

—Mucho más —asintió y le pasó la mano por el cuello.

—¿Me deseas, Claire? —le preguntó al oído.

—Muchísimo —murmuró, acariciando el cuello con sus largos dedos.

—Hay una sola forma de remediarlo —rió él rodeándole el cuello con los labios.

—No hables tanto y sigue bailando —ordenó ella.

—Eso no es lo que ninguno de los dos quiere hacer —replicó él divertido.

—¡Cállate!—gimió ella.

—Puedes pelear todo lo que quieras, cariño —amenazó—, los dos sabemos dónde vamos a terminar esta noche.

Capítulo 6

Cuando volvieron a la mesa, Claire se encontraba en un estado letárgico de debilidad total, y las piernas parecían no aguantar su peso. Los ojos le brillaban mucho.

Felipa la observó y arqueó las cejas.

—Tienes los ojos muy brillantes —se burló—. ¿Es por Nick o por el champán?

—Las dos cosas —replicó él.

—¿Otra copa? —preguntó Andrew con una mueca mientras buscaba con los ojos al camarero.

—No, gracias —dijo Nick—. Me parece que Claire ya bebió bastante y ya es hora de retirarnos de todas maneras. Se está durmiendo de pie; y me gustaría tenerla despierta.

—No me hagas ruborizar —sonrió Felipa.

Andrew le lanzó una mirada helada y se apoyó en la mesa.

—¿Qué es lo que hace él, hipnotiza a la gente? ¿No te importa con quién se va a acostar, o piensas que si esperas lo suficiente, volverá a ti?

—¡Basta ya! —exclamó Nick—. Puede estar enfadado porque Claire me pertenece a mí, y no a usted, pero eso no le da derecho a ofender a Pip.

—¡Pip! —escupió Andrew con disgusto—. Suena como si se tratara de un personaje de caricatura y eso es justo lo que es… ¡desgarbada y vestida con jeans mugrientos todo el día!

Nick se puso rígido. Hizo un movimiento para ponerse de pie, pero Felipa lo detuvo.

—Ignórale, Nick. No ha dejado de molestarme toda la noche, tiene una fijación acerca de nuestra relación, no sé porqué —luego miró a Andrew y le gritó—: Por última vez, señor Knight, quiero que entienda que no tengo ningún interés por Nick aparte del profesional. Por lo que a mí respecta, Claire se puede quedar con él, para mí no significa nada. ¿Me entiende? —preguntó con sarcasmo.

Andrew la miró y recorrió el esbelto cuerpo.

—Entonces, ¿por qué tanto aparato esta noche? ¿O espera que me crea que se engalanó tanto para gustarme a mí?

—¿Para usted? —dijo y se cubrió de rubor—. ¡Dios santo, es usted un presumido! ¿Qué esperaba que me pusiera para una cena así? ¿Mis vaqueros viejos? Esa es mi ropa de trabajo. Si me puse un

vestido esta noche fue porque me apetecía, por nada más. Sabía muy bien que Claire se pondría elegante y estaría tan preciosa como siempre, y no quise que se burlara de mi apariencia como hace siempre.

—Entonces sí fue por mí —los ojos café brillaron.

La mano de Felipa se alzó furiosa y se estrelló en la cara de Andrew. Hubo un momento de silencio y ella se llevó la mano a la boca, azorada. Andrew se levantó, le arrancó la mano y luego se la besó con brutalidad, apretando con fuerza la barbilla para inmovilizar la cabeza. Luego se separó de ella, se enderezó y salió del cuarto con gran desplante.

Nick dejó escapar un silbido ahogado. La cara de Felipa ardía y sus labios temblaban.

Miró a los dos, luego se levantó y echó a correr sin una palabra más. Nick la observó sin saber cómo actuar.

—Tenía una vaga sospecha acerca de esto —balbuceó Claire medio dormida. Sentía la cabeza pesada y somnolienta—. Andrew reaccionaba con violencia cada vez que estaba con Felipa, y no forma parte de su carácter ser tan hostil con una mujer, aunque ella se dedicara a discutir con él todo el tiempo.

—De modo que no era a ti a quien perseguía, sino a Pip —murmuró Nick con una sonrisa amarga—. Pues le deseo buena suerte. Pip es una buena chica, pero yo diría que va a estar muy ocupado si se enreda con ella. Su mente es afilada como un cuchillo y es una mujer muy liberada.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Claire con celos.

—¿Estás celosa, amor mío? —inquirió él.

—¿Habéis estado Felipa y tú alguna vez…? —empezó y él la cortó con una negativa divertida.

—Por desgracia, no —se lamentó—. Pip lo dijo todo cuando explicó que no la atraigo en absoluto.

—¿Lo intentaste? —preguntó Claire, mirándole con dificultad.

—¿Tú qué crees? —replicó con una mueca.

—Soy yo la que hizo la pregunta —bostezó ella sin poder evitarlo.

—Estás fuera de onda, ¿verdad cariño? ¡Vaya suerte la mía! Anda, te llevaré a la cama.

Rodeó la cintura de ella con el brazo, y se dirigieron a su cuarto. Nick la ayudó a abrir la puerta, luego la siguió dentro de la habitación y la ayudó a desvestirse. Ella estaba demasiado cansada para darle importancia a nada. Casi sin poder sostenerse, se quedó medio dormida mientras él deslizaba el vestido hacia abajo, y luego

se desplomó sobre la cama. Nick se inclinó y rozó sus labios.

—¿Y a ti sí, Nick? —murmuró somnolienta.

—¿A mí sí, qué, querida?

—¿Te gustaba Felipa? —susurró—. Un año es mucho tiempo. ¿Estuviste con otras mujeres?

—Duérmete y resuelve el enigma tú sola. Buenas noches, Claire.

Apagó la luz y ella se sumió en un profundo sueño enseguida, por fin relajada, la mente llena de pensamientos agradables de Nick. En sus sueños, el año de separación no existía y estaban felizmente juntos. Durante meses después de separarse, tuvo constantes pesadillas donde le veía muerto. Esos terribles sueños la persiguieron durante bastante tiempo. Hoy no había señas de aquello en su mente. Estaban juntos, y su sensación de paz era total.

Cuando despertó había amanecido ya y alguien llamaba con impaciencia a su puerta. Frunció el ceño y alzó la cabeza.

—¡Claire, por amor de Dios! —gritó la voz. Saltó fuera de la cama y se acercó a la puerta para abrirla con un gesto de asombro.

—¿Qué pasa?

—Tienes que recoger e irte de aquí lo más pronto posible —ordenó Nick con rapidez.

—¿De qué estás hablando, Nick? —preguntó todavía medio dormida.

—Estalló una revolución —anunció él.

—¿Qué? —abrió mucho los ojos y se despertó del todo.

—No hay tiempo para explicaciones —saltó él—. ¿Dónde está tu ropa? Vístete, por amor de Dios. La Embajada británica está sacando a todos los súbditos ingleses que puede alcanzar. Planean evacuarnos hoy… hay un barco con bandera británica cerca de la costa y nos recogerá en breve. Tienes que embarcarte en él —Claire ya había empezado a sacar ropa del armario y los cajones, echándola en la cama y sacando las maletas.

—¿Qué pasa exactamente, Nick? —preguntó asustada.

—Nadie lo sabe con seguridad. Un grupo de rebeldes se apoderaron de la estación de radio y de unos cuantos puntos clave. ¡Anda, mujer, muévete! —exclamó con impaciencia.

Corrió al baño y se lavó la cara, luego volvió, ya más despierta y se puso el traje verde olivo. Nick estaba demasiado ocupado guardando la ropa para fijarse en ella, pero cuando terminó, la miró y dijo:

—Estás preciosa. Lástima que no tenga tiempo para disfrutarte un poquito.

—¿Tú no vienes conmigo, Nick? —le preguntó con voz

temblorosa.

—Vamos, tenemos que darnos prisa —respondió él a la evasiva.

—Nick… ven conmigo, por favor. ¿No pensarás quedarte aquí, verdad? —el pánico se apoderó de ella.

—No hay tiempo para discutir eso ahora, Claire —dijo con tensión—. Sabes cuál es la respuesta. Anda, vamos a bajar.

—Si me dejas ahora, no volveré a dirigirte la palabra en toda la vida —le gritó—. Será el final definitivo de nuestra relación.

Él hizo una pausa breve, luego abrió la puerta sin responder y ella le siguió con amargura.

Al salir al pasillo se oyó un extraño crujido. Nick dejó escapar un grito, soltó la maleta y se dio la vuelta, cogiéndola de la mano y metiéndola con fuerza de nuevo dentro de la habitación. Cerró de un portazo.

Claire estaba demasiado alterada para saber qué era lo que pasó.

—¿Qué fue eso? —luego se dio cuenta que el brazo de Nick estaba manchado de sangre y palideció—. ¡Estás herido!

—Me pregunto cuántos más habrá… —comentó él, ignorándola y acercándose a la ventana. Mantuvo el cuerpo pegado al marco y alzó con cuidado una de las tiras de la persiana para mirar. Ella vio que parecía relajarse—. Nadie por aquí —se dijo a sí mismo.

—¿Qué es lo que está pasando? —inquirió con nerviosismo—. ¡Nick, te está sangrando el brazo! Deja que vea qué tienes…

—¡Aléjate de la ventana! —exclamó, retirándose con rapidez. Se acercó al teléfono y lo golpeó con impaciencia—. ¡Está roto!

—¿Qué pasa, Nick? —volvió a insistir ella. Se sentó en la cama y la miró con fijeza. —Hay un francotirador ahí fuera —le replicó.

—¿Un francotirador? —volvió a palidecer—. ¿Entonces fue una bala? —ella no vio nada, sólo oyó ruidos que no pudo entender.

—Debe estar subido en esa maldita mezquita, supongo —balbuceó Nick—. No podemos salir por la puerta del pasillo, Claire. Tenemos dos opciones… o nos quedamos encerrados aquí esperando a que nos disparen, o tratamos de saltar entre los balcones y nos arriesgamos a que nos alcance una bala fuera. Si tienen tiradores colocados en ese lado, no es difícil que también los haya en el otro, aunque no logré ver a ninguno.

—Déjame ver ese brazo —insistió ella.

—Está bien —se movió con impaciencia—. ¿Has oído lo que te he dicho, Claire?

—Haremos lo que tú creas mejor —respondió, y buscó un par de tijeras en su bolso para cortar la camisa. La herida apareció y parpadeó. La sangre fluía sin cesar, pero no alcanzaba a ver señales

de la bala por ningún lado.

—Es sólo una herida superficial —observó él con irritación—. La bala me rozó pero no penetró en el brazo.

—Estate quieto. Hay que lavarla.

Nick la siguió y se quedó quieto, aunque impaciente, mientras ella limpiaba la sangre, secaba la herida y le ponía una venda encima. Cuando terminó, él la miraba con un gesto duro.

—Tenemos que salir de aquí, Claire. Podemos encontrarnos en medio de dos líneas de fuego si nos quedamos. Tengo que conseguir que subas a ese barco.

—¿Y mi maleta? La dejaste en el pasillo.

—¡Olvídate de la maldita maleta! Ven, intentaremos saltar por los balcones.

Ella le siguió y él descorrió el cerrojo de la ventana poco a poco. En ese momento se oyó el mismo ruido y él se agachó, echándola al suelo y cubriéndola con su cuerpo. Cuando Claire alzó la cabeza, vio el cristal del balcón atravesado por una bala.

—Estamos sitiados —exclamó y durante un rato se quedó fijo en la pálida cara, los labios apretados en un gesto mitad ironía, mitad preocupación—. Me temo que vas a quedarte conmigo durante algún tiempo, querida mía.

—No creo que dure mucho. Alguien tendrá que hacer algo.

—¡Dios santo, esa dulce inocencia es enervante! No esperes que llegue la caballería de los Estados Unidos, amor. Sólo un estúpido trataría de venir por nosotros ahora. Estamos rodeados por todos lados y ese maldito cristal es una trampa mortal. Lo mejor que nos puede pasar es que haya un alto el fuego, pero me parece bastante imposible.

—¡Oh! —susurró ella y se mordió el labio.

—Creo que aquí estamos fuera del alcance de las balas —dijo y se puso de pie—. Pero no te acerques a las ventanas le ordenó—. Sin ningún prejuicio, créeme que el lugar más seguro es la cama.

Ella se ruborizó y rodeó la cama, dejándose hundir en ella, Nick la observó con seriedad. Claire vio la máquina de hacer té, se inclinó y la encendió; afortunadamente, funcionaba bien.

—Todavía hay electricidad.

—No durará mucho.

—Al menos podremos tomar una taza de té —murmuró.

—Una reacción muy británica la tuya, querida —sonrió él.

—¿Quieres que te sirva una? —replicó ella en tono retador.

—Prefiero un escocés doble —dijo con ironía—, pero tendré que conformarme con el té.

—Muy generoso de tu parte —gruñó ella y entró en el baño para coger el vaso para agua, lo lavó y regresó al cuarto justo cuando el agua empezaba a hervir. Alcanzaba sólo para dos tazas. Nick se inclinó y dejó caer dos terrones de azúcar en la taza de ella.

—No tomo azúcar —exclamó indignada—. ¿Ya no te acuerdas?

—Lo recuerdo muy bien —replicó con sequedad—, pero tuviste un shock y creo que hoy la necesitas —se levantó y entró al baño. Claire oyó que abría la llave de la bañera y le siguió azorada.

—¿Qué estás haciendo?

—Llenando la bañera con agua fría —dijo—. Si nos cortan el abastecimiento, puede llegar a hacernos falta.

—¿Cuánto tiempo crees que tendremos que quedarnos aquí?

—Espero que sólo hasta que oscurezca. Una vez que se ponga el sol, creo que podremos salir por el pasillo sin que nos vea el francotirador, antes no quiero arriesgarme. De todas formas, podemos aguantar sin comida varios días, pero necesitaremos agua.

Ella volvió a entrar en la habitación y se sentó sobre la cama a tomarse el té.

Nick volvió a la habitación y se tomó el té también. Al cabo de un rato le dijo:

—Acuéstate y descansa, Claire. Pareces agotada.

—Estoy bien, no te preocupes —protestó.

—Haz lo que te digo, sé una niña buena —insistió con paciencia —. No quiero que te vayas a desmoronar y tenemos para rato.

Ella se acostó y sólo entonces se dio cuenta de lo tenso que tenía el cuerpo, de modo que trató de relajarse. De repente pensó en Andrew y saltó como resorte.

—¿Y Andrew? ¿Qué pasará con Andrew?

—No tengo ni idea. Él tendrá que valerse por sí mismo.

—Si nadie le dijo nada, podría salir y a lo mejor lo matan — exclamó con urgencia.

—¿Qué sugieres que haga? ¿Golpear en el techo? ¿O quieres que arriesgue mi vida para tratar de avisarle? —exclamó furioso—. Tienes que aceptarlo, Claire. No hay manera de comunicarse con él. En estas situaciones hay que hacer lo que se puede.

—Supongo que tienes razón. ¿Y los demás miembros del equipo? ¿Y Felipa? ¿Saben ellos lo que pasa?

—Pip fue la primera en enterarse por la radio —le informó—. No te olvides que ella habla árabe. Nos llamó por teléfono y yo me vestí y corrí a buscarte. Me temo que ni siquiera me acordé del maldito Andrew.

—¿Por qué estás tan enfadado? —preguntó ella sorprendida.

—Me temo que nunca me gustará tu genio hotelero. No me agrada nada la forma en que te mira.

—Él no… —empezó ella.

—Te aseguro que sí —murmuró Nick, besándola. El primer roce de su boca encendió la antigua magia. Ella sucumbió sin alegar más, se acomodó entre sus brazos, alzando la cara con avidez en busca de su boca.

Nick recorrió la suave piel del cuello y ella sintió escalofríos.

—Al menos esta vez estoy seguro de que no nos interrumpirán. Ésa es una de las pocas ventajas de tener tiradores apostados junto a la puerta. Ese maldito Andrew no podrá meterse con nosotros ahora.

Claire deslizó los dedos por el torso de Nick, y le desabrochó la camisa, mientras él la observaba con una sonrisa irónica.

—Tendrás que venir a casa conmigo ahora, cariño —le dijo ella —. No puedes quedarte aquí con una herida de bala en el brazo.

—No quiero más engaños o mentiras entre nosotros, Claire —la interrumpió con voz suave—. No pienso irme, con herida o sin ella.

Ella se quedó inmóvil y su felicidad se evaporó. Los ojos verdes se alzaron para buscar la cara de él.

—¡No puedes hablar en serio!

—Pude mentirte —asintió él— y estuve tentado de hacerlo, pero no lo hice. Claire, tienes que entender que éste es mi trabajo.

—¿Para echar a perder tu vida? ¿Por qué motivo? —le apartó y se sentó.

—Porque me gusta.

—¿Y qué hay de mí? ¿Yo no cuento en absoluto, verdad? Te importa un comino lo que yo siento.

—Me importa mucho —replicó Nick, impasible—, pero si huyera de esta situación, sería el final de mi carrera. Estoy aquí y tengo que llevar de vuelta el reportaje aunque me cueste la vida.

—Y probablemente será así —gimió ella pálida.

—Hace falta mucho para matarme a mí —arguyo él con frialdad.

—¡Pues alguien hace un rato estuvo cerca de lograrlo!

—Apenas me rozó. Me han sucedido peores cosas, y es posible que me vuelvan a suceder. Es parte del juego.

—¿Eso es lo que lo consideras? ¿Un juego?

—Mi trabajo, si es que te gusta más esa palabra. Algunas personas tienen mala suerte, y trabajan sólo para ganar dinero. A mí me encanta lo que hago. Aparte de otra cosa que también me encanta… y creo que nadie me va a pagar para hacer eso.

—Muy chistoso —exclamó ella.

—No trataba de ser gracioso —dijo y la sonrisa desapareció de sus labios.

—Pues a mí no me hizo ninguna gracia. Ni siquiera me hiciste sonreír.

—¿Debo entender entonces que estamos de nuevo como antes?

—El divorcio es la única respuesta que encuentro si las cosas están así —replicó ella.

—Eres increíble, Claire. Si crees que voy a pasarme todo el día encerrado contigo en una habitación y actuando como si fuera de piedra, estás muy equivocada, cariño mío.

—¡No me toques! —alegó y se movió para evitar la larga mano que la buscaba.

—Maldita seas —balbuceó, tirando de ella—. Te deseo y no podrás evitarme.

—¿Qué te hace pensar que tienes derecho a ponerme las manos encima? —explotó amargamente—. Piensas abandonarme a partir de hoy, pero quieres aprovecharte de mí a tu antojo.

—Así es, corazón —enfatizó con voz helada—. Voy a tomar todo lo que pueda mientras haya oportunidad. Después del divorcio al menos me quedarán algunos recuerdos.

—Te prometo que no serán muy agradables —exclamó ella, sintiendo que le odiaba tanto que le gustaría matarle ella misma.

—Eso lo veremos.

Claire luchó contra él, pero inconscientemente intentó no lastimar el brazo herido, de modo que no tuvo oportunidad alguna cuando él la obligó a desplomarse sobre la almohada. Todo el peso del cuerpo de él la detuvo prisionera e inmóvil, mientras los ojos azules se recreaban en la cara ardiente y furiosa.

—Te odio —susurró—, no quiero que me toques.

—No me importa lo que quieras. En este momento lo único que me viene a la mente es lo que deseo yo.

—¡Vaya sorpresa! ¡Eso siempre ha tenido prioridad en nuestras vidas!

—No siempre —alegó él—. Cuando nos conocimos, tuve que luchar como un loco para no llevarte a la cama desde el primer día.

—¿Qué te hace pensar que lo hubiera permitido?

—Júrame que no me deseabas, querida mía —la retó.

Ella deseó con toda el alma poder hacerlo, pero preguntó:

—¿Hiciste una excepción, sólo por mí? ¡Qué amable de tu parte!

—¿Me estás acusando de libertino, sin vergüenza?

—¿Con cuántas has estado este último año? —demandó—. ¿O ni

siquiera te acuerdas?

—Lo recuerdo con toda claridad —balbuceó—. Esas cosas no se me olvidan nunca.

—Ya entiendo —clamó ella—. ¿Eres del tipo que no le gusta hablar acerca de ello?

—Naturalmente —murmuró y la observó fijamente—. ¿No quieres que te de detalles, verdad?

—No quiero oír nada en absoluto —mintió, ardiendo con furiosa amargura.

—Tus ojos parecen más verdes que nunca —aseveró, los labios dibujando una sonrisa burlona.

Ella se quedó callada y volvió la cara. Nick la siguió mirando sin moverse, luego acarició la suave mejilla. Ella se estremeció y se puso furiosa consigo misma al reaccionar así.

—¡Quítame las manos de encima!

Él inclinó la cabeza muy lentamente, y el corazón de ella latió con fuerza. Le besó la mejilla, se deslizó tras las orejas y descendió con sensualidad por el suave cuello. Desabrochó primero la chaqueta y luego la blusa. Ella se sintió aletargada, imposibilitada para detenerle. Empezó a besarla en los hombros primero, y luego en el pecho.

—No, Nick —le rogó, consciente que el deseo de ahuyentarlo desaparecía.

—Ha sido un infierno esta separación —murmuró—. Me muero por ti, Claire.

Ella tembló. El calor envolvía su piel. Cerró los ojos y los labios de él buscaron los suyos. Ella le rodeó el cuello y respondió con avidez.

—Ámame…

—Eso es lo que pienso hacer —rió él a medias—. Es lo que he querido hacer desde el momento en que volví a verte.

Ella se sintió de nuevo resentida, pero Nick no la dejó resistirse.

—Sólo Dios sabe cómo pude aguantar tanto tiempo lejos de ti. No he pensado en nada más desde el momento en que me abandonaste. ¿Cómo pudiste hacerme eso, Claire? Me hiciste vivir en un infierno. Por primera vez en mi vida no pude atender mi trabajo como es debido.

—Bueno, al menos logré algo —alegó con tristeza.

—Había momentos en que te odiaba —continuó él.

—Yo te odiaba a ti también —afirmó ella con la mirada fija en los ojos azules.

—Cuando entré al comedor y te vi allí, me quedé petrificado.

Ella recordó que se sintió como si cayera al vacío, y toda la hostilidad acumulada desapareció apenas le vio.

Él parecía frío y controlado, pero ella sabía todo el tiempo que sufría igual que ella. Hubo demasiado amor entre ellos, y eso no podía echarse por la borda sin perder parte de uno mismo a la vez. Desde que se separaron se sentía incompleta, medio muerta, y se estremeció con la perspectiva de volver a pasar lo mismo.

Nick adivinó lo que pensaba y hubo un profundo silencio entre ellos, luego le rodeó la cara con la mano.

—¿Ha habido alguien más, Claire?

Al principio, ella hubiera mentido para protegerse, pero ahora negó con la cabeza.

—¿Aguantaste todo un año sin un hombre? Debe haber sido duro, querida —comentó con una amplia sonrisa.

—¿Creías que lo hubo? —preguntó con ironía.

—No estaba seguro acerca de Knight —admitió—. Los celos son una emoción bárbara y no me gusta su sabor, pero si de verdad pensara que hubo algo…

—¿Qué? —inquirió ella.

—Le hubiera matado —se encogió de hombros y tras la seriedad de la afirmación ella captó mucho más de lo que las palabras admitían.

—Vaya desfachatez la tuya —comentó ella con las mejillas ardiendo—. ¿Por qué ha de haber dos tipos de norma, uno para ti y otro para mí? Tú me confesaste que has estado con otras mujeres.

—¿Estás celosa, Claire? —dijo con toda intención.

—¡Sabes muy bien que sí!

Él dejó escapar un ligero gruñido y agachó la cabeza.

—No ha habido nadie más que tú. Claire, desde el día en que te conocí —afirmó y luego la besó con avidez.

Claire sintió que se quemaba y un estremecimiento de placer recorrió su cuerpo. Le deseaba tanto que casi tenía deseos de llorar.

Cuando la voz penetró en su cerebro, creyó que la estaba imaginando y movió la cabeza en medio del estupor. Nick se puso rígido y se sentó, saltado después con la tensión de un animal atrapado para acarearse a la puerta. La voz volvió a resonar, gritando el nombre de Claire.

—Andrew —dijo ella y se cubrió la boca con una mano para luego gritar frenética—: ¡Andrew no te quedes ahí! ¡Hay un francotirador en la mezquita!

Nick la miró de forma extraña. Ella estaba pálida de miedo y los ojos verdes parecían enormes.

—Aléjate de la puerta —le indicó—. Voy a abrirla. Si ese estúpido amiguito tuyo corre, es posible que pueda cubrirse.

Claire casi no le oyó y tembló alarmada. Él volvió a mirarla y luego corrió a la puerta. Ésta se abrió y una bala silbó en medio del silencio.

—¡Échate a un lado! —clamó Nick, tratando de no ser fácil blanco para el pistolero.

Hubo un breve silencio.

—Tengo un rifle —le gritó Andrew—. Quédense donde están hasta que oigan que empiezo a disparar. Voy a tratar de distraerlo hasta que ustedes puedan escapar.

—Está bien —aceptó Nick.

—¿Está seguro que sólo hay uno? —preguntó Andrew.

—En la mezquita, sí —contestó Nick—, dénos dos minutos y luego empiece a disparar.

Claire se tapó la boca, muerta de miedo. Nick la contempló con calma.

—¿Crees que puedes lograrlo?

—Tu brazo —dijo sin responder a la pregunta— está sangrando de nuevo… puedo ver la sangre en el vendaje. Debes habértelo golpeado.

Él lanzó una maldición.

—¡Al diablo con mi brazo! Claire, si Knight logra mantener distraído a ese francotirador, ¿podrás correr por el pasillo a mi lado? ¿No te dejarás vencer por el pánico?

—Podrían matarte —dijo ella temblorosa.

—Trataré de cubrirte todo lo posible —le informó—. Cuando Knight empiece a disparar, vamos a correr como locos. Trata de mantener el cuerpo de lado y agáchate lo más que puedas, trata de zigzaguear lo más posible… así es más difícil apuntar.

Ella asintió. Nick se acercó.

—Yo sabía que ese maldito Andrew se interpondría entre nosotros, con tirador o sin él —dijo en tono de burla. Los ojos azules parpadearon con amargura—. ¿Ves cómo no era cierto que el estaba interesado en Pip? Te quiere lo suficiente para arriesgar su vida por ti —dijo sin sonreír.

—¿Crees de verdad que está arriesgando la vida? —se estremeció ella—. Nick, si lo matan…

—¿Qué pasará si lo matan, Claire? —preguntó con la voz helada.

Claire se cubrió la cara con las manos.

—Dios mío, ¿por qué tuvimos que venir aquí en este momento?

Las manos de Nick apretaron los delicados hombros y la abrazó.

El ruido del tiroteo les envolvió. Nick la cogió de la mano y tiró de ella para salir.

—Corre con todas tus fuerzas le ordenó, mientras la mantenía a su derecha, lejos de las ventanas.

Capítulo 7

No se atrevió a mirar los enormes ventanales que llegaban hasta el suelo. El ruido de las balas, el ruido de los cristales cada vez que se estrellaban contra la ventana, parecían llenar sus oídos. El tiempo parecía interminable al correr, serpenteando de un lado a otro. Vio a Andrew al final, el cuerpo ladeado mientras disparaba desde la última ventana. Una bala rozó su oreja, y él saltó a un lado.

Casi estaban allí cuando Nick la cogió de la cintura y la empujó al suelo, cubriéndola con el cuerpo.

—Tendremos que ir a gatas el resto del camino —murmuró—. Mantén la cabeza gacha.

Claire estaba sudando y la blusa se le pegaba a la piel. Al llegar a la seguridad del muro que daba al ascensor, se puso de pie temblorosa, con Nick sosteniéndola y se apoyó en la pared, sintiendo que casi no podía respirar.

Andrew se alejó de la ventana, apoyando el rifle en la pared y se acercó a ella.

—¿Estás bien? —preguntó con ansiedad.

Ella asintió, demasiado aterrada para poder hablar.

Él la miró uno o dos segundos más, luego con un gesto convulsivo la abrazó, acariciando la larga cabellera.

—¡Dios santo! Pensé que podías estar muerta.

Ella estaba demasiado agitada para poderse mover o agradecerle su valor. Se apoyó en él y cerró los ojos. Era tan enorme y tranquilizador, la calidez de su cuerpo la llenó y su contacto fue una especie de bálsamo después de la desenfrenada carrera. Al empezar a correr, pensó que Nick podía ser alcanzado por una bala ante sus ojos. La protegía con su cuerpo todo el tiempo y esos momentos fueron de lo más amargo.

—¿No les parece que tenemos que largarnos de aquí? —preguntó Nick.

—Tiene razón, no tenemos mucho tiempo. Por eso vine. Pip y yo supimos que estaban atrapados aquí… vimos al francotirador, y pensamos que esperarían a que fuera de noche para tratar de escapar. Nos van a evacuar en la madrugada, desde la playa Mule. Tenemos que llegar allí como podamos, de modo que cuanto antes nos pongamos en camino, mejor.

—¿De dónde sacó el rifle? —preguntó Nick.

Andrew había soltado a Claire, quien estaba muy pálida, mirando la pared, en estado de shock.

—Mataron a uno de los rebeldes fuera del hotel, y yo salí a quitarle el rifle.

—¡Vaya, resultó usted todo un valiente! —exclamó Nick con las cejas arqueadas. El comentario sonó casi como un cumplido.

Claire abrió mucho los ojos al ver los zapatos de Andrew y la parte baja del pantalón.

—Andrew, tienes sangre… ¿estás herido?

—No —sacudió la cabeza—. Hubo toda una batalla fuera del hotel. Hay varios rebeldes muertos en la calle… me acerqué a ver si podía hacer algo por alguno de ellos, pero ya nadie podía hacer nada. Seguramente me manché la ropa entonces.

—Podían haberte matado a ti, saliendo así… no debiste hacerlo.

—¿Esperabas que te dejara aquí? Tenía que venir a buscarte.

—¿Nos vamos? —saltó Nick con frialdad.

Andrew cogió el rifle y dijo:

—Los demás nos esperan en el sótano… es demasiado peligroso quedarse en el vestíbulo. Vamos, bajaremos por las escaleras de servicio. La otra son menos seguras… hay, demasiadas ventanas.

—¿Cómo está Felipa? —preguntó Nick mientras descendían por las estrechas escaleras.

—Bien —asintió—. Me costó mucho trabajo evitar que subiera conmigo.

—¿Cómo lo consiguió? Conociendo a Felipa, debió emplear toda su persuasión.

—Le dije que sería más estorbo que ayuda —admitió Andrew—. ¿Cómo podía concentrarme en lo que tenía que hacer si aparte tenía que cuidarla a ella?

—¿Qué dijo ella a eso? —Nick hizo una mueca.

—Nada agradable —confesó Andrew pensativo.

Claire se sentía muy desgraciada. Ahora que estaban fuera del encierro, ella tendría que irse, dejando a Nick, sabiendo los peligros que tenía que afrontar. Sintió un profundo dolor. Quería gritar, pero siguió bajando las escaleras, controlándose hasta parecer una callada máscara. No quería que el último recuerdo que le quedara a Nick de ella fuera amargo.

Tropezó en un escalón y tanto Nick como Andrew se apresuraron a ayudarla. No podía soportar el tacto de Nick; sería demasiado dulce y amargo a la vez. Se acercó más a las manos de Andrew, y él la sostuvo con un gesto de preocupación.

—Estás muy pálida, ¿te encuentras bien?

Ella asintió en silencio y se enderezó. Al levantarse se topó con la mirada de Nick. Apretó los labios. Si abría la boca, empezaría a rogarle que se fuera con ella y ni siquiera la presencia de Andrew se lo impediría. Sabía que se echaría a llorar, a suplicar, a ponerse en ridículo.

Llegaron al fin al sótano y unos instantes después el resto del equipo de la televisión les rodeó, sonriendo, dándoles palmadas en el hombro a Andrew y a Nick. La actitud hacia Andrew, notó ella, había cambiado de forma drástica. El acto de heroísmo que tuvo les impresionó a todos.

—Ni siquiera permitió que uno de nosotros le ayudara —le explicó Wazi a Nick—. Había un solo rifle y dijo que él estaba dispuesto a darle trabajo al francotirador. Nos alegró mucho oír eso, te lo aseguro.

—Ya sé la clase de cobarde que eres tú, mentiroso —le dijo con cariño y luego se dirigió a Andrew—: Wazi me ha salvado la vida en varias ocasiones —explicó.

—Era parte de mi obligación —comentó Andrew—. Tengo experiencia en tiro.

—¿Perteneces al club de tiro? —inquirió Nick sorprendido.

—Ha ganado varias medallas —le informó Wazi.

—Además, Claire era mi responsabilidad —dijo Andrew con calma y miró a Nick a los ojos.

Hubo un corto silencio en el cual no se podía descifrar la expresión de Nick. Felipa lo miró consternada.

—Como su secretaria —agregó ella—. Fue él quien la trajo, de modo que se siente responsable de ella.

—Claro —replicó Nick—. ¿Cuándo podremos salir de aquí?

—¿Vendrás después de todo? —preguntó Claire con el corazón en la boca.

—Te veré en el barco —dijo con sencillez y luego se dirigió a Andrew—. ¿Cómo haremos para salir de aquí?

—Hay una entrada lateral —le informó Andrew—. Por fortuna no da a la calle principal. Sacaron a los demás huéspedes por ahí hace varias horas. Nosotros no quisimos irnos sin ustedes dos.

—No podríamos hacer un programa sin nuestro narrador —dijo Wazi en broma—. Yo me ofrecí a narrar los eventos, pero me rechazaron.

—¿Cómo haremos para llegar del hotel a la playa?

—Hay dos oportunidades —explicó Andrew con brevedad—. Podemos coger una camioneta, pero corremos el riesgo de encontrar

tiradores en el camino… o podemos ir andando, lo que sería mucho más seguro, pero desde luego mucho más lento. Les toca a ustedes decidir qué quieren hacer.

—No hace falta que vaya todo el equipo —dijo Nick rascándose la barbilla—. Con franqueza creo que es más seguro quedarnos aquí. Yo acompañaré a Claire y a Andrew hasta la playa.

—Yo iré contigo —interrumpió Felipa con rapidez—. No puedes echarte el paquete tú solo dos veces, Nick.

—Yo también voy —hizo eco Wazi.

Nick sacudió la cabeza en dirección a los dos.

—Os quedáis aquí. Yo no tardaré en volver.

—Yo voy —repitió Felipa con obstinación.

Andrew escuchaba lo que decían impasible y se volvió hacia ella con brusquedad.

—Por amor de Dios, pareces idiota. ¿No te das cuenta cuando no te quieren?

Ella palideció y se mordió los labios. La cara de Nick se llenó de ira.

—Sólo le estoy diciendo lo que es obvio —explicó Andrew con dureza—. Ella sólo añadirá más riesgos si viene con nosotros.

Nick miró a Felipa con una expresión de tristeza.

—Tiene razón, Pip. Hazlo por mí. Quédate aquí.

—Está bien —respondió con tensión y se dio la vuelta.

Claire sintió un profundo dolor. La preocupación y la gentileza que Nick le demostró a Felipa, su aparente aceptación de la presencia de ella en Keravi con él, le hizo arder en celos. Felipa se quedaría con él mientras a ella la despachaban a un lugar seguro a esperar las noticias de su muerte o de una herida seria. Ella no formaba parte de su verdadera vida, esa que estaba allí, con el resto del grupo, trabajando en conjunto día tras día, compartiendo experiencias. Tal vez la amaba, la deseaba, pero no estaba dispuesto a abandonar nada por ella. Ella no era más que un placer ocasional, un juguete, una preciada posesión. Aunque no le hubiera abandonado, su matrimonio no existiría realmente… él sería un visitante repentino, un amante que llegaba sin advertir para luego irse de la misma forma.

—¿Listos? —preguntó Andrew.

Ella asintió sin alzar la vista. Oyó a los demás desearles buena suerte. Felipa se acercó más y le dijo en voz baja:

—Cuídate, Claire.

Ella la miró y deseó tener el valor de decirle: «Cuídame a Nick», pero lo único que pudo pronunciar fue: «Tú también.» La miró con

ternura, y hubiera querido poder odiarla, pero era una chica encantadora y además la admiraba. Envidiaba la valentía, la inteligencia y la fuerza que la hacían ser una compañera adecuada para Nick.

Salieron por el pasillo de servicio, un pasadizo pintado de gris metálico, que conducía al exterior. Andrew se colocó al abrigo de un seto lleno de flores cerca de la reja, mientras observaba el camino, apuntando con el rifle. No había ruido alguno, ni nadie se movía. El polvo blanco estaba manchado de rojo en algunos lugares. Andrew miró hacia los techos de las casas pero no había señales de vida.

—Ve tú delante, Nick —le dijo.

Nick corrió, zigzagueando hasta un callejón a unos treinta metros de distancia y luego Andrew le dijo a Claire que lo siguiera, cubriéndola mientras corría, sin dejar de mirar hacia todos lados.

Nick la observó cuando se unió a él al abrigo de un coche abandonado por el propietario, el parabrisas roto por el impacto de una bala.

—No te asustes —le ordenó.

—No estoy asustada —le aseguró. No le importaba si la mataban. Veía la muerte inminente de Nick como un tren expreso que llegaría a aplastar su vida.

—Andrew estará contigo para protegerte —hizo una mueca.

Ella notó el sarcasmo en la voz y le lanzó una mirada furiosa.

—Se ha portado de maravilla.

—Deberían darle una medalla —asintió Nick, pero una sombra apareció en sus ojos—. ¿Te agrada saber que hace todo esto por ti?

—Andrew tiene un gran sentido de responsabilidad —dijo y se ruborizó.

—Querrás decir que está loco por ti —rió Nick.

Andrew llegó en ese momento y Nick cerró la boca. Había cierta diversión en la cara ofuscada de Andrew, un destello en sus ojos café.

—Ahora viene la siguiente etapa —le dijo a Nick—. Corre hasta la casa que está en la esquina… allí podemos volver a cubrirnos.

Nick asintió y corrió, seguido de Claire. Llegó hasta él, respirando con dificultad, Nick mantenía los ojos sobre el techo. De repente algo se movió y Nick la tiró boca abajo, cubriéndola con su cuerpo. Se oyó el impacto de un tiro y una nube de polvo se alzó junto a ellos. Otra bala se dejó oír de inmediato. Oyó un grito ahogado y el deslizarse de pisadas. Alzó la cabeza, pero Nick la obligó a bajarla de nuevo, cubriendo su cabello con la mano.

—¡Por amor de Dios, estate quieta, tonta! ¡Puede haber más!

Se quedó inmóvil, temblando como una hoja. El cuerpo de Nick la presionó hacia abajo y a pesar de lo peligroso de la situación sintió que el pulso le latía aceleradamente.

Las pisadas de Andrew resonaron junto a ellos. Con voz excitada les dijo:

—Ya se pueden levantar. Maté al pobre diablo ese y creo que ya no hay nadie más.

Nick se incorporó y la ayudó a levantarse, los ojos fijos en ella. Instintivamente se volvió a ver el cuerpo inerte caído sobre el polvoroso camino, pero Nick se interpuso entre ella y el muerto.

—Vas a tener pesadillas —le dijo con ternura.

Nick se echó a correr de nuevo, agachado y serpenteando hasta poder protegerse, y Claire lo siguió, temblando de pies a cabeza. No se veía ser viviente por ningún lado. Hasta los perros parecían estar escondidos. Las callejuelas estaban vacías bajo el ardiente sol y el aire de paz y tranquilidad contrastaba con los ruidos que venían del centro del pueblo… el constante resonar de las armas, el silbar de las balas, el choque de los morteros al tocar suelo. Pequeñas columnas de humo se alzaban hacia el cielo. De vez en cuando se veía el brillo de una explosión al reflejarse en los enormes cristales de los hoteles nuevos.

La zona de la playa estaba tranquila en comparación. Había pocas posiciones clave en esa parte de la ciudad. La mayor parte de los habitantes estaban encerrados en el interior de sus casas y los visitantes extranjeros habían sido evacuados.

Recorrieron el último callejón que conducía a la playa y vieron las filas de gente que esperaban allí. La tarde se había transformado en sombra morada y la luz desaparecía a pasos agigantados. Al ver el barco británico anclado en la orilla, Claire sintió alivio.

Pequeñas canoas trasladaban a los evacuados que esperaban en la orilla, transportándolos con rapidez, mientras los oficiales ingleses comprobaban la nacionalidad y los papeles de cada uno. Claire quiso sonreír al ver el orden y la calma que prevalecían. Esa gente igual podía estar esperando el autobús, y no el salvarse de un inminente peligro.

Uno de los oficiales se acercó a Andrew con una sonrisa de bienvenida. Le había reconocido ya que lo vio en una visita anterior.

—Me alegra que haya podido llegar hasta aquí, señor —luego miró a Nick y a Claire y preguntó—: ¿Son británicos?

—La señorita Thorpe es mi secretaria —dijo Andrew.

—¿Sus papeles, señorita Thorpe? —pidió el joven oficial con una sonrisa.

—Están en el hotel… —tartamudeó—, en mi maleta… no pude traerla…

—Yo respondo de ella —interrumpió Andrew—. Lleva un año trabajando conmigo. Hasta eso, tengo aquí una fotografía de ella en una fiesta que dimos en la oficina hace unos meses —sacó la cartera y se la enseñó al oficial. Ella aparecía con Andrew, en la oficina, los dos sonrientes. También estaba Sir Joseph Lang, el presidente de la compañía, una figura de fama internacional. El oficial lo miró y sonrió.

—Es Sir Joseph. Está bien, señorita Thorpe. Tendrá que aclarar esto al llegar a Inglaterra, pero ahora embarque. Ya lo arreglaremos de alguna forma, no se preocupe. ¿Sus papeles, señor? —se dirigió a Nick.

Nick miraba a Andrew volver a poner la fotografía en la cartera sin expresión, aunque la boca se mantenía apretada. Miró al oficial con frialdad.

—Yo no me voy a embarcar —explicó sin énfasis—. Soy periodista y pienso quedarme.

—No es aconsejable que lo haga, señor —gesticuló el joven—. Las cosas pueden empeorar, si me permite decírselo.

—Soy consciente de ello, gracias, pero me quedaré de todos modos.

Claire tembló y Andrew la miró con ojos inquisitivos. Puso el brazo alrededor de ella y la apretó con cariño.

—Más vale que nos pongamos en la cola antes de que se haga más larga. Buena suerte, Waring, trate de no arriesgarse demasiado.

—¿Me permite quedarme con el rifle? —le pidió Nick—. Creo que me puede hacer falta en el trayecto de regreso.

—¿Sabe usarlo? —preguntó Andrew al tiempo que se lo entregaba.

Nick alzó la cabeza y le lanzó una mirada despectiva.

—No se preocupe por mí —balbuceó Nick.

—No era ésa mi intención —comentó él—. Sólo quiero hacerle algunas recomendaciones.

—Ya me las arreglaré.

—Bueno —dijo Andrew mirando la cara pálida de Claire—. Los dejaré para que puedan despedirse. No tardes demasiado, Claire.

Se alejó un poco y ella se quedó, enterrando el pie en la arena, los ojos fijos en el mar que ya empezaba a oscurecerse bajo el sol poniente.

—¿No tienes nada que decirme, Claire? —preguntó él en voz baja, sin dejar de mirarla.

—¿Qué puedo decir que no haya dicho ya?

—Nada en absoluto —accedió él—. Sube al barco, Claire.

Se dio la vuelta, sintiendo que se le abría el dolor. Nick susurró algo y la cogió de los hombros, obligándola a mirarle, pero ella volvió la cara, evadiéndolo. Con toda deliberación él arriesgaba su vida, sin importarle que a ella le destrozara el corazón. No le dejaría besarla.

Él le sujetó la cabeza entre las manos. La miró con fijeza tratando de leer la expresión de sus ojos.

—Es la última vez, Claire —le dijo con tono helado—, creo que puedes besarme por última vez.

—No, no puedo —dijo y las palabras sonaron rígidas.

—Pues lo siento mucho, tendrás que aguantarte —murmuró adueñándose de sus labios.

Ella se puso tensa y el beso de él se hizo más salvaje. Le acarició el pelo estrechándola con fuerza. Ella intentó soltarse, pero él le pasó una mano por la espalda, hasta que ella no pudo moverse. Cuando pudo hablar al fin, exclamó:

—¡Te odio!

Él volvió a besarla y una expresión irónica apareció en sus ojos.

—Adiós, Claire —dijo, luego volvió a besarla con avidez, con posesión y ella sintió una respuesta instintiva que ansiaba salir a flote. Quería aferrarse a él, rogar, llorar, pero cerró los ojos y se rehusó a pensar.

Después de lo que le pareció una eternidad, Nick la soltó y se echó atrás con una última y breve mirada. Luego se dio la vuelta, recogió el rifle y se alejó sin una palabra más. Claire sintió que todo en su interior se derrumbaba. Miró con desesperación la delgada figura que desaparecía. ¿Por qué fue tan dura y fría cuando no deseaba nada más que estar con él y demostrarle con cuánta locura lo amaba?

Se había ido y era posible que no volviera a verle más. La vida no valía le pena sin él, sin embargo le dejó ir sin una palabra.

—Tenemos que irnos, Claire —oyó que le decía Andrew.

Ella se volvió, inconsciente de las lágrimas que corrían por sus mejillas, y Andrew la abrazó, acariciándole el pelo.

—¡Lo matarán! —gimió, y se agitó con violencia.

—No, no te preocupes —vio la figura de Nick a lo lejos. De repente él se dio la vuelta, y miró atrás, pero enseguida continuó andando—. Tenemos que embarcar —dijo Andrew—. Trata de

controlarte. Has sido muy valiente hasta ahora. No te preocupes por Nick —dijo secándole las lágrimas—. Él ha pasado por muchas situaciones como ésta y sabe cómo cuidarse. Los periodistas son como los gatos, tienen siete vidas.

—Ya estoy bien —dijo con una sonrisa forzada—, fue el shock, supongo.

—Todos tuvimos un día difícil hoy —asintió él con calma.

—Te has portado de maravilla, Andrew.

—He disfrutado en parte con todo esto.

¿Estaban locos todos los hombres?, se preguntó siguiéndole a la cola. Tanto Andrew como Nick parecían encontrar algo divertido en enfrentarse al peligro, como si fueran boy scouts frustrados que buscaban aventuras en un mundo aburrido. Arriesgaban sus vidas con alegría, como si fueran juguetes sin valor que podían tirarse sin más ni más. Claire pensó en la búsqueda de su padre por alcanzar más y más velocidad, recordó la forma en que sus ojos brillaban emocionados antes de una carrera importante.

Esa noche, apoyada sobre el barandal de cubierta, con Andrew en silencio a su lado, miró con nostalgia la costa que se alejaba. El cielo explotaba allí y allá con destellos de luces brillantes.

En algún sitio, Nick estaba arriesgando su vida en cumplimiento de su deber. Estaba segura de que no volvería a verlo, que nunca volvería a sentir sus brazos ni el sabor de sus besos.

Capítulo 8

Andrew tardó varias horas en arreglar el problema de la falta de documentación de Claire. La dejó en el hotel donde se registraron, salió con una expresión de seguridad y regresó con paso ligero y una sonrisa satisfecha en la cara. Le encantaba solucionar los problemas. Tenía un espíritu combativo, una pasión por la lucha.

Llamó a la puerta de su cuarto, y ella le permitió entrar, con una mirada febril en los ojos.

—¿Alguna noticia? —estallaron las palabras como si no pudiera controlarlas, y en efecto, así era… no pensó en nada más desde el momento en que llegaron.

—Logré conseguirte un salvoconducto —replicó, malentendiendo la pregunta—. Grité hasta que les convencí de tu integridad.

—Gracias, Andrew —sonrió con cortesía, tratando de ocultar la indiferencia que sentía. Él merecía toda su gratitud, ya que había hecho mucho por ella. Fue amable, considerado y comprensivo en el barco, y desde que llegaron al hotel no dejó de trabajar para lograr llevarla con seguridad de vuelta a Inglaterra.

Él parecía satisfecho. Le gustaba saber que se apreciaban sus triunfos, aunque ella estaba segura que trabajaría con el mismo ahínco aún si no recibía cumplidos, ya que estaba en su naturaleza ganar.

—¿Hay alguna noticia de Keravi?

—Lo siento mucho —dijo negando con la cabeza—. Ni una sola palabra.

Algo en su tono hizo que ella dudara y le miró apretando las manos.

—Dime la verdad, Andrew —insistió con voz temblorosa.

—Sólo hay rumores —dijo tratando de calmarla—. Nada seguro.

—¿Qué clase de rumores?

—Sólo Dios sabe —se encogió de hombros.

—Dónelo, Andrew —estalló ella—. ¡No soy una niña!

—Unos dicen que el Sheik volvió a recuperar el control y los rebeldes están copados. Otros que los rebeldes ganaron y liquidaron a las tropas leales.

Claire cerró los ojos y sintió terror.

—¿Y no saben cuál es la verdad?

—Lo único que saben es que la radio no funciona y ningún avión ha aterrizado o despegado desde que empezó el golpe. El silencio no es mala noticia… si los rebeldes tuvieran la radio en sus manos, estarían gritando su victoria por todo lo alto.

Ella se sentó en la cama, las manos cruzadas sobre el regazo. Andrew se le acercó, y se acomodó a su lado, cogiéndole una mano.

—Deja de hacerte daño —murmuró—. De nada sirve, Claire. Tenemos que mantener una visión clara de la situación.

—No podré dormir hasta que sepa que está a salvo —gimió.

—Entonces, cuanto antes lleguemos a casa, mejor. Reservé billetes en el siguiente vuelo a Londres. Recoge lo más pronto posible.

—No tengo nada que recoger —le recordó.

—Cierto… se me olvidó —los ojos café recorrieron la figura vestida con el traje sastre—. Te las arreglas para estar bien de todas maneras —dijo con aprobación. Cualquiera pensaría que pasaste los últimos dos días en una fiesta.

—Siempre ayuda que le levanten a uno la moral —sonrió y la expresión se relajó un poco.

—Encantado de poderte servir.

—¿A qué hora sale el avión?

—Me temo que muy temprano. Cogí los primeros billetes que pude conseguir. Pensé que estarías ansiosa por llegar a casa. Sugiero que trates de dormir unas cuantas horas antes de irnos al aeropuerto. Debes estar agotada, pobrecita.

—Estoy demasiado tensa para poder dormir.

—No te debes dejar abatir, Claire —recalcó él—. ¿Tienes hambre?

Ella negó con la cabeza.

—De todas formas, creo que debes comer algo. No has probado bocado desde que llegamos —se levantó, tomó el teléfono que estaba junto a la cama y marcó el número del servicio de comedor. Luego la miró con fijeza—. Espero que estés de acuerdo en comer aquí.

—Sí —dijo con rapidez—. Tal vez lleguen noticias y no quisiera enterarme en público.

—Creo que ya es tiempo de que me des algún tipo de explicación, Claire. Este matrimonio tuyo… ¿por qué lo mantuviste tan en secreto?

—Es una historia larga —suspiró ella.

—Tenemos suficiente tiempo, y quiero saber todo —insistió él implacable.

—Nick y yo nos casamos antes de que yo supiera el tipo de trabajo al que se dedicaba… sabía que no podría resistir esa clase de vida… siempre esperando, temiendo enterarme que le habían matado. Nos separamos y yo empecé a trabajar contigo. Nunca hicimos público nuestro casamiento y todo terminó tan rápido que casi no me sentía casada. Volví a usar mi nombre de soltera y mantuve callada mi relación con Nick.

—Podrías haberme confiado el secreto —comentó él con sequedad—. Casi hice el papel de idiota ante ti.

El color cubrió sus mejillas, le miró y luego desvió la vista.

—Si en algún momento las cosas se hubieran acercado a eso, te lo habría dicho.

—Gracias —observó molesto—. Debo suponer que habéis arreglado vuestras diferencias, ¿no? —comentó tras un corto silencio.

Ella negó con la cabeza y no contestó nada.

—¿No? —inquirió Andrew incrédulo—. Vamos, Claire. Él parecía sentirse muy seguro de ti cuando yo estaba cerca.

—Así es Nick —se ruborizó aún más.

—Posesivo pero no demasiado fiel, ¿verdad? —preguntó en un tono frío.

—No es exactamente eso —protestó ella—, todavía estamos en desacuerdo acerca de su profesión.

—El trabajo de un hombre es una gran parte de su personalidad, Claire. ¿Te parece inteligente tu postura?

Ella volvió a sentirse de nuevo triste. Se echó boca abajo en la cama, sin poder detener las lágrimas. Andrew se inclinó después de un rato y la levantó, sosteniéndola como si fuera una chiquilla, y le acarició el pelo con la mano. Las lágrimas fluían copiosas y mojaban sus labios y el cuello. Lloraba por todo… estaba aterrada por la suerte que podía correr Nick, se sentía culpable por rechazarle en la playa, y temía que si algún día llegaba sano y salvo a casa, no querría volverla a ver jamás.

Andrew le alzó la cara y la besó suavemente. Claire cerró los ojos, agradecida por el consuelo que le daba ese gesto. Los labios de él se separaron unos segundos y ella iba a sonreírle cuando volvieron a apoderarse de los suyos, esta vez con más pasión, exigiendo más. Ella se puso rígida, y abrió mucho los ojos.

—No, Andrew —gimió con voz apagada.

Durante un rato más continuó besándola, luego se retiró y se quedó mirándola.

—¿No? —preguntó con ironía—. Pensé que al fin me dabas la

luz verde, Claire. Tenías los ojos cerrados y sonreías.

—Te interpreté mal —se lamentó.

—¿Qué es lo que interpretaste mal?

—Pensé que me besabas para tranquilizarme —balbuceó, con las palabras confusas.

—Así es —sonrió él—. ¿No te sientes más tranquila? A mí me pareció un pasatiempo divertido, además.

—Pero no muy lógico.

—Lo siento —dijo Andrew y se puso de pie—. Tenía la impresión de que tu matrimonio había terminado.

—Así es —accedió ella con desgana.

—¿Pero de todas formas me pones la luz roja?

—Le quiero —admitió ella—. Estoy loca por él.

—Entonces eres una tonta. Si le quieres, agárralo antes de que alguien más le pesque… como Felipa, por ejemplo. Ella está allí, junto a él, esperándole, Claire. ¿No te importa eso?

—Claro que me importa —estalló con amargura—, pero…

—No hay pero que valga —murmuró él tenso—. Tienes que decidirte… o lo tomas o lo dejas para siempre. No hay otra solución. Sigue ahuyentándolo y encerrándote en ti misma y acabarás loca. Todos necesitamos a alguien, y tú más que nadie, Claire. Eres el tipo ultra femenino de mujer. Por ejemplo, mira a Felipa… es fácil imaginarla a ella sin tener a un hombre a quien pertenecer. Ella es muy valiente, eso hay que reconocerlo. Me impresionó su integridad cuando estalló la revolución. Fue ella la que vino a sacarme de mi cuarto. Salimos juntos a tiempo, ya que una bala pasó rozando su cabeza y ella ni siquiera parpadeó.

Claire lo miró sorprendida. ¡De modo que Felipa lo sacó a él de la habitación!

—Fue increíble que corriera ese riesgo por ti —comentó en voz suave.

—Sí. Y habría hecho lo mismo por ti, si Nick no hubiera estado allí para salvarte.

—A mí me parece que ella no siente ningún interés por Nick —dijo Claire con lentitud.

—Es muy atractivo —insistió él— y ellos se entienden muy bien. Nunca la oí alzar la voz cuando hablaba con él, y parece saber lo que va a decir antes de que abra la boca. ¿No te parece que esa es una muestra de amor, Claire?

—Supongo que sí —se encogió de hombros. Era verdad. Ella también notó como Felipa parecía saber lo que pensaba Nick, cómo leía lo que había en su cabeza.

Le dolió mucho la aceptación de Nick del derecho de Felipa de quedarse en Keravi con él, aunque a ella casi la empujó hasta el barco. Sus ojos reflejaron amargura. Nick sabía que ella no era la esposa adecuada para él. Ella siempre se moriría de miedo pensando en los peligros que siempre correría con su trabajo, mientras Felipa se tomaba las cosas con calma. Felipa era como Nick.

El camarero llegó en ese momento y comieron en silencio, pensando cada uno en sus cosas. Cuando terminaron, Andrew le dijo:

—Trata de dormir un poco, Claire. Estás medio muerta.

—Gracias —sonrió con debilidad.

—Yo me siento agotado también, no te preocupes. Los últimos días han sido terribles.

Ella siguió su consejo y se tumbó un rato cerrando los ojos, pero veía imágenes que alteraban sus pensamientos y la sacaban del leve sueño, haciendo que volviera a una angustiada conciencia de la realidad. Fue muy dura con Nick en la playa, y ahora podía no volverle a ver nunca más. No importaba lo que costara, ella debió olvidarse de su dolor y despedirse de él. Si algo le pasaba, sabía que el resto de su vida le perseguiría ese recuerdo.

Volaron a Inglaterra esa noche y Londres les recibió con una copiosa lluvia.

Andrew la dejó en su casa antes de dirigirse a la oficina.

—¿Quieres que presente mi renuncia ahora, Andrew? ¿O prefieres que espere a que encuentres a alguien para reemplazarme?

—Yo no quiero que te vayas, Claire —dijo con seriedad.

—¿Estás seguro? ¿No crees que sería mejor después de…?

—Trabajamos bien juntos —interrumpió él— y sería estúpido arruinar nuestra relación sólo por estos días pasados en Keravi.

Ella medio se rió. No había nada que decir ante ese sentido común. Unos cuantos días en Keravi, pensó. Sí, mirándolo bien eso fue todo lo que pasó… unos cuantos días extraños que no tenían que ver con lo que sucedió antes o con lo que probablemente seguiría después.

—¿Y bien? —demandó él.

—Como tú quieras, Andrew —dijo ella con una sonrisa irónica.

—¿Te gusta tu trabajo, o no? —preguntó.

—Sí —asintió ella—, me gusta mucho —al menos hasta ese momento estaba feliz en él, pero su cerebro le preguntaba si creía que seguiría estándolo después de todo lo que ocurrió. El año con Andrew, fue una especie de santuario, un refugio donde la agonía

del matrimonio con Nick no podía alcanzarla. Ahora las cosas eran diferentes, a pesar de la voz callada de Andrew. Ellos trabajaron juntos como extraños, pero ahora ya conocían mucho el uno del otro, y la relación entre ellos cambiaría sin duda alguna.

Andrew insistió que no fuera a trabajar al día siguiente de modo que pasó el día limpiando la casa. Era imposible no pensar en Nick, y estuvo contenta al volver al trabajo al día siguiente; al menos eso la tendría ocupada. Andrew era un jefe dinámico y no le daba a uno tiempo de pasarse lamentando nada.

Descubrió que la cercanía que tuvieron durante el viaje había dejado raíces. Siempre trabajaron bien juntos, pero ahora había una dimensión más en esa sociedad. Siempre respetó mucho a Andrew y ahora al recordar el valor y determinación que demostró durante la huida del hotel, se encontró admirándolo aún más. Y estaba claro que la actitud de Andrew hacia ella también había cambiado. Le hablaba en tono más confidencial, la trataba menos como si fuera parte del mobiliario de la oficina y más como persona digna de confianza.

Los días pasaron con lentitud. Claire se encontró poniendo la radio a todas horas, buscando cualquier mínima noticia, pero las noticias de Keravi eran confusas y difíciles de interpretar. Andrew la miraba preocupado al ver la palidez de sus mejillas.

—Estás enfermando a causa de esto —observó con desaprobación.

—Si al menos tuviera alguna noticia —susurró ella con los dedos entrelazados.

Él la miró con un gesto triste, luego se dio la vuelta y salió. Diez minutos después volvió y le dijo en voz baja:

—Investigué algo. Las últimas noticias dicen que la rebelión está sofocada. El Sheik está ocupado persiguiendo a los disidentes, pero muy pronto volverán a abrir el aeropuerto, de modo que pronto tendremos noticias más detalladas.

Ella se relajó con un profundo suspiro. Andrew la observó y luego volvió a salir del cuarto sin una sola palabra más.

Dos noches después, la imagen de Nick apareció en la televisión y ella se acercó para escuchar mejor, los ojos radiantes de amor. Nick se dirigía al público con esa voz tersa y rápida explicando el fallido intento de los rebeldes, pero casi no pudo oír nada de lo que decía; tenía la mente demasiado absorta en cada detalle de su persona. Tras la piel morena podía distinguir una leve palidez, y una ligera mueca amarga apenas dibujada en la boca cálida y sensual.

Cuando terminó el informe y la cara desapareció de la pantalla, ella respiró con dificultad, y trató de controlar el temblor que se apoderó de todo su cuerpo. El alivio físico era increíble.

Cuando sonó el teléfono, se acercó con lentitud, y se obligó a cogerlo.

—¿Claire?

Reconoció la voz de Andrew y empezó a balbucear.

—¿Lo viste?

—Sí —asintió Andrew después de un momento de silencio—. Llamé para preguntarte si viste las noticias. Ves, no hay mal que por bien no venga.

—Así es —jadeó ella.

—Buenas noches, Claire.

Durante unos cuantos minutos pensó que oyó mal, pero el teléfono empezó a comunicar, señal de que él había colgado.

La voz de Andrew fue extraña, de eso no había duda. Frunció el ceño y pensó que tal vez después de todo hubiera sido mejor renunciar cuando volvieron.

Ese viernes, justo cuando estaba a punto de terminar su trabajo, él entró en la oficina y la miró pensativo.

—Me parece que necesitas un descanso. ¿Por qué no te vas unos días a visitar a tu familia? Un poco de aire fresco tal vez te haga recobrar el color. Tómate unos cuantos días, yo me las arreglaré.

—Gracias, me encantaría —aceptó con una sonrisa agradecida —. ¿Crees que de verdad puedes prescindir de mis servicios?

—Sólo por unos días, Claire —murmuró con sequedad.

A ella no le gustó mucho el tono con el que pronunció esas palabras. Miró al suelo y comentó:

—Entonces, te lo agradezco, creo que voy a tomarte la palabra.

Su padre se quedó sorprendido al verla, ya que no tuvo tiempo de avisarle que iba a ir.

Después de abrazarla, ella se sentó en la cocina, con una taza de café en la mano y le contó todo lo ocurrido.

Su padre la escuchó con ojos curiosos, mientras le relataba toda la aventura.

—Pobre Nick —se lamentó cuando ella terminó.

—¿Pobre Nick? —inquirió temblorosa—. A él le fascina todo eso, el peligro, correr riesgos, para él es toda su vida.

Su padre la miró, rascándose pensativo la barbilla.

—Debió ponerse como un loco cuando se dio cuenta en lo que estabas metida —dijo en voz suave—. Corriste un gran peligro, Claire. Podían haberte matado.

Ella desechó ese pensamiento. En ningún momento durante esas horas terribles se imaginó que Nick pudiera estar también preocupado por ella.

—Nick se las arregló para que yo saliera ilesa —explotó furiosa—. No veía la hora de colocarme en ese barco para que me fuera.

—Ya me lo imagino —comentó su padre con ironía—, y te repito, pobre Nick.

—Él decidió quedarse allí, a pesar de que estaba herido —comentó Claire con amargura.

—Es su trabajo. ¿No puedes entender eso, querida? Nick se entrega por completo a su profesión. Algunos hombres necesitan arriesgarse de esa forma, sólo Dios sabe por qué. Le pides un imposible si le exiges que cambie.

—¡Tú siempre te pones de su parte!

—No se trata de tomar partido —aseguró el anciano—. Yo te quiero mucho, linda, y me duele ver que desperdicias la oportunidad de ser feliz.

—Tú le has visto varias veces y no me lo has dicho —exclamó de repente—. Él me dijo que estuvo aquí, que le permitiste leer mis cartas… ¿por qué hiciste eso? Tú sabías muy bien cómo me sentía yo.

—Me dio lástima —la miró él con tristeza e hizo una mueca—. Yo esperé muchos años a tu madre, Claire, y sé muy bien lo que se siente.

—Lo lamento —dijo ella y le dio un beso—. Sé que tenías las mejores intenciones, pero me gustaría…

—¿Qué, Claire?

—No haberle conocido nunca —agregó con desesperación, y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Luego dio un salto y corrió a su cuarto para echarse a llorar.

Nada había cambiado. Nick seguía metido más que nunca en su trabajo, arriesgaba su vida sin cesar, y no tenía intención de cambiar ni ahora ni nunca. Ella también seguía igual. Todavía temblaba al pensar lo que le podía suceder, no podría dormir o relajarse porque le aterraba escuchar las noticias que podían llegar. Lo que sucedió en Keravi era exactamente lo que se podía esperar que ocurriera si volvía a verle. A pesar del año transcurrido seguían deseándose, de modo que ¿por qué iba a pensar que esa reacción básica y fundamental que se desataba en ellos significara nada?

Golpeó con fuerza las almohadas y pensó: «Le odio», luego se rió histérica. Recordó lo que le dijo Andrew: sigue actuando así y acabarás por volverte loca. ¿Se estaría volviendo loca?, pensó con

amargura.

Andrew tenía razón. No podía seguir indefinidamente así. El deseo que le inspiraba Nick le hacía perder la cordura. Él se rió cuando ella le dijo que no se acercó a ningún hombre durante el año que estuvieron separados, pero no era nada chistoso. Él le enseñó mucho durante la breve duración de su matrimonio y las necesidades que ahora conocía parecían carcomerle las entrañas.

Se sentó sobre la cama con una expresión sombría.

¿Qué demonios podía hacer para solucionar el problema?

Capítulo 9

Al volver a Londres se dio cuenta que su problema seguía sin resolver. Pasó noches enteras sin dormir dándole vueltas al asunto, pero sin llegar a ninguna conclusión. Su padrastro, consciente de cómo se sentía, la dejó en libertad para que diera largos paseos por la playa o errar por los campos, sola, tratando de evaluar las alternativas que existían, sin poder decidir qué hacer.

Cuando entró en la oficina Andrew le dedicó una mirada inquisitiva y sonrió satisfecho.

—Estás un poco mejor —le dijo y cosa extraña, ella también se sentía mejor.

Más tarde se miró en el espejo del tocador y se dio cuenta que los largos paseos por el campo le habían devuelto el color a su rostro y eso ocultaba la tensión de sus ojos.

Se lanzó con ahínco al trabajo con un impulso incontrolable de olvidar todo lo demás. Andrew tenía que salir a visitar varios hoteles del país, y sugirió que ella le acompañara. Después de pensarlo un poco accedió con mirada pensativa.

La semana que pasaron viajando de un lado a otro, de hotel en hotel, fue todo lo contrario a la visita que hicieron a Keravi. El tiempo era horrible. La lluvia caía a torrentes, anegando el cristal del coche y oscureciendo la carretera. Hacía mucho frío y Claire sentía alivio cada vez que llegaban a los hoteles. Una noche Andrew vio que se estremecía mientras se calentaban junto a la chimenea y le hizo una mueca.

—¡Qué tiempo tan horrible! —murmuró—. Me arrepiento de haberte invitado a venir. Si lo hubiera sabido te habría dejado en Londres.

—Estoy bien, no te preocupes. No podrías habértelas arreglado sin la ayuda de una secretaria.

—Tú eres la mejor secretaria que he tenido nunca —el comentario le pilló por sorpresa, no porque no supiera que él apreciaba su capacidad, sino porque era raro que él exteriorizara sus sentimientos. Andrew le pagaba bien y parecía creer que eso era suficiente reconocimiento.

Ella sonrió.

—Gracias. Tú eres un buen jefe —eso era verdad. Era de lo más justo, y generoso. Había trabajado con otros hombres que no eran

tan amables.

—Parece que pertenecemos a una sociedad de admiración mutua —murmuró él con una sonrisa—. Ya hemos terminado el trabajo, podríamos regresar a Londres mañana a primera hora. Iba a visitar un lugar más, pero creo que se puede posponer, ya que no es urgente. Además, ya estoy aburrido de esta lluvia.

Claire se sintió aliviada. Bajo la lluvia, Londres era un sitio acogedor… el pesado y frío ambiente de esos pueblos que recorrieron parecía estar ausente en la capital, tal vez porque ella la consideraba su hogar, tal vez porque aún en pleno invierno, Londres siempre parecía estar lleno de vida. Había algo deprimente en el cielo gris que les rodeaba cuando regresaron, las filas de casitas oscuras, la sensación cortante del aire, intensificado por el azote de la lluvia interminable.

—Te dejaré en tu casa —dijo Andrew—. ¿Tienes algo especial que hacer esta noche? Podríamos hacer algo divertido después de tantos días aburridos. ¿Quieres ir a cenar a un buen restaurante?

Ella se quedó sorprendida. En realidad era la primera vez que de forma seria la invitaba a salir, y por un momento estuvo tentada de rechazar la invitación con cortesía, pero con la suficiente firmeza para asegurarse de que nunca más volviera a repetirse.

Luego pensó en el piso solitario y frío, y la interminable corriente de pensamientos fijados en Nick, y dijo con rapidez:

—Gracias, me gustaría mucho.

Él la miró con un gesto que denotó que esperaba que se hubiera negado.

—Muy bien —dijo antes de que ella tuviera tiempo de reconsiderarlo—. Vendré por ti a las siete.

Cuando la dejó, ella empezó a dudar si había hecho bien. Lo último que desearía sería verse en un callejón sin salida con Andrew… sabía muy bien que nunca querría a otro hombre como a Nick. Sin embargo, ya estaba hecho, no podía hacer nada.

Se puso un vestido muy sencillo y elegante y se miró al espejo con satisfacción.

Cuando Andrew la recogió le dirigió una larga mirada, con una sonrisa irónica dibujada en los labios.

—Casi se puede leer la etiqueta —dijo divertido.

—¿La etiqueta? —preguntó sorprendida. Era cierto que el vestido parecía ser caro, pero como todo el resto de su guardarropa se lo había comprado en unas rebajas que hubo en una boutique de Chelsea.

—Parece decir «No tocar» —comentó él con burla, y ella se rió.

—Recuerda que soy una mujer casada —señaló, contenta ahora que podía hablar con libertad acerca de ello.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó él alzando las cejas.

Ella sintió que la rigidez se apoderaba de sus facciones. Era una pregunta que se había hecho a sí misma innumerables veces durante los últimos días, pero no tenía ganas de discutirlo con él.

—¿Dónde vamos a cenar? —inquirió.

—Tienes un don para evadir respuestas que es sorprendente —replicó él—. Muy bien, no hablaremos de tu matrimonio. Vamos a cenar a Pellerino… reservé una mesa a las ocho, de modo que tenemos tiempo para tomar una copa antes. A las diez dan un espectáculo que dicen que es bastante bueno.

Cuando entraron a Pellerino ya estaba casi lleno. Mientras bebían la copa, estudiaron el menú y discutieron los platos que ofrecían. Andrew nunca estaba dispuesto a escoger lo que iba a comer guiándose sólo por el apetito, sino que le gustaba evaluar los puntos fuertes y débiles de los demás hoteles y restaurantes, saber cuál era la especialidad de cada uno. Ahora fruncía el ceño y se mordía el labio, descartando varias alternativas, antes de decidir qué plato escoger.

Claire lo observó divertida, y le permitió que decidiera él, ya que sabía que tratar de rehusarse sería ponerle de mal humor. Él miró la decoración y murmuró:

—No está mal, aunque para mi gusto los colores son demasiado brillantes.

¿No se cansaba nunca de trabajar?, se preguntó ella con ojos sonrientes.

En ese momento él la miró y le preguntó de inmediato:

—¿De qué te ríes?

—De nada —respondió, de nada que a él le parecería chistoso, de todas formas. Andrew no tenía mucho sentido del humor cuando se trataba de su trabajo. El rápido ascenso que tuvo en el mundo de los negocios estuvo impulsado por esa constante y absoluta dedicación a su labor.

—Dímelo —insistió, acariciándole la mejilla y acercándose demasiado.

En ese instante ella fue consciente de un movimiento tras ellos y volvió la cabeza. Su mirada se topó con los fríos ojos de Nick y una ola de color cubrió toda su faz. Los labios le temblaron y el corazón le latió con violencia.

Andrew también se volvió, la mano todavía en su mejilla. Ella sintió que los dedos se tornaban rígidos al ver primero a Nick y

luego a Felipa que estaba a su lado.

Hubo un breve silencio que a Claire le pareció lleno de violencia y luego Andrew se puso de pie y dijo:

—¡Imagínense, encontrarnos aquí!

—¡Imagínate! —mascullό Nick y los ojos azules se llenaron de hostilidad.

—Veo que salieron ilesos —continuó Andrew, sin detenerse ante el tono hosco de Nick.

—Así es… —empezó Nick sin ceder y su tono fue helado, igual que su mirada. Miró a Claire y ella se estremeció.

—Estábamos muy preocupados por ustedes —exclamó Andrew con entusiasmo.

—No lo dudo —murmuró Nick, quien parecía decir todo lo contrario. Sin embargo de nuevo clavó los ojos en Claire. Ella se quedó rígida como una estatua, sintiendo la amarga añoranza de todos esos últimos días, odiando y adorando al mismo tiempo, consciente del acelerado ritmo de los latidos de su corazón.

—Les invito a una copa —ofreció Andrew, incluyendo a Felipa en la mirada—. ¿Sólo están ustedes dos esta noche? —preguntó con cierta dureza en la voz.

Felipa se sentó junto a Claire y la miró. Llevaba pantalones como siempre, pero eran de terciopelo negro y se ajustaban a su esbelto cuerpo. La blusa era de seda blanca, sujeta con un cordón a la cadera. Estaba muy atractiva, pensó Claire.

—¿Cuánto tiempo hace que volvisteis a Inglaterra? —preguntó.

—Llegamos esta mañana —informó Felipa.

—Supongo que os alegraría dejar Keravi —comentó Claire, jugueteando con los palitos de queso y los cacahuetes que ocupaban el centro de la mesa.

—No se puede decir que lo lamentáramos demasiado —respondió Felipa con una sonrisa.

—¿Se pusieron difíciles las cosas? —inquirió Claire en voz muy baja.

—No estuvieron peor que de costumbre —se encogió de hombros y estudió a Claire—. Uno se acostumbra a esas situaciones, ¿sabes? No es la primera vez que nos ocurre.

—Lo sé —accedió Claire y tragó saliva. Para ellos formaba parte de su trabajo. Se sintió profundamente deprimida y sintió deseos de odiar a Felipa. Estaba con Nick, era obvio que se veían después del trabajo a menudo. La intimidad que existía entre ellos iba más allá de la rutina diaria. Nick le había dicho que no hubo nadie más tras su separación, pero si ella se divorciaba de él ahora, ¿cuánto tiempo

tardaría Felipa en ocupar su lugar?

Ella era el tipo de mujer adecuada para Nick… inteligente, valiente, profesional…

Llegaron las copas y Andrew alzó la suya, con un gesto irónico.

—Vamos a brindar… por el fin de una aventura.

—Todos nos quedamos muy impresionados de la forma en que sacaste a Nick y a Claire de esa habitación —dijo Felipa.

—Me divertí mucho —comentó él.

—Es obvio que naciste para esa clase de vida —murmuró Felipa —, debiste entrar al ejército.

Él se rió.

—Me gusta mi trabajo actual. Lo hago bastante bien y eso ya es tener la mitad de la batalla ganada.

Era verdad. A Andrew le gustaba organizar, le gustaba estar a la cabeza de todo. No era el tipo de persona para estar sentado sin hacer nada mientras hubiera algo que hacer.

Claire notó los ojos de Nick que la recorrían. Evitó su mirada y se concentró en Felipa quien mantenía la conversación describiendo los eventos que siguieron a la huida de Keravi, quitándole importancia al asunto para no preocuparla y recalcando ciertos incidentes divertidos que les ocurrieron.

—¿Están todos bien? —preguntó Claire.

—Gracias a Dios, no nos pasó nada, sabemos protegernos muy bien.

—Sí —murmuró Claire, bajando la vista.

El camarero apareció y anunció que la mesa estaba lista. Andrew miró a Nick y luego a Felipa.

—¿Les gustaría acompañarnos? —preguntó con brusquedad y miró a Felipa esperando la respuesta.

Luego miró a Nick, quien dijo:

—¿Por qué no? —respondió con frialdad mirando a Claire.

Sus ojos se encontraron y ella sintió que un dolor le atravesaba, bajó la vista, temerosa de revelar demasiado. Esperó atontada la respuesta, deseando su compañía al menos durante unas cuantas horas.

Andrew insistió que esperarían hasta que Nick y Felipa pidieron la cena y les propuso tomar otra copa mientras esperaban.

Felipa continuó tratando de mantener la conversación mientras tomaban un aperitivo, pero la tensión del ambiente se sentía siempre que ella dejaba de hablar.

De repente Andrew empezó a hablar de la semana que acababan de pasar visitando hoteles y a describir muy gráficamente lo que no

le había gustado.

—Primero, había cucarachas en la cocina —dijo con cara de asco—, lo único que falta es que algún huésped se de cuenta… vamos a tener que contratar decoradores y arreglar todo el lugar.

—¿Os divertisteis en el viaje? —le preguntó Nick a Claire con un tono desagradable.

Era la primera vez que le hablaba directamente y empezó a responder con los ojos muy abiertos, llena de una emoción incontrolable.

—Yo… —empezó y luego se horrorizó al ver que la voz parecía congelarse, las palabras se rehusaban a salir, y una lenta ola de color cubrió su piel.

Vio que los ojos de Nick se volvían más amargos y supo que él tomó su reacción como una confesión de culpa.

—Tal vez les gustaría venir algún día a visitarnos al estudio —exclamó Felipa al tiempo que bebía un poco de vino.

—Nos encantaría —saltó Andrew con un destello en los ojos café —. ¿Verdad, Claire?

Claire deseó con toda el alma no haber aceptado esa invitación a cenar. Fue un error catastrófico.

El camarero recogió los platos y empezó a servir los siguientes. Felipa bebió más vino, luego con alegría, en un tono un poco exagerado, empezó a hablar acerca de política. Claire sabía muy bien que era para picar a Andrew, y que le retaba con los ojos.

Andrew bajó la cabeza como si fuera a embestir y cinco minutos después estaban sumergidos en una discusión, las caras ofuscadas y serias. El silencio entre los otros dos ya no tenía importancia. Claire bebió un poco de vino y jugueteó con la comida, agradecida a Felipa.

Se sorprendió al darse cuenta que la furiosa batalla entre Andrew y Felipa había cambiado. Andrew se reía, los ojos le brillaban y Felipa le devolvía la sonrisa con naturalidad. Había perdido el hilo de la conversación mucho antes, pero ahora empezó a escuchar de nuevo y descubrió que hablaban de nuevo de Keravi y se reían acerca de un incidente que ocurrió la mañana en que Felipa rescató a Andrew de su habitación.

—De todas maneras —dijo Andrew— te debo la vida.

—Tonterías —recalcó Felipa—. Tienes demasiado sentido común para permitir que te maten así como así.

—Tal vez —asintió él—, pero a lo mejor hubiera sido demasiado tarde. Gracias de todas formas.

Estaban tomando el café cuando empezó la actuación. El trío de

jazz que ejecutó el primer número de la noche era muy bueno y valía la pena oírlo, aunque Claire deseó que hicieran menos ruido, ya que le empezaba a doler mucho la cabeza. Andrew empujó hacia atrás su silla, reclinándose, y acercó el hombro al de ella. Ella miró de reojo a Nick y vio que les observaba, con ese gesto amargo en los labios. Los ojos azules le lanzaron una daga helada. De repente ella sintió que no podía soportar su cercanía un segundo más.

Se inclinó y le susurró a Andrew al oído:

—Lo siento mucho, pero tengo un dolor de cabeza horrible. ¿Te importa si me voy? Tomaré un taxi.

—Yo te llevaré —dijo él decepcionado.

Antes que pudiera moverse, Nick se puso de pie, y la cogió de la muñeca.

—La llevaré yo —anunció—, tengo que acostarme temprano de todas maneras. ¿Me harás el favor de llevar a Pippa a casa?

—Encantado —dijo y se dejó hundir en la silla—. Tómate el día libre mañana, Claire. Debes estar cansada de tanto viajar esta semana.

—Encantada de haberte visto de nuevo —sonrió Felipa—. Espero que nos volvamos a ver muy pronto.

Estaba pálida y temblorosa y se sentía enferma, pero logró esbozar una sonrisa cortés hacia ambos.

—Mi coche está en la esquina —dijo Nick al salir a la calle. Había dejado de llover y el aire era fresco. Los faroles de la calle brillaban y se reflejaban sobre el pavimento mojado.

Nick abrió la puerta y ella se sentó mientras él daba la vuelta para sentarse al volante. No habían pronunciado palabra desde que dejaron a los otros. Claire se preguntó si él tendría intenciones de mantener ese helado silencio hasta dejarla en casa, y trató con desesperación de pensar en algo que decirle, pero no encontró qué.

Él agarró el volante, y miró al frente. Ella le observó con nerviosismo, y deseó adivinar lo que pasaba por su mente.

—M… mi dirección es… —empezó, pero él la interrumpió con brusquedad.

—Ya lo sé.

Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo y se rodeó con los brazos, maldiciendo el momento en que decidió no llevar abrigo.

Nick la miró y dejó escapar un sonido irritado.

—Estás helada —exclamó, luego se inclinó hacia la parte trasera del coche, cogió un abrigo de antílope y se lo echó por encima.

—¿Y tú?

—No tengo frío. ¿Cuánto te duele la cabeza? —preguntó.

—Era por la música —balbuceó ella con nerviosismo.

—¿Te duele todavía? —preguntó con irritación.

—No —admitió, sabiendo que lo único que realmente quería era alejarse de esa atmósfera cargada que había alrededor de la mesa.

—Tenemos que hablar, Claire. ¿Prefieres que sea en tu piso o en el mío?

Al no obtener respuesta, Nick volvió la cabeza, y sus ojos lanzaron destellos.

—Puedes protestar todo lo que quieras, Claire —masculló—, pero esta vez te llevaré a un sitio donde ese maldito Andrew no pueda interrumpirnos y vamos a aclarar las cosas de una buena vez.

Capítulo 10

Circularon en dirección al río.

—¿Todavía tienes frío? —le preguntó Nick.

—No —respondió ella, acurrucándose aún más en el abrigo, como si estuviera dentro de unos brazos que le ofrecían seguridad.

Él torció por una pequeña calle de Chelsea, y se detuvo frente a un edificio alto y angosto. Ella lo miró y preguntó:

—¿Aquí vives?

—Sí —asintió.

Ella se puso tensa, temerosa de lo que pudiera hacer una vez que estuvieran solos.

—¿No podríamos hablar aquí?

—¡No, claro que no! —estalló él. Salió del coche y dio la vuelta para abrirle la puerta tirando de ella sin ninguna gentileza.

—¡Deja de empujarme! —gritó ella furiosa.

—Pues no me hagas enfadar —dijo sin soltarla.

—¡Déjame! —exclamó ella con rebelión y le lanzó una mirada febril—. Pareces olvidar, Nick, que ya no tienes derechos sobre mí —ninguno, pensó desde el momento en que se negó a volver a Inglaterra con ella.

—Tú obedece —ordenó él y la empujó delante de él por las escaleras que conducían a la puerta. La mantuvo sujeta del brazo mientras encontraba la llave y la condujo por el estrecho pasillo hasta llegar al primer piso. La hizo entrar y luego cerró de un portazo. Ella se quedó quieta mientras él encendía la luz.

Nick abrió otra puerta, apretó el interruptor y le quitó el abrigo como si fuera una niña caprichosa.

—Voy a encender la chimenea eléctrica —dijo.

Claire miró a su alrededor con curiosidad. Tenía la misma apariencia ordenada y vacía del apartamento anterior. Era una concha, no un hogar.

—Siéntate —ordenó.

Ella obedeció con renuencia, hundiéndose en un sillón cerca del fuego. Dejó que la vista siguiera recorriendo la habitación. Había una serie de libros en una estantería, un solo cuadro sobre la chimenea… lo miró sorprendida al reconocer la costa de Suffolk, el mar gris y vacío, las gaviotas como puntitos en el cielo, y el viento que azotaba la vegetación. La mirada de Nick siguió la de ella y

preguntó:

—¿Te gusta?

—Sí —afirmó—. ¿Cuándo lo compraste?

—La última vez que fui a visitar a tu padre. Le acompañé a Ipswich a ver a tu tía y lo vi en una galería, de modo que no lo pude resistir.

Claire pensó que ésa era la única cosa personal que había en la habitación y se sintió extrañamente conmovida. «Debo estar loca», se dijo con amargura. En el apartamento anterior no había nada que no pudiera desaparecer sin que él se diera cuenta. No tenía cosas personales, era un hombre que se iba a cada rato y no dejaba nada atrás. Era tan libre como esas gaviotas… un hombre errante que algún día no volvería jamás.

—¿Te apetece una taza de café? —preguntó él de repente.

—Gracias —aceptó ella.

—Ven a ver la cocina —invitó él sin moverse todavía.

Ella se puso de pie con lentitud, pensando que quería que le acompañara por si acaso se le ocurría huir mientras él preparaba el café.

La cocina estaba ordenada y era tan común y corriente como la sala. Nick llenó la cafetera, y ella lo observó, preguntándose cómo podía aguantar ese tipo de vida. El apartamento de ella, aún después de ese corto año, estaba marcado con su personalidad. Tenía flores por doquier, unas cuantas litografías de sus cuadros favoritos, una pila de discos y un tocadiscos de segunda mano que compró en un bazar en un momento de locura. El piso de él no tenía huella de su presencia, excepto ese cuadro de Suffolk.

Llevaron el café a la sala. Claire iba a sentarse de nuevo en el sillón de antes, pero él la detuvo.

—No, ahí no —masculló.

—Estate quieto, Nick —estalló ella.

—Siéntate —ordenó, y la empujó hacia el sofá.

Ella se dejó caer manteniendo cierta distancia entre ellos. Se inclinó y sirvió el café, le puso azúcar al de él y se lo entregó.

Él lo dejó sobre la mesa y se cruzó de brazos.

—Vamos a ir en orden —sugirió—. ¿Cuál es la verdadera situación entre tú y Andrew?

—Ya discutimos eso —replicó ella, mirando la taza de café.

—Eso fue antes de que arriesgara su vida para sacarte sana y salva de Keravi.

—Andrew es muy valiente, además de tener un gran sentido de la responsabilidad —comentó ella.

—Repíteme que no le gustas —se rió con frialdad.

—No tengo ni idea de eso —admitió ella con franqueza. Hubo una época en que estaba segura de que no sentía ningún interés por ella, pero ahora no estaba tan segura de ello. Era un hombre difícil de entender.

—Está bien —recalcó Nick apretando los labios—, vamos a seguir otro camino. ¿Te ha besado?

Ella se ruborizó y volvió la cara.

—Ya veo —saltó Nick, furioso, a pesar de que trataba de ocultarlo.

—No trates de sacar conclusiones de eso —dijo ella—. Andrew sale con muchas mujeres. Yo llevo un año trabajando con él, le visitan con frecuencia, pero ninguna le importa demasiado. Algunas de ellas me lanzaban miradas celosas, pero nunca ha habido nada entre él y yo.

—¿Hasta ahora?

Esa pregunta no tenía respuesta. No lo sabía, aunque el comportamiento de Andrew últimamente le sorprendía bastante. Suspiró y dijo:

—Aunque así fuera, eso no tiene nada que ver con nosotros.

—¿No? —preguntó Nick.

—No —insistió—. Nuestro matrimonio nos concierne sólo a ti y a mí y tú quieres mantener la libertad de abandonarme cuando te de la gana…

—Antes de llegar a discutir nuestra situación, quiero saber con claridad qué sientes hacia tu jefe —explotó él.

—Ya te lo he dicho mucha veces… me cae bien, eso es todo.

—Y sin embargo, cuando arriesgó su vida por ti, palideciste y temblabas como una hoja.

—Odio la violencia y soy muy cobarde. Hubiera actuado igual si hubiera sido Wazi o Felipa los que estuvieran allí con un rifle en la mano. Hubiera sentido el mismo temor por ellos y me hubiera sentido igual de culpable si arriesgaran su vida por mí.

—¿Eso es todo? —preguntó él estudiando sus facciones.

—Eso es absolutamente todo.

—¿Y cuando estábamos en la playa? Me rechazaste, pero cuando miré hacia atrás, te vi en sus brazos.

—Sí es cierto —dijo y recordó la agonía de ese momento como si fuera ayer. Se puso pálida al pensarlo—. Acababa de despedirme de ti, y pensé que podía ser para siempre.

—Pero no me dejaste besarte —dijo él amargamente.

—Ya lo sé, por eso lloraba. Deseaba hacerlo, pero estaba

enfadada y dolida… cuando te fuiste, creí que me moría.

—¡Vaya! —su tono fue violento—. ¡Dios de mi vida! Todavía no sé cómo pude irme. Cuando me volví y te vi en sus brazos, sentí ganas de pegarle un tiro con ese maldito rifle.

Ella dejó escapar una risa histérica.

—¡Qué desagradecido eres, Nick!

—¿Esperabas que le estuviera agradecido? —exclamó sin ninguna diversión—. ¿Por arrebatarte de mi lado frente a mis narices? ¡Odio a ese desgraciado!

—Él nos sacó de allí… —empezó ella.

—Está enamorado de ti. Tú pretendes no darte cuenta, pero tal vez no has notado la manera en que te mira. Él te desea, Claire.

—Si así es, nunca ha dicho nada para que yo me de cuenta —le aseguró ella, aunque no era del todo verdad. Andrew le había hecho ligeras insinuaciones, pero nunca con mucha insistencia, y ella no estaba segura si lo hacía sólo por flirtear como hacía con todas las demás.

—Hoy te estaba acariciando cuando nosotros llegamos —musitó él.

—Era una simple caricia —se ruborizó ella—, no significaba nada.

—Significaba esto —dijo cogiéndole la barbilla—. Sentí ganas de retorcerle el pescuezo y borrarle esa maldita sonrisa de la cara…

El toque de sus dedos le produjo un intenso calor. Le miró desamparada, fijando la mirada sobre su boca.

Siguió un silencio y Nick se inclinó hacia ella, quien de forma instintiva se acercó más, los ojos fijos en sus labios. Él masculló algo y de repente la soltó.

—Esa es la salida fácil —balbuceó con voz quebrada—. Los dos sabemos que nos atraemos, pero tenemos muchas cosas que aclarar antes, Claire. ¿Qué va a ser de nuestro matrimonio?

—Nada ha cambiado —dijo ella dolida—. Tú no tienes intenciones de ceder, pero esperas que yo sí lo haga.

—Maldita seas —gritó—, no tengo ganas de arrastrarme, Claire.

«No —pensó ella—, no cederías un ápice, pero quieres que yo me rinda».

—Si me amaras, no querrías que pasase ese infierno que sufro cada vez que te vas. Me pides demasiado, Nick. Ódiame si quieres, pero sé que me mataría después de poco tiempo.

—Ni siquiera lo has intentado —dijo él dándole la espalda.

Ella sintió una extraña debilidad. ¿Sería posible que él sufriera también y no quería que ella lo notara? Poco a poco se levantó y

vio que él se ponía tenso.

—No te vayas, Claire —le imploró.

La voz sonó desconocida, temblorosa. Ella miró su cara pálida, los ojos azules húmedos.

—¡Nick! —gimió y un segundo después estaba en sus brazos, y él la estrechó con fuerza.

—Te adoro —exclamó él—, no me dejes.

Ella le rodeó la cintura, le acarició la espalda, intentando tranquilizarlo.

—No lo haré —le prometió—, te juro que no lo haré.

Había resistido hasta entonces, pero ya no pudo más. Era la primera vez que le veía implorarle, y eso no podía soportarlo.

Nick dejó escapar un profundo suspiro, ella le miró. Él se ofuscó y sonrió.

—Estoy loco por ti, Claire —parecía una confesión, una admisión involuntaria—, lo estuve siempre, desde el primer día… este año ha sido un infierno para mí.

—También yo te quiero. Supongo que siempre supe que tendría que aceptarte como eres, sin importar todo lo que me pudiera doler.

—No va a ser tan malo como antes —le prometió con rapidez—. Este nuevo trabajo es diferente. No puedo asegurar que no habrá ocasiones en que me envíen a lugares peligrosos, pero la mayor parte del tiempo estaré en Inglaterra.

Claire se sintió aliviada, y recorrió la oscura cabellera con los dedos, aunque sabía que lo aceptaría de todas maneras. Nick la había derrotado de una forma sutil, permitiendo que ella le ganara a él, sabiendo que ella jamás podría aceptar una victoria de esa especie.

Él la llevó al sofá, soltó la larga cabellera con dedos acariciantes, y enterró las manos en el pelo.

—Compraremos una casa —dijo—. Me gustaría que estuviera cerca de Londres, podríamos buscar una a mitad del camino entre la ciudad y Suffolk, y los fines de semana podríamos visitar a tu padre.

—Eso sería maravilloso —dijo casi sin escuchar.

Nick le acarició la mejilla y la calidez de sus dedos fue como un bálsamo tranquilizador.

—Te voy a hacer feliz —ofreció él con vehemencia.

—Hazme feliz ahora —susurró ella.

—Con todo gusto —suspiró él, luego la cogió en brazos y la llevó a la habitación.

Él deslizó los labios con avidez sobre los hombros desnudos de Claire y la acercó aún más.

—Amor mío —murmuró—, Claire, mi adorada Claire…

El recuerdo de la noche de bodas vino a su mente; la nerviosa excitación de ella y la experiencia y calma de Nick. Él la amaba, pero había un mundo de diferencia entre aquella noche y ésta… esta noche ella sabía que estaba dispuesto a ofrecerle cualquier cosa. Antes de que se casaran, él siempre fue el dueño de la situación, era él quien establecía las reglas. Ella estaba demasiado loca por él para poner en duda cualquiera de sus decisiones. Pensó en cómo aceptó la idea de él de posponer el tener hijos durante algunos años. En aquel momento sólo deseaba estar a solas con él… ahora se preguntaba si tal vez debió tener un niño, después de todo. Eso hubiera simplificado mucho las cosas.

Nick la miró consciente de que algo la mantenía alejada de él. Frunció el ceño y preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada en especial, querido mío… sólo que…

—¿Qué…? —preguntó con ansiedad.

—Quiero un hijo —observó la mirada sonriente—, ya sé que acordamos no tener familia enseguida, pero quiero tener un hijo tuyo y no deseo esperar mucho.

—Lo primero es lo primero, amor mío —bromeó él después tras un breve silencio—. No tenemos prisa para llegar a una decisión así, ¿o sí?

—Pero sí quieres tener un hijo, ¿verdad?

—Sí, quiero tener un hijo contigo —aceptó con seriedad—. Creo que me encantaría tener un hogar, un niño que corriera al verme llegar…

—Imagínate, tener nuestra propia casa, nuestra familia —dijo ella emocionada.

—En este momento tengo otras cosas en mente y no quiero que pienses en nada más que en mí —dijo él con urgencia.

El acelerado martilleo de su corazón se hizo aún más fuerte. Recorrió con manos temblorosas la espalda de su marido y respondió completamente a las lentas caricias de él. El deseo parecía acelerarse en los dos a un ritmo que le hacía enloquecer. Nick la tumbó en la cama, recorriendo la suave piel con los labios, murmurando palabras cariñosas.

El ruido del teléfono les sobresaltó y se quedaron inmóviles. Nick lanzó una maldición mientras el aparato seguía sonando.

—Tendrás que contestar —dijo ella al fin.

—Malditos sean, no pienso hacerlo.

—Podría ser urgente —insistió ella, al recordar las llamadas de

antaño que les separaron ya una vez.

—Que busquen a otro —mascullóél, el cuerpo tenso.

El teléfono dejó de sonar y el silencio pareció igual de penetrante que el ruido. Nick se quedó inmóvil un segundo, luego soltó una carcajada irónica.

—Todavía vas a lograr que acabe sentado tras un escritorio.

—¿Nick? —exclamó ella, alarmada por el tono de la voz. ¿Estaba enfadado, a pesar de que fue él quien decidió ignorar la llamada telefónica?

—Cállate —respondió—, te deseo con urgencia y nada en el mundo va a impedir que seas mía esta noche.

Nick dormía profundamente cuando ella se despertó a la mañana siguiente. Se deslizó fuera de la cama, sin hacer ruido, se vistió calladamente en el minúsculo cuarto de baño y entró a la cocina para preparar un poco de café. Al examinar el contenido de la cocina hizo una mueca. Casi no había nada para comer. ¿De qué vivía? Oyó un movimiento en la habitación y le llevó una taza de café.

Lo besó con despreocupación, y sintió que el corazón de él latía con rapidez.

—Tendré que ir de compras esta mañana —dijo—, no hay nada de comer en la cocina.

—¿Quién quiere comer? —preguntó él, y la sostuvo con una mano mientras se bebía el café—. Se me ocurren ocupaciones mucho más interesantes.

—Hablando de ocupaciones —comentó ella con lentitud—, respecto a mi trabajo…

—Quiero que renuncies a partir de este momento —contestó con un gesto duro.

—Eso no sería justo para Andrew, Nick —protestó ella.

—¡Al diablo con Andrew! No voy a permitir que trabajes para él un día más. Puede encontrar alguien que te reemplace.

—¡No será tan fácil!

—Mira mis ojos llenos de lágrimas —saltó Nick y la miró con un destello de furia—. ¡Quiero que me prometas que no volverás a la oficina!

Ella suspiró, y lo miró con ironía. Esperaba que dejara su trabajo sin siquiera dar aviso, pero él se negaba a cambiar el suyo. Su mirada era fría, pero ella sabía que bajo esa feroz determinación existía una ansiedad que trataba de ocultar.

—Bueno, si insistes —capituló. Recordó la noche anterior cuando ignoró el teléfono y decidió que ninguna victoria es

ilimitada. Ambos tenían que llegar a un acuerdo. El matrimonio era una constante lección donde uno debía aprender a ceder. Lo importante era la necesidad básica del uno por el otro, y ya no tenía la menor duda de que Nick la necesitaba tanto como ella a él.

—Iremos de compras juntos —sugirió él sonriente—. Puedes traer tus cosas esta tarde. Yo arreglaré las cuentas con tu casero, y este fin de semana empezaremos a buscar casa, ¿te parece bien?

—Sí, mi amor —dijo ella. La besó y entró al cuarto de baño. Mientras oía correr el agua, ella se puso a hacer la lista de la compra. Había cierta extraña dulzura en empezar a construir una vida con él. Miró el cuarto ordenado y vacío. Ella lo convertiría en un hogar hasta que encontraran una casa que les gustara.

El timbre de la puerta sonó y ella fue a abrir con desgana. Se quedó perpleja al ver a Andrew y a Felipa, la mirada de la joven iluminada y divertida.

—Hola. ¿Se permiten visitas? ¿O interrumpimos algo?

—Claro, pasad. Nick se está bañando.

Andrew la siguió como un borrego hasta la sala. Claire se preguntó con curiosidad porqué estaría con Felipa, y porqué estaban allí. Felipa no tardó en explicárselo.

—Asuntos de trabajo, me temo dijo con tristeza. Me llamaron anoche. Dijeron que Nick no estaba en casa —comentó mientras la miraba con burla—. Yo les dije que no tenía ni idea de dónde podía estar.

—Gracias —le dijo Claire, luego, con un nudo en la garganta le preguntó—: ¿Adónde lo mandan ahora?

Felipa le lanzó una mirada comprensiva, pero tranquilizante.

—No es nada urgente. Sólo querían que se diera prisa con la película que trajo de Keravi. Esa gente tiene una idea extraña de los horarios. Cuando dicen ahora, se refieren a ayer y cuando es pronto, quieren decir en este mismo instante.

—Ah —suspiró Claire aliviada. Luego le lanzó una mirada preocupada a Andrew. Tenía que decirle en ese momento que ya no trabajaría más para él—. Nick quiere que deje de trabajar de inmediato —empezó—. Lo siento mucho, Andrew, estoy segura de que encontrarás alguien que me reemplace pronto.

—Muy bien —exclamó molesto—, y ¿qué se supone que hago mientras tanto? ¿Debo escribir mis propias cartas a máquina?

—Ya te las arreglarás —le dijo Felipa con frialdad—. No empieces como siempre, Andrew.

—¿Qué demonios sabes tú de esto?

Claire entró en la cocina y empezó a preparar más café. Oyó

luego que las voces se hacían más sonoras, luego la voz de Nick desde el baño que cantaba con fuerza, y supuso que él también los oyó, y se estaba burlando de ellos. Al menos no estaba molesto por la presencia de Andrew.

Felipa se unió a ella en la cocina y le preguntó con una rápida sonrisa:

—¿Cómo andan las cosas? ¿Bien?

—Sí, gracias —rió Claire. Le gustó la pregunta velada—. ¿Cómo se porta Andrew?

Felipa metió el dedo en la azucarera y se chupó el dedo con un movimiento lento, perezoso.

—Estoy loca por ese idiota —dijo y Claire se quedó sorprendida —. Él te tiene el ojo echado a ti, como te habrás dado cuenta.

—Bueno, yo… —se ruborizó Claire.

—Anda —dijo Felipa con sequedad—, te mira como si quisiera comerte con los ojos, y no trates de decirme que Nick no se había dado cuenta, porque yo sé muy bien que sí lo sabe.

—Nunca hubo nada entre nosotros —protestó Claire.

—Tú eres como Andrew cree que debe ser una mujer, suave, femenina, desamparada… y yo soy justo lo contrario. No estoy segura de querer luchar para conquistarlo, pero estoy lo suficientemente chiflada para lanzarme. No me hago demasiadas ilusiones, pero hay algo en él que me encanta.

—Es un hombre difícil —Claire se rió—, por eso tiene tanto éxito.

—Yo tampoco soy una perita en dulce —comentó Felipa con humor.

—No, eso es verdad —concedió Claire. No podía haber paz en una relación como esa. Serían cómo gato y perro metidos en una misma jaula.

—¿Qué piensas? —preguntó Felipa—. Eres una persona muy tranquila, ¿sabes? No dices mucho y confías poco en la gente. Ya veo por qué tanto Nick como Andrew te buscan a ti.

—Yo creo que Andrew se aburriría conmigo —comentó la joven sonriendo y luego, de forma impulsiva, comentó—: Te aseguro que se siente atraído por ti.

—¿Estás tratando de darme ánimos, Claire? —preguntó dudosa.

—No, es la verdad —le aseguró—. Dijo que ir a la cama contigo sería igual que acostarse con un gato montes, pero creo que la idea le agradaba.

—¿De veras dijo eso? ¡Imagínate! —exclamó ella echándose a reír—. Se me ocurren mejores cosas para hacer en la cama que

pelearme como una loca —en ese momento Andrew entró en la habitación.

—¿Interrumpo algún chisme? —preguntó con sarcasmo, y miró a Claire como si pensara que le estaba hablando de la noche que pasó con Nick.

—¿Me harías el favor de llevar esto a la sala, Andrew? —le preguntó con voz dulce.

Él obedeció, pero al poner la bandeja sobre la mesa dijo:

—Me temo que yo no puedo quedarme. Tengo que ir a Richmond para hacer una visita relámpago a nuestro hotel de allí. El Chef se volvió loco anoche y anduvo persiguiendo a la gente con un hacha. No hirió a nadie pero parece ser que dañó algunos muebles. Yo tengo que ir a ver cómo quedaron las cosas —luego miró a Felipa antes de continuar—: Si quieres que te lleve a Kew, tendrás que prescindir del café también.

—Sólo venimos a decirle a Nick que tiene que estar en la TV a las nueve y media, de modo que más le vale darse prisa.

—Yo se lo diré —prometió, y luego miró a Andrew—. Discúlpame por no ir contigo y por dejar el trabajo de esta forma. Sé muy bien que te creo un problema, pero Nick me necesita.

—Como dijo Felipa, me las arreglaré de alguna manera. Te deseo que seas feliz, Claire.

—Se está comportando muy bien —Felipa le guiñó un ojo y luego susurró—: Me parece que todavía tiene caprichos de niño pequeño.

Cuando se fueron, Claire oyó a Nick silbando en la habitación.

—¿Dónde se escondieron? —preguntó entrando en la sala.

—Se han ido —informó ella—. Andrew iba a llevar a Felipa a Kew y no pudieron quedarse más tiempo. Los estudios quieren que te des prisa con la película de Keravi y tienes que estar allí a las nueve y media.

—Dios santo —dijo preocupado—, por eso trataron de ponerse en contacto conmigo anoche. Cualquiera diría que son mis dueños.

—No —aseguró ella abrazándolo—. Lo soy yo.

—¿Le dijiste a Andrew que no ibas a volver a la oficina? —preguntó al tiempo que le daba un beso en la nariz.

—Sí —asintió ella sin dejarse engañar por la informalidad del tono.

—¿Y qué dijo?

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó con sequedad.

—Me gustaría haber visto su cara —admitió Nick, con un destello en los ojos azules—. ¿Por qué estaba Pip con él? ¿No me

digas que pasaron la noche juntos?

—No lo creo —dijo ella—, pero Felipa le tiene echado el ojo… me lo confesó ella misma.

—Ya lo sabía —sonrió Nick—. La conozco muy bien y me di cuenta de la forma que lo miraba cuando él no se daba cuenta. Ésa es una relación que no creo que pueda durar, sin embargo. Son totalmente diferentes.

—Estoy de acuerdo —suspiró Claire—. Están a miles de kilómetros de distancia.

—De todas formas, cuando a Pip se le mete algo en la cabeza es muy testaruda —comentó pensativo—. Más le vale a Andrew cuidarse, ella le cortará la cabeza antes de que siquiera se de cuenta de lo que está pasando.

—Pobre Andrew —dijo Claire—, no creo que merezca ese trato.

—Vaya —dijo él—, ése es el problema con las mujeres, preparan sus trampas de una forma tan atractiva que los hombres en realidad gozan cuando caen en ellas.

—Yo no te atrapé a ti, Nick. Eres libre —dijo con los brazos abiertos.

—Eso es lo que dices —observó él, y la abrazó con fuerza buscando sus labios con avidez.

Fin